



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTONOMA METROPOLITANA

Aztapalapa

FEDERICO LAZARIN MIRANDA
PROFESOR INVESTIGADOR

UNIDAD AZCAPOTZALCO

“Pienso que la democracia es el compromiso de todos...”. La cultura política
en la narrativa histórica de Ignacio Solares

TESIS

QUE PARA OBTENER EL GRADO EN DOCTOR EN HISTORIOGRAFÍA

PRESENTA

Norberto Castro López

Director Dr. Saúl Jerónimo Romero

Septiembre de 2015

Esta investigación fue realizada gracias al apoyo del Consejo Nacional de
Ciencia y Tecnología (CONACYT)

*Nuevamente a la memoria de mi inolvidable hija Nora (1998-1999)
y también a la de mi querido sobrino Juan Antonio (1997- 2009)
A Valentina y Mateo, los acompaño en su camino*

Agradecimientos

Al Posgrado en Historiografía de la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, mi casa de estudio. Al CONACYT por el apoyo económico que permitió dedicarme de tiempo completo a mis estudios de doctorado. A los coordinadores del posgrado en sus respectivas administraciones: la Dra. Danna A. Levin y al Dr. José A. Ronzón por su apoyo. Las aportaciones y discusiones con mi asesor Saúl Jerónimo permitieron que la tesis esté terminada, lo cual agradezco profundamente, porque su capacidad e inteligencia son invaluable, así como su calidad humana. A mis lectores: la Dra. Silvia Pappe, pieza clave en mi desempeño académico, a quien le guardo un profundo respeto, admiración y cariño; al Dr. Jorge Alberto Rivero, gran compañero y promesa académica; a la Dra. Lorena Pérez, gran amiga y lectora que puntualmente siguió el proceso de investigación y que sin su apoyo no habría llegado a esta cita. A los profesores del posgrado, en particular al Dr. Leonardo Martínez quien fue el primero en darle forma al proyecto.

Agradezco especialmente a mis padres y hermano que siempre están presentes y al tanto de mi persona: los adoro como no tienen idea. A mi familia filial por su apoyo. A mis amigos Luz Mary, Tania, Adriana, Carlos, Alejandra, Ernesto, Marta, Jesús, Gabriela y Jorge Luis por su compañía. A mis compañeros del Seminario de Cultura Política. El agradecimiento más grande a Laura, Valentina y Mateo que vivieron y padecieron de cerca la escritura de la tesis; son la razón que le da sentido a mi vida, los amo, sin ustedes nada de esto hubiera sido posible.

La salud de las democracias, cualesquiera que sean su tipo y grado, depende de un mísero detalle técnico: el procedimiento electoral. Todo lo demás es secundario.

José Ortega y Gasset

¿La justicia social, la libertad y la democracia verdadera no se implican mutuamente hasta el punto de que, en una sociedad, no se pueden dar en forma aislada?

Renato Prada Oropeza

Índice

Introducción	1
Capítulo I: Cultura política en las comunidades intelectuales	14
Introducción	
1.- El problema de la cultura política en los productores especialistas de bienes simbólicos: la comunidad intelectual	16
2.- Modelos endógenos del intelectual: un caso paradigmático	26
2.1.- Un breve recuento de “los escritores y el poder”: una mirada a las “posiciones relativas”	39
2.2.- Densidades de un texto	48
2.3.- Consideraciones sobre cultura política	51
2.4.- Reflexiones en torno a los paradigmas en cuestión	53
2.5.- El abrevadero cultural de Ignacio Solares en los espacios de desarrollo	56
Capítulo II: Continuidades y rupturas de una figura política en la novela <i>El jefe máximo</i> de Ignacio Solares	58
Introducción	
1.- La novela como un espacio de expresión de la cultura política	59
2.- <i>El jefe máximo</i> : obra teatral y novela histórica	68
2. 1.- La obra teatral	
2.2.- La novela	75
3.- Consideraciones sobre cultura política en la novela <i>El jefe máximo</i>	87

Capítulo III: <i>Madero, el otro</i>: diversas dimensiones de la democracia o la democracia en pugna	91
Introducción	
1.- Horizonte político	93
2.- Visiones encontradas: gérmenes circunstanciales de la democracia y/o los gérmenes de la democracia en la sociedad civil	99
3.- ¿Dimensiones ambiguas de la democracia en <i>Madero, el otro</i> ?	120
4.- Consideraciones de la cultura política en la novela <i>Madero, el otro</i>	127
Capítulo IV: La novela <i>El gran elector</i>: el sistema político en aparente quiebre	131
Introducción	
1.-El último gran elector o las reminiscencias del presidencialismo mexicano	132
2.- El gran elector como una figura arquetípica de la cultura política mexicana	140
3.- El gran elector en quiebre: una expresión dominante de la cultura política	162
4.- Los componentes prefigurados en la cultura política de las obras solarianas	166
Conclusiones	178
Fuentes consultadas	192

Introducción

La historiografía crítica permite reflexionar en torno a la historicidad¹ en la constitución del pasado, en cualquiera de las modalidades en la que se textualizan los discursos históricos. El discurso narrativo, histórico o literario, es la expresión de la experiencia del autor, que encuentra referentes para su acto creativo, en el horizonte sociocultural en tensión en el que se encuentra inmerso. El escritor pretende influir en su mundo por medio de los bienes culturales que produce, con base en las interpretaciones que hace de las realidades pasadas y presentes y de las expectativas que genera del futuro. Desde esta perspectiva propongo analizar parte de la constelación narrativa histórica del escritor Ignacio Solares,² desde su propia historicidad, para explorar los significados y las construcciones simbólicas que se hace del pasado y la política en sus obras.³ En otras palabras, estudiaré la cultura política

¹ “Entendemos historicidad como posibilidad, condición y necesidad para la constitución de lo histórico (Historia, historias, historiografía...), con base en una tensión entre por lo menos dos tiempos: el presente y cualquier modalidad del pasado.” Silvia Pappel, *Historiografía crítica. Una reflexión teórica*, UAM-A, México, 2001, p. 21.

² Ignacio Solares es un escritor que nació Ciudad Juárez, Chihuahua, en 1945. Es nieto de dos abuelos que participaron activamente en la Revolución mexicana, uno defendiendo al régimen porfirista y el otro, como miembro militar de los Dorados de Villa. Este hecho nos permite pensar en la relación tan íntima que el autor tiene con el pasado revolucionario y con las posiciones ideológicas de este fenómeno histórico. En su infancia estudió en una escuela jesuita en la que adquirió una formación católica y desde donde le fomentaron el placer por la lectura, gusto que compartía con su padre. A los 20 años ingresa a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y, posteriormente, ya pasado sus treinta años, estudió un curso sobre psicoanálisis con Erich Fromm. La pasión que le genera esta temática determinó la manera en que se nutren y articulan sus novelas. A sus escasos 25 años de edad, asumió el cargo de Jefe de redacción de *Revistas de revistas* del periódico *Excélsior*. Un año más tarde, según consta en su *currículum vitae*, ocupó la redacción de la revista *Plural*, dirigida por Octavio Paz. A la par, fue Director del suplemento cultural *Excélsior: Diorama de la cultura*. Además, fue co-director del suplemento cultural *La semana de Bellas Artes* de 1978 a 1980, También fue Director de la revista *Hoy* de 1988 a 1991, Director de *La cultura en México* suplemento cultural de la revista *Siempre!* de 1991 a 2000, Director de Teatro y Danza de la UNAM de 1994 a 1997, Coordinador de Difusión Cultural de la UNAM y por último Director de la *Revista de la Universidad de México* cargo que asumió en 2004 hasta la fecha. En su labor novelística destaca la obra *El sitio* con la cual ganó el premio Xavier Villaurrutia. Entre las novelas que cuentan con una marcada preocupación histórica, *Madero, el otro* (1989), *La noche de Ángeles* (1991), *El gran elector* (1993), *Columbus* (1996) y *El jefe máximo* (2011).

³ La frase “constelación narrativa histórica” es retomado del título del trabajo de Renato Prada Oropeza, *La constelación narrativa de Ignacio Solares*, EON-BUAP, Puebla, 2003.

que reflejan las novelas históricas *El jefe máximo*,⁴ *Madero, el otro*⁵ y *El gran elector*⁶ desde el horizonte político-social de enunciación de las obras y mediado bajo la interpretación de otros discursos (académicos, periodísticos, etcétera) que le dan un particular sentido.

El interés que generó estudiar las novelas de Ignacio Solares desde un planteamiento cultural de la política, estaba presidido por la particular inclinación que tenía sobre la temática de la cultura política desde los estudios de licenciatura en Antropología social, en la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, donde tomé un curso con el Dr. Héctor Tejera, especialista en la materia. El curso de cultura política, como parte del plan de estudios del Doctorado en Historiografía de la misma casa de estudios en la unidad Azcapotzalco, que después se conformó como seminario permanente del Posgrado en Historiografía dirigido por el Dr. Saúl Jerónimo, reavivó dicho interés.

En la investigación que realicé para obtener el grado de Maestría en Historiografía de México, hubo un acercamiento por primera vez a las obras de Ignacio Solares con la novela *Madero, el otro*. Con este proyecto buscaba encontrar representaciones noveladas de una de las figuras más importantes de la Revolución mexicana para su posterior análisis: Francisco I. Madero. La obra de Solares resultó reveladora, tanto por la forma de tratar y construir la figura del mártir de la democracia, así por el estilo novelístico del autor. Como consecuencia me dispuse a explorar lo restante de su narrativa histórica, de lo que derivó en un gusto por la lectura de sus novelas, que considero les imprimía un tono crítico al pasado, pero con una clara intención de cuestionar su presente.

⁴ Ignacio Solares, *El jefe máximo*, Alfaguara, México, 2011.

⁵ Ignacio Solares, *Madero, el otro*, Joaquín Mortiz, México, 1989.

⁶ Ignacio Solares, *El gran elector*, Joaquín Mortiz, México, 1993.

Más allá de lo anecdótico, lo que pretendo es justificar la postura que a continuación presento. Las primeras preguntas que surgieron como consecuencia del acto reflexivo fueron: ¿las novelas históricas del autor expresan, reflejan, producen o crean algún tipo de cultura política? ¿Podemos tratar a la novela histórica desde un planteamiento de la cultura política? Si es el caso ¿bajo qué marcos teóricos podemos abordarla? De ahí que surgiera una primera hipótesis, que se centraba en la afirmación de que la novela histórica, como producto cultural que resignificaba al pasado por medio de la ficción literaria, expresaba ciertas inquietudes de su realidad presente bajo referentes preestablecidos de una cultura política dominante y otra en construcción. La importancia del presente estudio, por lo tanto radica, en crear el marco teórico-conceptual de interpretación, que permita un análisis adecuado, desde la historiografía crítica, de la novela histórica a partir de la postura de la cultura política.

Ahora resulta necesario preguntarse: ¿bajo qué marco histórico-político hacemos referencia a una cultura política que supuestamente expresa las novelas del autor? Este lo encontramos en el proceso democratizador del país, que para nuestros fines, abarca desde los años ochenta con un particular dinamismo en 1988, hasta las elecciones del 2012, con un corte importante en los resultados electorales federales del 2000. Una visión compatible desde la academia, con la interpretación del discurso histórico-literario que se va a desarrollar, permite un primer acercamiento a las conjeturas generales del estudio. Soledad Loaeza señala:

Más que un reacomodo de fuerzas políticas, el triunfo del PAN en 2000 es el resultado de una profunda transformación de la cultura política mexicana que fue pilar del consenso autoritario durante la mayor parte del siglo. Esa cultura empezó a formarse desde el triunfo de los liberales en el siglo XIX, se nutrió de de la experiencia revolucionaria, del nacionalismo del siglo XX

y de la hegemonía del PRI [...] El presidencialismo exacerbado de los años 1970-1982, los conflictos y las variadas reacciones de protesta nacidos de los desajustes entre el sistema político y la sociedad, nutrieron corrientes de opinión que exigían el respeto a los principios de la democracia liberal que habían sido letra muerta en la Constitución. Las dos últimas décadas del siglo fueron un periodo de maduración de estos cambios culturales.⁷

Este cambio en la cultura política autoritaria permitió, según la autora, la alternancia política experimentada en el año 2000. Pero este proceso como lo reconoce, es el resultado del cambio cultural como factor determinante que explica los cambios políticos. La dinámica democratizadora, durante estos años, es el marco de referencia de la cultura política solariana, en donde se expresa el cambio en las relaciones de la sociedad con el Estado. La autora completa con el siguiente apunte:

Desde esta perspectiva la democratización significó una discontinuidad mucho más profunda que la que sugieren las reformas institucionales, porque fue impulsada por cambios en actitudes, ideas y valores referidos al poder y la política, a la historia y al Estado; por ejemplo, durante la mayor parte del siglo, para la mayoría de los mexicanos la existencia de la autoridad del Estado estuvo estrechamente asociada con la realización del ideal democrático; sin embargo, a partir de los años ochenta fueron cada vez más los que pensaban que el Estado era el principal obstáculo para la democracia.⁸

Lo anterior es de suma relevancia como referencia de lectura de las novelas de Solares. Hay que adelantar que lo expuesto por Loaeza parece una explicación análoga que desde lo literario realiza el autor por medio de representaciones simbólica-literarias. Pero no hay que reducir y limitar la interpretación de las obras de Solares en base a estos argumentos, pues como se observa en el trayecto de la tesis, el autor va más allá por su particular forma de entender a la historia, la política, y de esta última, a la democracia.

⁷ Soledad Loaeza, *Acción Nacional. El apetito y las responsabilidades del triunfo*, El Colegio de México, México, 2010, p. 17.

⁸ *Ibid.*, p. 18.

Es importante resaltar que el presente estudio problematiza el enfoque de la cultura política como un campo, categoría, concepto y/o teoría, pertinente para la interpretación de los significados simbólicos sobre el pasado y la política. La matriz cultural da sentido a las construcciones y representaciones simbólicas de la sociedad, por ello es de suma importancia un enfoque cultural sobre la política para entender de qué manera se articula un discurso, en este caso literario, que expone significados sobre esta esfera.

Así, resulta importante plantear y definir bajo qué enfoques de la cultura política voy a sustentar la investigación. Dicha tarea la desarrollo con mucho mayor detalle en el capítulo I de la tesis, sin embargo, es necesario un primer acercamiento al campo de estudio de este enfoque que abarca “conocimientos, percepciones, creencias, imágenes, opiniones, actitudes, afectos, temores, deseos, expectativas, preferencias, anhelos y evaluaciones que los actores políticos tienen con respecto a la esfera del poder”.⁹ Lo anterior permite ir clarificando los elementos que constituyen el campo de análisis de la cultura política, así como ir definiendo a los agentes que se muestran como actores políticos en el entramado social que muestran diversas posturas ante su realidad política.

Al mismo tiempo, justifico teóricamente a los productores de bienes simbólicos, al escritor y al intelectual, como actores sociales que influyen por medio de sus trabajos en la conformación y representación de una cultura política que responde a su horizonte de experiencia. La crítica a la realidad político-social, es una tarea propia de los intelectuales que buscan influir en la arena discursiva de lo público, por medio de sus opiniones de gran peso cultural. El compromiso que asumen con las problemáticas de interés colectivo se

⁹ Esteban Krotz, “La investigación sobre cultura política en México: visión panorámica de un campo de estudio en construcción”, en Rosalía Winocour (Coord.), *Algunos enfoques metodológicos para estudiar la cultura política en México*, IFE-FLACSO-Miguel Ángel Porrúa, México, 2002, p. 18.

encuentra mediado a partir de los modelos endógenos de intelectual en los que se reconocen. Dicha problemática también la analizo en el capítulo I para ir dando forma y contenido al estudio.

Resuelta esta primera parte, en el capítulo II, problematizo la lectura de la novela histórica desde las diversas posturas de la cultura política. Para ello, en este mismo capítulo, discuto el paradigma de la nueva novela histórica de finales del siglo XX con la propuesta de especialistas en la materia. Esto permitirá observar cuáles son las características del género como resultado de la revisión y reinterpretación de la historia dominante, así como de aquellas historias olvidadas u omitidas por la historia que se dice oficial. Lo anterior muestra la historicidad discursiva del género, que modifica los elementos tanto temáticos, estructurales como narrativos en función de un presente que exige nuevas lecturas del pasado. Además, se comenzará con el análisis de *El jefe máximo* bajo el marco teórico propuesto hasta ese momento.

El capítulo III y IV se abocan al análisis del resto del corpus seleccionado para el estudio: *Madero, el otro* y *El gran elector* respectivamente. Ubicar las obras en los horizontes políticos-sociales de enunciación, es una necesidad que se cubre con la selección de discursos académico y cultural, que se muestran como referentes de interpretación de la cultura política, expresada en las obras y que permite encontrar un especial sentido en ellas. En el capítulo III, los gérmenes del fenómeno democrático experimentado en 1988, lo evaluó a partir de dos posturas, una académica y la otra desde el ensayo cultural, que han sido seleccionadas de manera estratégica, para comparar las interpretaciones del proceso electoral de dicho año y los resultados que ha tenido para la democratización de país.

En el último capítulo, el interés generado por la figura e investidura del presidente de la República, durante el periodo que va desde la institucionalización de la revolución hasta la fecha de publicación de la obra, llevó a pensar en las características que definían al gobierno y la figura del presidente en turno. Lo anterior como una necesidad, que permite observar las intencionalidades que Ignacio Solares tuvo con su crítica del sistema político mexicano que tenía como piedra angular al titular del ejecutivo. Esta razón me lleva a preguntar cuáles eran las imágenes que se tenían del presidente de la República en el sexenio que va de 1988 a 1994. Lo anterior en función del arquetipo presidencial que Solares muestra en su obra.

En estos momentos es importante justificar el orden en que se presenta el análisis de las novelas, que como se puede notar, no sigue el orden cronológico de publicación. La primera de ellas, *El jefe máximo*, fue presentada como novela en 2011 y como obra teatral, en 1991; *Madero, el otro* como novela en 1989; y *El gran elector* en 1993 se presente como novela simultáneamente al guion que se pone en escena en el mismo año. En 2003 se publica un libro compilatorio de las obras de teatro histórico del autor en dónde se incluye los guiones, los cuales también revisamos para acompañar la lectura de las novelas.¹⁰

Lo anterior corresponde a un orden intertextual como propuesta para construir una coherencia analítica desde la cultura política. Considero que el trato temático propuesto, permite no aglutinar significados sobre los personajes que trato en la primera y tercera novela. En la primera de las obras, se construye la figura del jefe máximo, figura histórica y en este caso literaria, por medio del personaje de Plutarco Elías Calles. El autor presenta en esta figura la personalidad del ejecutivo, que se transfiere en su modo de gobernar. Dicha

¹⁰ El guión consultado es el publicado en Ignacio Solares, *Teatro Histórico*, UNAM, México, 2003, pp. 9-126.

figura resulta el referente histórico de los gobiernos posrevolucionarios y de los detentadores del poder presidencial que dilata hasta los gobiernos panistas. El resultado es la elaboración y la estructuración simbólica del jefe máximo como una figura dominante que atraviesa a todos los presidentes posteriores a él. La carga de significados que lo definen, consagra a todos los titulares del poder ejecutivo con la omnipotencia de dicho jefe, pero con un perfil psicológico propio que transfiere en su modo de gobernar, a manera de patologías que definen las políticas públicas puestas en marcha en los respectivos sexenios. En otras palabras, la psicología del hombre en el poder como determinante de los cambios históricos.¹¹ Sin embargo la estructura simbólica resulta aun más compleja, gracias al balance que en el ámbito personal se hace de Calles por medio de lo novelado. Se revisan en el segundo capítulo, las sentencias particulares que Solares realiza en cuanto a la práctica del poder político y el juicio espiritual que se hace a sí mismo el jefe máximo a través de los personajes secundarios que lo llevan a la reflexión y lo bajan al terreno de la banalidad.

Cubierta la necesidad de mostrar las acciones y el ejercicio del poder dentro de la arena política en la novela, como una praxis que recurre a los excesos por parte de su detentador, considero importante encontrar los principios y valores del quehacer político a través del orden democrático en las obras de Solares. Esta es la razón de presentar en el tercer capítulo la novela *Madero, el otro*. El autor trae al presente de enunciación a los actores históricos en un esfuerzo de reflexión de su presente. Sobre este punto de referencia, se encuentra en el ideario democrático de Solares dos niveles: el primero que lo embarga de ciertos principios y valores fundamentales para él, como los de justicia, igualdad y servicio;

¹¹ Esta idea está en relación directa con el trabajo de Daniel Cosío Villegas, *El estilo personal de gobernar*, Joaquín Mortiz, México, 1974.

y el segundo, que sin el primero no tiene sentido trascendental, el del sufragio electoral como un derecho inalienable y factor fundamental del cambio político-social.

Si el poder absoluto del jefe máximo, como se observa más adelante, se presenta como una facultad construida desde el seno de las relaciones políticas, en la novela *El gran elector*, es la investidura presidencial por sí misma la que le otorga dicho poder. Es el símbolo de “la dictadura perfecta” mexicana formulada por Mario Vargas Llosa en el año 1990,¹² tres años antes de la publicación de la novela. Con el análisis de esta última novela se cierra el capitulado de la tesis, no sin antes presentar los elementos prefigurados con las que trama el autor sus historias y el “régimen de historicidad”, con el cual, Solares engrana los horizontes pasados, de experiencia y de expectativas en base a una cultura política que se encuentra en constante cambio.

Por lo tanto, la pregunta que guía la presente investigación es la siguiente: ¿Qué tipo de cultura política se refleja, expresa y/o construye en las obras narrativas de Ignacio Solares? Además ¿bajo qué referentes históricos, políticos, sociales y culturales se construye? ¿Cuáles son los elementos, principios y valores que configuran la cultura política solariana? ¿Esta cultura política es el resultado del esfuerzo creativo del autor, o bien, es parte de una cultura política compartida y construida histórica y socialmente a través del tiempo? Por el momento dejo sobre la mesa las anteriores cuestiones, no sin advertir que durante el trayecto de la investigación se formularán nuevas preguntas que permitirán la resolución de las cuestiones principales.

¹² En el *Encuentro Vuelta. El siglo XX: la experiencia de la libertad*, realizado en 1990 por Octavio Paz, Mario Vargas Llosa señaló la existencia de “la dictadura perfecta” en México, en donde un partido ha mantenido el control del país por medio de un sistema presidencial y de un partido único que ha sido el que financia a los otros que no tienen la posibilidad de victoria electoral. El autor, además apuntó, que muchos países latinoamericanos han tratado de instaurar una dictadura igual sin el éxito que ha tenido en México.

Aprovecho esta introducción para incluir brevemente una reflexión en cuanto al estilo narrativo de Solares, porque de ello depende la forma en que el autor articula el discurso histórico-político con las inquietudes de su presente.¹³ El crítico literario Alfonso González ubica a Ignacio Solares, en su texto *Voces de la posmodernidad*,¹⁴ como uno de los seis escritores que analiza, con un estilo propio de la “posmodernidad” literaria en México. Las características que definen al corpus de estos autores y de Solares en particular son:

La meta ficción (íntimamente relacionada con el auto-análisis y la rebelión) [...] un énfasis en el ámbito urbano; interés en el tema de la personalidad inestable; y una nostalgia por el pasado manifestado por un resurgimiento de la novela histórica [...] las novelas de Ignacio Solares se enfocan en una realidad interior. La mayoría de sus obras tienen características oníricas o parasicológicas.¹⁵

A pesar de que González no entra en mayor detalle en cuanto a lo que caracteriza a estas voces, los elementos que refiere, son suficientes como primer acercamiento a las obras solarianas. Algunas de estas características, como se cotejará más adelante, se comparten con las de la nueva novela histórica. Pero más allá de lo anterior, el elemento onírico y parasicológico sustenta la trama en las novelas seleccionadas para este trabajo. Se considera que este estilo es una herramienta que le permite al autor, una dinámica narrativa que concentra sustancialmente las temáticas, los tiempos y las críticas en su discurso. Madero ante un juez supremo, que al mismo tiempo es él; Calles ante los fantasmas de la historia corporizados en el Padre Pro; el Presidente ante el fantasma de la democracia y sus múltiples “yo”, permiten el juicio de la historia y el presente. Esta estrategia narrativa se puede resumir del siguiente modo:

¹³ Para mayor información sobre el estilo narrativo del autor véase el apartado “La novela posmoderna de Solares”, en Norberto Castro, *El Madero transfigurado. Revisión historiográfica de las representaciones noveladas*, Tesis para obtener el grado de Maestro en Historiografía de México, UAM-A, 2008, pp. 135-148.

¹⁴ Alfonso González, *Voces de la posmodernidad*, UNAM, México, 1998.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 13, 16.

El interés de Solares por los sueños y la parasicología como terapia a los miedos y a las fobias del ser humano es una constante en sus novelas. Los sueños y la fantasía son tan importantes en sus obras como salir a trabajar en la mañana para poder pagar la renta y ofrecen una salida o terapia a los personajes enajenados. Si la psicología tradicional se enfoca en las causas de un comportamiento, las de Solares sólo se preocupan por el comportamiento anormal y por los métodos que utiliza la mente humana para balancearlos. Si la psicología moderna nos dice que la realidad de los sueños, del inconsciente, es tan importante como la realidad consciente, Solares nos parece decir que la realidad del inconsciente es más importante. La realidad para sus personajes está fincada en sus fobias, sueños y creencias y como, consciente o inconscientemente, responden a ellos.¹⁶

Otro elemento importante por resaltar del estilo novelístico de Solares, es la articulación espacio-temporal en sus obras, que como al final se observa, es el reflejo del “régimen de historicidad” en que sustenta su visión del mundo. Esta configuración resulta de suma complejidad pues el vaivén de los tiempos y espacios es una constante. Norma Angélica Cuevas señala a propósito del análisis de las obras de Solares:

[...] al hablar del espacio en el relato nos estamos refiriendo, por supuesto, a la *ilusión* del espacio, consecuencia de una serie de descripciones hipercodificadas que son necesariamente lineales; sin embargo, los discursos verbales, además de su linealidad, están llamadas a efecto de la simultaneidad; es decir, la naturaleza misma de su doble temporalidad (el tiempo diegético y el tiempo discursivo) los obliga a la representación de varios objetos en un mismo espacio donde pueden ser *observados* y *descritos* desde una perspectiva figural específica. Diremos, pues, que los elementos espaciales junto con los temporales y actoriales son responsables del efecto de sentido de una obra literaria.¹⁷

En el caso de lo espacial, Solares no sólo hace uso de los espacios físicos (espacios tangibles), sino que crea otros territorios en donde se desarrollan las tramas: como ejemplo la psique humana resulta fundamental como espacio de reflexión y juicio histórico-personal, así como uno celestial desde donde cierta voz narrativa hace su aparición (espacios intangibles). De lo temporal podemos seguir la fórmula que propone Cuevas: el

¹⁶ *Ibid.*, pp.131-132.

¹⁷ Norma Angélica Cuevas, *Una propuesta de trilogía en la novelística de Ignacio Solares*, Universidad de Guanajuato, México, 2004, pp. 58-59.

tiempo factual y el tiempo ficcional con la que juega la narrativa solariana. El tiempo factual en las novelas de Solares, aparece en todo momento en el que el autor nos ubica en el tiempo histórico conocido, en los hechos presentes o pasados del momento de la narración: la revolución mexicana, el maximato, el presidente en pleno 1993. El tiempo ficcional permite los saltos en el tiempo hacia el pasado o hacia el futuro, recobrar hechos vedados, que no ocurrieron o que sólo aparecen en la mente de los personajes. Este tiempo también permite “recorrer” el futuro o las expectativas que se tiene a futuro. La *analepsis* es un recurso muy socorrido por Solares: desde el referente del tiempo factual, se puede hacer una regresión hacia un tiempo pasado desde donde nuevamente se articula la trama; o bien, la *prolepsis* permite en un segmento temporal factual alcanzar el futuro en un acto predictivo. Lo anterior le permite al autor en su ejercicio narrativo concentrar en el tiempo factual, en el presente de la narración, los hechos, actores, principios, valores y simbolismos, necesarios para la creación del sentido que busca. Además, bajo la propia temporalidad del presente de enunciación de la obra, fuera de la experiencia creativa de la novela, en todo caso, en el acto de recepción de la obra por parte del lector, la concentración de significados y sentido bajo la articulación espacio-temporal se experimenta como una catarsis en el presente.

Por último, hay que retomar la interpretación que González hace sobre la obra *El gran elector*. El autor apunta que la forma como se estructura la novela permite dejar un final abierto; “no condena ni justifica nada”. Hay que considerar que lo anterior tiene cierta validez si nos remitimos exclusivamente al final de la obra, y de las otras obras puesto que las articula de la misma forma. Sin embargo creo, que condena todo y no justifica el ejercicio del poder absoluto. En todo caso justifica la acción del hombre arrastrado por sus

condiciones político-sociales en las que se encuentra inmerso, más no los fines últimos del ejercicio del poder autoritario. La condena y juicio personal, social y hasta espiritual es una constante que sólo deja en el vacío a sus personajes principales. La falta de un adjetivo que califique a sus personajes principales al final de las obras, no es una condición para dejar abierta la interpretación. Las sentencias las construye durante todo el trayecto de las obras y el efecto del vacío, es sólo una estrategia para que el lector en su acto interpretativo califique desde su propia experiencia y los referentes planteados, el accionar de las figuras noveladas de alto valor histórico que construye y representa Solares.

Bajo los anteriores marcos de referencia se continuará el análisis en la presente tesis, no sin advertir, que las lecturas de las obras anunciadas se dan desde un planteamiento de la cultura política, pues a través de otros enfoques propios de las ciencias sociales o las humanidades, la interpretación puede distar de lo que se presenta aquí.

Capítulo I

Cultura política en las comunidades intelectuales

Introducción

El presente capítulo tiene por objeto situar a Ignacio Solares en un eje de reflexión que involucra la figura del intelectual como una figura socialmente construida, pero que se construye en parte desde el seno de la vida intelectual y cómo esto al mismo tiempo afecta los significados sobre la política. Lo anterior se llevará a cabo bajo el marco de discusión teórico-metodológico sobre planteamientos de la cultura política. Ello posibilitará, más adelante, entender el discurso solariano contenido en sus obras narrativas y dramáticas que tienen un contenido histórico-político. Por lo tanto, tomaré en cuenta los diversos horizontes tanto de sociabilidad del autor así como los horizontes de publicación de las obras que consideramos importantes para el análisis.

Tomando en cuenta el desarrollo profesional y literario del autor, cabe señalar que el primer espacio significativo de sociabilidad letrada de Solares se da en los diversos espacios de redacción del periódico *Excelsior*, en donde se cruza con una de las publicaciones culturales más importantes del siglo XX latinoamericano: la revista *Plural* fundada y dirigida en aquel entonces por Octavio Paz. La riqueza e influencia cultural, política y social de la publicación es enorme, si vemos los saldos que arrojó para el mundo de las letras y para la democratización del país. *Plural* fue para muchos jóvenes literatos uno de los abrevaderos culturales desde dónde se comenzaron a nutrir, a la vez que les permitió dejarse notar en el círculo intelectual tan cerrado con sus primeros trabajos. Este es el caso

de nuestro autor, que comenzó a sobresalir por su trabajo como editor así como colaborador cercano de la publicación; a la par se desempeñaba como jefe de redacción de *Revista de revistas* y como director del suplemento cultural *Diorama de la cultura*, ambas del periódico *Excélsior*.

En esta etapa de desarrollo profesional del autor, vivió de cerca una de las grandes discusiones político-intelectual del mundo mexicano de las letras: la que se refería al papel que debía jugar el intelectual respecto al poder político y su relación con el Estado. Más adelante entraremos de lleno a tal discusión, pero cabe por el momento destacar que consideramos fundamental entrar en ella para encontrar las coordenadas desde las cuales entender el pensamiento solariano.

Este primer capítulo estará dividido en tres apartados: el primero analizará el problema que conlleva entender la cultura política en estos especialistas que construyen bienes simbólicos respecto a la política. Desde diferentes enfoques y corrientes que problematizan teórica y metodológicamente el concepto de cultura política, que van desde la antropología política hasta la historia cultural, se tratará de articular una propuesta que permita analizar a estos actores sociales y sus producciones. Como consecuencia y muy ligado a ello, en el segundo apartado, analizó los modelos paradigmáticos del intelectual que estos mismos priorizan en discutir y construir, pues de ello dependen las relaciones que al interior de su selecto grupo tienen, y de las relaciones que como grupo o individuos fincan con el sistema político y sus actores. Para ilustrar este problema se ejemplificará con un caso particular, que de algún modo marcó parte de la historia contemporánea del círculo intelectual: la discusión en torno

al papel del escritor ante la política que guió Octavio Paz en la revista *Plural*.¹⁸ Por último, se comenzará a abonar el camino de la reflexión del discurso solariano, reseñando brevemente cómo influyó este abrevadero cultural en sus obras y sobre todo en las construcciones simbólicas sobre el poder y el sistema político mexicano.

1. El problema de la cultura política en los productores especialistas de bienes simbólicos: la comunidad intelectual.

Uno de los cuestionamientos que saltan a relucir, cuando se enuncia cultura política e intelectuales, es el de preguntar si los intelectuales tienen, originan o producen un tipo particular de cultura política que los distinga de otros producidos por diferentes actores políticos o, si sus producciones son parte de una cultura política más general. Sin duda esta pregunta tiene que estar precedida por definiciones de lo que se entiende por cultura política e intelectual. Antes de plantear una discusión, desde diferentes disciplinas sociales, y previo a la resolución de la primera pregunta, valdría hacerse otra: ¿resulta metodológicamente importante incluir en la discusión sobre los discursos políticos de las comunidades intelectuales, bajo cualquier género, tradición literaria y hasta posición ideológica, un planteamiento cultural sobre la política? Además ¿qué aporta un enfoque cultural de la política al entendimiento de los discursos literarios que no haya sido ya aportado por otras disciplinas y enfoques que van desde la historia intelectual hasta la misma crítica literaria? A partir de lo anterior encauzaremos la discusión.

¹⁸ “México 1972. Los escritores y la política” *Plural*, núm. 13, 1972, pp. 21-28.

Señalaré en un principio algo que al parecer se ha vuelto un lugar común, la facilidad con que es utilizado el término de “cultura política” en las diferentes áreas del conocimiento o de opinión. La vaguedad con la que es tratado responde a lo que Pye, citado por Formisano, observó: “el término en sí, ‘cultura política’, es capaz de evocar un entendimiento rápido e intuitivo, así la gente puede asimilarlo sin explicación o sin una definición explícita, ellos pueden apreciar su significado y usarlo libremente”.¹⁹ Aún si su evocación permite un entendimiento rápido y hasta sostenido, se debe tomar el riesgo de asumir una definición, sobre todo, cuando de ella depende la construcción de marcos teórico-metodológicos que sustentan una investigación.

En la investigación histórica el concepto de cultura política resulta problemático, por la naturaleza de los trabajos que buscan “esencialmente *comprender* a las culturas políticas en sí mismas, atendiendo a sus especificidades históricas y a su evolución en el tiempo.”²⁰ Pero dicho esfuerzo se ve minado, no sólo por la problemática que conlleva el comprender e interpretar el pasado desde cualquier postura teórica, sino también, por la indeterminación de los investigadores de explicitar qué es lo que se entiende por cultura política. Bien se sabe, que la cuestión se complica cuando se pretenden hacer trabajos que buscan explicaciones nomológicas del pasado ya negado como experiencia directa, pero aprehendido e interpretado a partir de las fuentes y los discursos historiográficos que se han formulado. Ahora bien, ya sea para comprender, describir, explicar causalmente o evaluar el pasado, es necesario un esfuerzo y rigor teórico que permita eficiencia analítica.

¹⁹ Véase Ronald P. Formisano, “The concept of Political Culture”, en *Journal of Interdisciplinary History*, XXXI: 3 (winter, 2001) pp. 393-426. [Traducción realizada por el que suscribe].

²⁰ Miguel Ángel Hernández y Saúl Jerónimo. *Cuaderno de posgrado: Cultura política*. UAM Azcapotzalco: Posgrado en Historiografía, México, 2009, p. 13.

¿Pero qué hacer con una categoría o concepto tan maleable que en variadas disciplinas, incluso en una sola, no se consensan una definición plenamente aceptada? Hay que empezar por mencionar una de sus máximas: que la cultura política o la parte cultural de la política se refiere a la parte subjetiva de la esfera que se distingue y diferencia del estudio procesual, institucional y estructural. Por otro lado, se aparta de los procesos operativos funcionales y relacionales formales en la búsqueda del poder político, aunque esto no exenta que parte de sus manifestaciones públicas se expresen, manifiesten o se signifiquen subjetivamente. En este sentido la participación política y la búsqueda del poder político, dentro de sus formas operacionales, institucionales y estructurales como tal, no se refieren a la parte cultural de la política. Lo anterior parece obviedad compartida, que sin embargo, vale la pena mencionar para ir dejando de lado la intuitiva relación con el concepto.

Como la mayoría de los investigadores que se acercan a la temática saben, uno de los planteamientos inaugurales de la cultura política se finca en una postura subjetiva-psicológica en la que un conjunto de actitudes, conocimientos y valores dominantes crean una cierta percepción sobre el sistema político con la cual lo valoran permitiendo, según algunos investigadores, prever “patrones particulares de orientación de la acción política.” Estoy haciendo referencia a los planteamientos de Gabriel Almond y Sidney Verba.²¹ Lo anterior ha sido por demás discutido, dando como resultado una reelaboración del concepto que ha promovido, desde hace más de cuarenta años, diferentes enfoques que repiensen la pertinencia del mismo.

Pretender una revisión medianamente elaborada sobre la evolución del concepto en cualquier disciplina sería un trabajo propio de la historia conceptual, en su lugar se asocia

²¹ Véase Gabriel Almond y Sidney Verba, *The Civic Culture. Attitudes and Democracy in Five Nations*, Princeton, NJ, Princeton University, 1963.

tres propuestas analíticas: una desde la antropología social y las otras dos desde la historia cultural. Lo anterior permitirá ir resolviendo los cuestionamientos que se plantearon en un principio.

La preocupación por la falta de rigor teórico en la definición del concepto de cultura política, llevó a Roberto Varela a una revisión del mismo desde la antropología social. Como resultado de las reflexiones que realizó desde los años ochenta, en el año 2005 se publicó un libro que reunía textos en torno a la temática y que se habían presentado con anterioridad. El trabajo, que tiene por título *Cultura y poder. Una visión antropológica para el análisis de la cultura política*,²² había sido reescrito por él mismo para integrar una postura que se encontraba atomizada en diferentes textos.

La propuesta consideraba definir primero las partes del concepto a partir de una revisión completa y compleja de cómo la antropología social había tratado y construido sus campos de análisis respecto a la cultura y la política. Sobre la cultura se pronuncia a favor de la siguiente definición: “la matriz, tanto consciente como inconsciente, que da *significado*—no que causa— al comportamiento y a la creencia social.”²³

Esta definición se encuentra precedida por una discusión que pretende, antes que nada, desentramar la relación entre cultura y comportamiento. Tal preocupación se origina por la confusión que se ha creado al utilizar la palabra como sinónimo de actitud, por lo que se ha asumido que a cambio de actitud se origina un cambio de comportamiento lo cual niega el autor tajantemente, por lo menos en esta reflexión. Lo anterior responde a una crítica de las posturas académicas y de opinión que asumen que bajo el cambio de la cultura (actitud) se

²² Roberto Varela, *Cultura y poder*, Anthropos, México, 2005.

²³ *Ibid.*, p. 97.

cambia la acción respecto a las relaciones políticas. Por ello, hace una distinción crucial entre cultura y comportamiento: “Si la cultura es un conjunto de signos y símbolos, el comportamiento *en sí* es una acción [...] Esto no invalida que *también* pueda manifestarse como signos y símbolos.”²⁴ Más adelante se notará la pertinencia de lo anterior.

Respecto a la política, construye una definición que se basa en enfoques neo-evolucionistas, centrándose sobre todo en la tesis de Richard N. Adams. Su análisis nos lleva a la siguiente definición de la política: “toda acción —física o simbólica— que produce un efecto —mantenimiento, fortalecimiento, alteración, transformación parcial o radical— en la estructura de poder de una unidad operante o la aparición de una nueva unidad operante en cualquier nivel de integración socio-cultural [...]”²⁵

Como consecuencia de la discusión teórica y exposición empírica, el autor propone finalmente una definición acabada que puede ser de utilidad para nuestro análisis:

... si unimos los dos conceptos anteriores —cultura y política— en el compuesto de cultura política, definiríamos a ésta como el conjunto de signos y símbolos compartidos (transmiten conocimientos e información, portan valoraciones, suscitan sentimientos y emociones, expresan ilusiones y utopías) que afectan y dan significado a las estructuras de poder.²⁶

Por su parte el historiador Keith Michael Baker, en la introducción que hace a *The French Revolution and creation of modern political culture I*,²⁷ apunta una breve propuesta sobre el campo de estudio de la cultura política, que bien se puede integrar a nuestro análisis. Al igual que Varela comienza por definir una de sus partes, pero a diferencia de éste omite el significado de cultura. El autor señala:

²⁴ *Ibid.*, p. 87.

²⁵ *Ibid.*, p. 145.

²⁶ *Ibid.*, p. 166.

²⁷ Keith Michael Baker, *The French Revolution and creation of modern political culture I, The political culture of the Old Regime*, Oxford, Pergamon Press, 1987. p. XII.

If politics, broadly construed, is the activity through which individual and groups in any society articulate, negotiate, implement, and enforce the competing claims they make one upon another, then political culture may be understood as the set of discourses and practices characterizing that activity in any given community.²⁸

Más adelante el autor completa los señalamientos abriendo o explicitando el campo de comprensión de la cultura política. Por un lado, apunta que ésta comprende “las definiciones de las posiciones relativas” de los actores sociales de un fenómeno histórico a partir de las demandas que se hacen unos a otros. Por lo tanto, esta parte cultural de la política, permite observar “la identidad” de los grupos o individuos en cuestión, que se diferencian unos de otros a partir del pronunciamiento de demandas que son visibles discursivamente o por medio de prácticas sociales. En este sentido, analíticamente se puede observar, con mayor nitidez, los límites cambiantes de las diferentes comunidades en pugna. Por otro lado, el autor amplía la propuesta, y considero que es el mayor acierto, al campo de los significados. Señala que las demandas están inscritas en ciertos términos y son los significados de estos términos, que se encuentran en diferentes contextos de referencia, los que constituyen el estudio de la cultura política. Además, agrega que estos términos definen los procesos institucionales y extra-institucionales, y las estrategias de las formulaciones de las demandas como la respuesta a éstos.

No hay que dejar de lado las diferencias entre las dos posturas que se deben destacar para poder integrarlos en un común analítico, es decir en una propuesta de análisis. Primeramente que uno se aboca a los estudios antropológicos y el otro a los históricos: Varela finca su estudio en un caso particular, los procesos políticos en los Altos de Morelos; Baker por su parte, en la cultura política del Antiguo Régimen. Los dos objetos de

²⁸ *Ibid.*, p. XII.

estudio son de naturaleza distinta. El primero trata un objeto vivo, latente, que puede ser observado y que por lo tanto el análisis e interpretación de los hechos se da bajo un contexto definido directamente por los actores sociales, el sistema político y las estructuras de poder que de algún modo fueron palpables. Baker se acerca a su objeto de estudio mediante documentos y textos de diferente índole: discursos testimoniales, institucionales, historiográficos, etcétera. No se va a entrar en una discusión epistemológica sobre el trato de los objetos de estudio y sus resultados; sin embargo es importante señalar que de ahí deriva parte de la distinción de sus respectivas definiciones y campos analíticos. Empero, no se puede dejar de lado, bajo estas diferencias, problematizar el abordaje del objeto de estudio de la cultura política, como una textualización de la “realidad” o como el de prácticas sociales que son parte de una “realidad” que puede ser conceptualizada, mas no supeditada al mundo discursivo y que acarrearía más asuntos que discutir.

En el caso particular de las comunidades intelectuales y su producción letrada que involucran significados sobre la política, valdría irse un poco despacio porque ambas perspectivas podrían ser de utilidad. Sobre todo si consideramos la naturaleza del texto que vamos a analizar (el de la revista *Plural*), porque aborda de manera directa la temática y se presentan una serie construcciones simbólicas respecto a ella.

Si lo que pretendo como un asunto prioritario es saber si un enfoque cultural sobre la política resulta teórico-metodológicamente funcional para entender, en parte, el entramado discursivo con carga política de las comunidades intelectuales, que además se expresa bajo cierto lenguaje estético-literario propio de los “hombres de letras”, se tendría que definir con anterioridad de qué intelectual y/o comunidad de intelectual y de qué tipo de género

literario se haga referencia, así como el tipo de relación, discursiva o no, que se finca con el sistema político.

Lo anterior toma relevancia si de ello depende los pronunciamientos y el tipo de efecto que tienen en el entramado social. Sobre todo si el cambio de los significados políticos trastocan sustancialmente, los imaginarios, las conciencias, los sentimientos, etcétera, que se pretende modifiquen a las estructuras de poder y al sistema político mismo. Dichos cambios no necesariamente se observan de manera inmediata si entendemos que la cultura política es más que la reformulación de estructuras simbólicas. Hay que verlo como un proceso histórico complejo, en dónde variados factores juegan un papel fundamental, como los que se han señalado arriba, y con los cuales se significan dichas estructuras simbólicas dependiendo de los contextos de referencia que en estos actúan.

Este aspecto es importante puesto que los valores producidos por los intelectuales, bienes simbólicos, pueden enquistar sus formulaciones en la conciencia o en el inconsciente colectivo, a través de procesos complejos. Muchas veces toma tiempo que surtan algún tipo de efecto y es probable que bajo otro contexto de referencia cobren mayor significado. Sin embargo hay que hacer varias advertencias. Primera, si tomamos en cuenta la postura de Baker habría que advertir, que los significados de los términos en los que expresan sus demandas necesariamente tendrían que ser compartidos para hablar de una cultura política en un aspecto más general. Segunda, esto no quiere decir que sus bienes simbólicos no estén dirigidos a diferentes sectores sociales en particular y tercera, cobren mayor sentido y hasta representatividad en ellos.

Así surgen otras problemáticas que son importantes esbozar. Si me centro en los “hombres de letras”, sus producciones y discursos pueden ser tratados desde una postura cultural de la política, en dónde se observa un fuerte ejercicio creativo y analítico en dónde lo que más se destaca es la innovación de sus construcciones simbólicas, estas no dejan de estar afectadas por principios dominantes con los que se valora la realidad. Principios que marcan una referencia cultural y para lo que me compete también política. En otras palabras, se observa diferentes niveles en el andamiaje de la textualización, y por lo tanto, de la simbolización pues son especialistas en elaborar bienes simbólicos. Entonces, por un lado, se observa principios compartidos, que de algún modo dan sustento referencial a las construcciones simbólicas sobre el poder y la política y, por el otro, reformulaciones y revaloraciones que innovan en diferentes niveles los significados de los mismos.

Es importante apuntalar la propuesta y la reflexión para dar paso al siguiente apartado. Roger Chartier en su muy conocido trabajo *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII: los orígenes culturales de la Revolución francesa*,²⁹ analiza en su primer capítulo, el cambio o desplazamiento de roles al interior de la aristocracia, en donde convivían tanto los detentadores del poder político, como los productores de bienes culturales. Una de las tesis fundamentales del autor estriba en la bifurcación que experimenta la aristocracia en este periodo: por un lado una parte de ésta desempeña las funciones político-administrativas que gobiernan a la Francia del antiguo régimen; por el otro existe una aristocracia letrada que se hizo de la autoridad moral y filosófica y que fue excluida del poder político. Al desplazar a los “hombres de letras”, filósofos y/o pensadores de la administración pública se crearon de cierta autoridad ajena a la toma de decisiones

²⁹ Roger Chartier, *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII: los orígenes culturales de la Revolución francesa*, Gedisa, Barcelona, 1995.

políticas, lo anterior derivó en una mayor responsabilidad filosófica, una función que antes era parte de una aristocracia conjunta que administraba tanto lo gubernamental como a las “políticas literarias”, produciendo una aristocracia alterna que se hizo de la administración de la “política literaria” que les permitió tener una gran autoridad social pero sin poder en la toma de decisiones administrativas. Una de las posibles lecturas que le da Chartier a los resultados de tal fenómeno es que esta aristocracia alterna, antes parte de una aristocracia conjunta, un tanto apartada de la sociedad por no tener instituciones representativas y ajenas al ejercicio del poder, se moviera en el mundo de las abstracciones, de las ideas permitiendo soñar en la ciudad ideal.

Bajo esta reflexión Chartier señala que “la politización de la literatura es, pues, al mismo tiempo una ‘literaturización’ de la política”. En este sentido, la literaturización se refiere a las abstracciones que se hace del mundo de la política; todos las construcciones ideales y si se quiere hasta utópicas que involucran un cambio en la concepción de esta esfera. Por lo tanto, la cultura política para Chartier, es ese punto medio entre el ejercicio real del poder y las ideas concebidas desde el ámbito filosófico-literario. Sin duda estas concepciones filosófico-literarias advierten demandas, bajo valores con los cuales se califica tanto el presente como el mundo ideal que construyen. Dichas demandas procuran el bien común por medio de modelos ideales, que en un primer supuesto, involucran a toda la sociedad pero que sólo son entendibles para las élites, tanto administrativas como literarias, de ese momento.

Hay que guardar las distancias históricas y los horizontes culturales, sociales y políticos para lo que compete, sin embargo dicha reflexión es útil como herramienta cognoscitiva para conjeturar ideas respecto a la cultura política de las comunidades intelectuales de

finales de la década de los sesentas y principios de los setenta. En mucho depende la cultura política si consideramos el tipo de relación que se finca entre las comunidades intelectuales y el sistema político de este periodo. Por el momento dejemos estas reflexiones para ilustrar la propuesta por medio del texto que hemos puesto en la mira del análisis.³⁰

2. Modelos endógenos del intelectual: un caso paradigmático

A continuación discutiré la utilidad y justificación del concepto de cultura política, en un caso particular de relaciones discursivas sobre la política, producido por un grupo de intelectuales, en su mayoría literatos, que servirá sobre todo para poner en el mapa la discusión y la pertinencia, si es que la tiene, del concepto en esta esfera. El caso que se propone es un texto de finales de 1972, publicado en el primer aniversario de la revista *Plural*, fundada por Octavio Paz, con el título “México 1972. Los escritores y la política”,³¹ en donde se nota las diferentes posturas que un selecto grupo de escritores asumen ante el poder y la política. En el texto y en la discusión subsecuente que dominó la esfera intelectual de aquel periodo, un número nutrido de escritores fijó varias posturas sobre su papel de actores sociales y políticos. Se reitera que, la publicación arriba citada no sólo servirá como una guía para encaminar la discusión, sino como un texto que revela las complejas interacciones paradigmáticas de este grupo, que dominan y afectan de una u otra manera el tenor de sus producciones, sus vínculos internos y la manera de relacionarse con

³⁰ Advierto que lo abajo expuesto son sólo fragmentos descriptivos que considero necesarios para instrumentar el enfoque que propongo y que la complejidad del texto es mucho mayor, por lo tanto hay que considerar una relectura del mismo para seguir con el análisis en otra ocasión.

³¹ *Plural*, Núm. 13, 1972, *Op. cit.*, pp. 21-28.

los demás sectores de la sociedad.³² La importancia de dicho pronunciamiento es su alto valor simbólico sobre las representaciones de la política y el cuestionamiento que hace sobre el papel que jugaban en el entramado social estos actores.³³

Al parecer sólo algunos años duraron en un todo homogéneo las voluntades y la mira del arma crítica hacia una misma dirección. Los cuestionamientos de los intelectuales tenían un mismo objetivo: el sistema político, sus actores y la forma de operar. El sector intelectual se agrupaba, a finales de la década de los sesenta y principio de los setenta del siglo XX, para reprobador el autoritarismo con el que el gobierno trataba de solucionar todo problema social. Autoritarismo, como casi siempre, traducido en violencia o por lo menos, con la presión que termina por sofocar cualquier disidencia. Es, a partir de los acontecimientos violentos ocurridos en 1968 y 1971, que el sector intelectual experimenta una especie de comunión (un imaginario que domina entre ellos mismos) fijando varias posturas críticas ante las condiciones políticas que reprobaban. Este agrupamiento, sincero por lo menos, se rompe con la “política de apertura” promovida por el entonces presidente de la República Luis Echeverría, dando la pauta para el distanciamiento de los grupos intelectuales entre sí y en valerosas excepciones, letrados que defendían su autonomía y libertad aislándose del conjunto para expresar su postura de manera ajena a la de algún grupo.³⁴ Ya lo expresaba José Emilio Pacheco en la discusión con el tema “Los escritores y la política”: “Si algo

³² Un texto que permite observar los antecedentes inmediatos de la mesa, el tenor de la discusión y los saldos que arrojó en su futuro inmediato dicha discusión es el artículo de Carlos Gómez Carro: “Plural (1971-1976): las reglas de la excepción” en *Temas y Variaciones de Literatura*, Núm., 25, 2005, UAM, México, pp. 221-245.

³³ En este momento es importante recuperar una conversación que tuvo Julio Scherer con Octavio Paz, porque cobra sentido con lo arriba expuesto, en esta charla se afirmaba que “La historia de *Plural*, también la de *Vuelta*, es parte de una historia más amplia: la de las relaciones entre los intelectuales y la política.” En Octavio Paz, *Itinerario*, FCE, México, 1993, p. 224.

³⁴ Más adelante observaremos al respecto la postura de Gabriel Zaid que se apartó de la publicación por un corto periodo a consecuencia del diálogo en este texto.

demuestra este intercambio de ideas es que la unidad básica que existió entre los escritores mexicanos en 1968 se ha quebrantado en 1972.”³⁵

La solidaridad imaginada que entre ellos gobernaba se diluía en lo particular, a razón de las diferentes posturas que asumieron ante la propuesta del entonces presidente de la República; en lo general dicha solidaridad todavía los conjuntaba por la necesidad democratizadora del sistema político mexicano, ya sea como fin último en el que una republica liberal se estableciera plenamente o, un orden democrático como estadio previo para concretar otro tipo de orden político, como el socialista. Como parte de una tradición, la comunidad intelectual, o gran parte de ella, se dio a la tarea de discutir el orden político y sus actores, cuestionando el entramado simbólico que lo legitimaba. Los significados y representaciones del sistema político eran revalorados a partir de la crítica constructora que proponía vías alternas desde el seno de la vida cultural del país. Los distintos valores promovidos, sobre todo democráticos y de justicia, pretendían estimular el cambio socio-político y ellos, los intelectuales conscientes de su papel como actores sociales, o por lo menos así lo dejaban ver públicamente, tenían que proyectarlos al resto de la sociedad. A continuación discutiremos si bajo este horizonte social donde se reconfiguran los significados políticos y las posiciones de los actores intelectuales, puede ser aplicado el concepto de cultura política.

Un aspecto que se tiene que indagar, que involucra una práctica social así como un modo discursivo de reconocimiento, es la manera paradigmática de intelectual que asumen estos actores sociales. En este caso no me refiero a conceptualizaciones analíticas, por poner un ejemplo, como el del “intelectual orgánico” de extracción marxista que pretende explicar, a

³⁵ *Plural*, Núm. 13, 1972, *Op.cit.*, p. 26.

partir de un modelo teórico propio de los investigadores sociales, el papel que juegan estos actores en relación con el sistema político, sino más bien, en los modelos paradigmáticos de autoreconocimiento que se gestan y promueven desde el interior mismo de sus prácticas. Como ejemplos y paradigmas dominantes, valga mencionar, el del intelectual comprometido y el del intelectual independiente que causaron tanta resonancia en la segunda mitad del siglo XX, y que tuvieron entre sus más visibles promotores tanto a Carlos Fuentes en la década de los setenta y a Octavio Paz desde los sesentas respectivamente.

Lo anterior, adquiere relevancia si se considera que de ello dependen las estrategias relacionales que los intelectuales siguen en su vínculo con el entramado social. Por lo tanto los intelectuales integran identidades, no sólo al interior de su quehacer por medio de tradiciones literarias, sino también identidades políticas con el resto de la colectividad en base a sus acciones y prácticas discursivas que involucran significados sobre la política. Los dos modos paradigmáticos de intelectual al que hemos hecho referencia en su vínculo con el ámbito político, nos hablan de un establecimiento de relaciones heterogéneas, pero direccionadas hacia el sistema gubernamental, sus actores y su accionar, y en algunos casos con grupos y organizaciones políticas. Roderic Ai Camp refuerza la propuesta pues señala que “la autopercepción de los intelectuales determina hasta cierto punto el papel que desempeñan”.³⁶

Antes de entrar en estos paradigmas de intelectual que he mencionado, vale la pena analizar críticamente a uno de los principales intelectuales de la época que reflexiona sobre esta

³⁶ Roderic Ai Camp, *Los intelectuales y el estado en el México del siglo XX*, FCE, México, 1988, p. 61.

figura: Gabriel Zaid. Este escritor en el ensayo “Intelectuales”,³⁷ plantea la problemática que conlleva esta figura planteando en un primer momento lo que no es un intelectual. Zaid a partir del caso Dreyfus en Francia, en donde el escritor Zola intervino en un caso de orden militar con una carta abierta al presidente de la República, para solicitar la revisión del juicio de este personaje el cual tenía muchas fallas a consecuencia del trasfondo político y militar que lo enmarcaba, expone cómo se definió esta figura por la participación en la vida pública y qué escapaba a su competencia como novelista. Zaid señala:

Su intervención puso en evidencia que la verdad pública no está sujeta a la verdad oficial; que hay tribunales de la conciencia pública donde la sociedad civil ejerce su autonomía frente a las autoridades militares, políticas, eclesiásticas, académicas. Mostró la aparición de un cuarto poder, el de la prensa, frente al legislativo, ejecutivo y judicial. Hizo ver que las cosas de interés público (en este caso el antisemitismo) no pueden reducirse a tal o cual interés, competencia, jurisdicción: que la guerra es demasiado importante para dejarla en manos militares, el derecho demasiado importante para dejarlo en manos de abogados.³⁸

Al proponer el autor la existencia de tribunales de la conciencia pública, se puede hacer una doble lectura sobre el asunto: primero, que los intelectuales como parte de la sociedad civil se proyectan tanto como demandantes y jueces a la vez, de las quejas que competen al interés público y, segundo y más importante aun: que no es el intelectual, como ciudadano, el que representa a la sociedad civil, sino que son sus pronunciamientos y demandas las que representan la postura de una sociedad civil ante un conflicto de interés público. En este sentido, los tribunales de la conciencia pública sobrepasan la postura personal del escritor, hay algo más allá de él: un sentimiento, demanda, inconformidad, etcétera, de orden colectivo y que el escritor tiene la capacidad de formular de forma inteligible y compartida.

³⁷ Gabriel Zaid, *Antología General*, Océano, México, 2004, pp. 267-271.

³⁸ *Ibid.*, pp.267-268.

Si el escritor logra este efecto, y es gracias a ello, se le puede dar el estatus de intelectual. Señalan necesidades de justicia por medio del escrutinio inteligible en base a los pronunciamientos de estos portavoces que al mismo tiempo sentencian por medio de una verdad que consideran ajena a la oficial. Las quejas, señala, son de una importancia superior, que no deben dejarse en manos de las jurisdicciones competentes, puesto que la conciencia pública le ha dado un mayor valor por el hecho de la existencia de intereses particulares que vician los procesos institucionales. Resalta que la vía de expresión de estas demandas es la periodística, ese cuarto poder que da cabida a los especialistas de diferentes áreas, para pronunciarse a favor de los intereses públicos y que la expresión en este particular espacio, también, le da el carácter de intelectual a los hombres de letras, académicos, científicos, etcétera, que cuentan con un prestigio y un público. Más adelante el autor completa:

Los intelectuales construyen espejos de interés para la sociedad: para distanciarse de sí misma, desdoblarse, contemplarse, comprenderse, criticarse, fantasear. En el espejo de la página, crean experiencias especulativas, prácticas, teorías, ejercicios espirituales, donde la sociedad se reconoce como pensante, crítica, imaginativa, creadora, en movimiento.

Por eso son vistos como la conciencia de la sociedad. Pero hay que tener cuidado con las metáforas orgánicas. Ninguna persona física puede ser la conciencia de una persona moral. Lo que sucede es que una persona física construye espejos, mapas, brújulas, sextantes, anteojos verbales, para orientarse en la realidad, y sus artefactos circulan porque les sirven a los demás. En esos artefactos (no en su creador) reside lo que pudiera llamarse una conciencia común: distintos ojos ven a través de lo mismo. Esa conciencia compartida, ese haber visto, no necesariamente lo mismo, sino a través de lo mismo, permite hablar de una conciencia común, de una conciencia pública, de una conciencia nacional, que hasta parece la

conciencia de una persona superior (la Comunidad, el Público, la Nación) que habla a través del intelectual.³⁹

¿Podemos interpretar el ver “a través de lo mismo”, además de ser la conciencia común, como una cultura política operante? ¿Esos “anteojos verbales” pueden contener procesos de significación? Una posible lectura podría decir que sí. Los cristales con los que significamos las realidades políticas, según interpretamos la postura del autor, son los mismos, pero no lo mismo que vemos quizá por lo subjetivo del asunto. Existe un filtro, con los que en una aparente paradoja, nos permite ver cosas distintas pero nada que no se atravesase por ahí. Los cristales como ese mundo prefigurado desde dónde se formulan las demandas; demandas que se expresan mediante opiniones, relatos, críticas, etcétera, propios del autor pero que representan la voz de la sociedad. Por un lado, existen sentimientos y demandas que se comparte y es el intelectual el que representa la voz y la manera de formular. Por otro, son en sí mismas sus formulaciones o los términos en los que se expresan las demandas, filtradas por un “ver a través de lo mismo”, lo que nos llevaría hablar de una cultura política en las producciones textuales de estos personajes. En otras palabras no es el escritor con nombre y apellidos, “la persona física”, la que una aparente opinión personal represente a la conciencia de la sociedad civil, “persona moral”, sino que son sus formulaciones las que han tenido la capacidad de concentrar una postura colectiva, que se filtran a partir de referentes preconcebidos que flotan por los aires de una cultura política compartida.

Este texto crítico sobre los intelectuales, nos ubica en el interior mismo de este selecto gremio, Zaid era y es, uno de los intelectuales más respetados de la vida cultural del país. Recurro al término intelectual desde su propia historicidad, desde cómo se piensa y

³⁹ *Ibid.*, p. 269.

autonominan a sí mismos los personajes catalogados de este modo. Hemos observado en Zaid una manera de distinguir un “nosotros”, pero un “nosotros” aleccionador, que plantea pautas de comportamiento y de vínculo social, con todas las ventajas y los vicios de la relación entre la sociedad y estos actores.

Sin dejar de reconocer las trayectorias generalizadas de uno u otro modelo de intelectual antes señaladas, que influyen más no determinan las trayectorias individuales de los hombres de letras, valdría también, para este caso, tratarlos en su conjunto con las salvedades que este riesgoso ejercicio conlleve.

Una de las categorías organizativas a la que más se recurre para diferenciar histórica y culturalmente a las comunidades intelectuales es la de “generación”. Esta categoría de conocimiento y fórmula del discurso va más allá de la cronología y del orden biológico que permite, de manera fortuita, el encuentro de varios personajes en un tiempo y espacio particular en donde se pueden cotejar sus producciones. En todo caso se tendría que entender a la generación también, siguiendo lo dicho por Leonardo Martínez Carrizales, como:

... un *lugar de la memoria*, pero es también un *lugar retórico*; de acuerdo con la primera parte de la frase, la generación selecciona una parte del pasado y con el producto de esa selección construye una imagen que pretende ser el pasado en sí, una condensación del pasado con un valor de uso inmediato para un grupo social; de acuerdo con la segunda parte, es un argumento del discurso que lleva inscrito en sí mismo la voluntad de persuadir. Memoria y expresión (conocimiento y persuasión) se encuentran en la base de esta categoría.⁴⁰

⁴⁰ Leonardo Martínez, Carrizales “La Generación de Medio Siglo. Tesis historiográfica sobre una categoría del discurso”, en *Tema y variaciones de Literatura*, Núm. 30, UAM, México, 2008, p. 29.

A partir de lo arriba citado se observa nuevamente, que desde esta perspectiva se da un ejercicio de auto-reconocimiento por los mismos integrantes a partir de la selección discursiva de los datos que en un supuesto caracterizan a la generación. Este imaginario construido, primeramente de manera endógena, encuentra eco no solamente en la comunidad letrada sino también en la comunidad académica que centra su análisis en dicha temática, aunque no de manera pasiva. El horizonte social y cultural en el que se encuentran montadas dichas generaciones, en última instancia, afecta su especificidad al mismo tiempo que influyen en tales horizontes si se ven en retrospectiva, pero ello queda en mano del ejercicio interpretativo del investigador. De este modo, aunque con matices, se puede ir delimitando la comunidad intelectual a la que se haga referencia sin embargo, faltan otras coordenadas que permitan integrar un común analítico, y así poder construir nuestra propuesta cultural sobre la política.

Este ejercicio discursivo de auto reconocimiento y construcción relativamente compartido, puede ser nutrido y complementado con los modelos paradigmáticos del intelectual que hemos mencionado más arriba, para entender en parte, las especificidades de cada actor en su acción discursiva y la manera de tejer diferentes relaciones con las diversas esferas y sectores de la sociedad. En otras palabras, la categoría de generación entendida como la hemos citado, aunado a los modelos paradigmáticos del intelectual en los que se repiensen estos personajes nos dejan observar, conjeturas endógenas de sí mismos, vínculos históricos y de desarrollo profesional. Esta última definida por las propias convicciones que tienen para relacionarse con el colectivo social. Lo anterior no sólo permite identificar en el tiempo a un número de intelectuales que comparten un mismo horizonte, sino también la manera discursiva de autoreconocerse; a la vez que en su práctica profesional, como

productores discursivos y de bienes simbólicos, el tipo de compromiso que asumen con el mundo de las ideas, consigo mismos y la sociedad.

Lo anterior permite tener dos coordenadas de alto valor dentro del vasto mapa del mundo de los intelectuales, en particular de los hombres de letras. Podríamos ejemplificar con la figura del árbol genealógico de donde se desprenden diferentes ramas que representan las generaciones culturales, pero que a la vez entre estas ramas existieran vasos comunicantes que permitieran vincular a diferentes intelectuales por la manera en que se piensan y al fin y al cabo actúan. Para nuestro caso como intelectuales comprometidos o independientes. Sin embargo, como veremos más adelante, hasta en un mismo modelo existen diferencias importantes que resaltar.

Pero ¿por qué resulta importante destacar estos dos elementos del discurso de autoreferenciación para vincular las producciones de los intelectuales con la problemática de la cultura política? Primeramente para diferenciar la relación del concepto de cultura política con otros conceptos como el de ideología en estos actores sociales. Sin duda los idearios políticos de los intelectuales pueden estar cargados de ideologías identificables, como la socialista, por poner un ejemplo. En términos generales, la ideología consta tanto de una representación de lo social, así como de un programa de acción; que quiere, o mantener un sistema o cambiarlo sustantivamente. De ahí se puede diferenciar entre una ideología dominante, reaccionaria, reformista, revolucionaria, etcétera. Eso quiere decir que los productores de bienes simbólicos de la política a menudo tienen como desafío personal influenciar y cambiar dichas representaciones y estructuras a partir de programas ideológicos de los cuales estén convencidos. Recordemos que la cultura es esa “matriz con la cual se significan las creencias y comportamientos”. La cultura política por lo tanto,

afecta la manera de pensar y significar estas ideologías. Las ideologías, por decirlo de algún modo, no se digieren de manera pura y pasiva, sino a partir de representaciones y estructuras simbólicas ya predeterminadas que se encuentran siempre en constante cambio y que pertenecen tanto al consciente como al inconsciente colectivo. Sin embargo, la categoría de cultura política también se ha pensado como una categoría para la acción política, los actores sociales de manera programática asumen que por medio del cambio de ésta se cambia el comportamiento social. Lo anterior es una de las críticas constantes que Roberto Varela ha hecho, pues como vimos anteriormente, la cultura política no debe entenderse como una actitud que cambia el comportamiento respecto a esta esfera.

En este momento, regreso a la autonominación del intelectual comprometido y el independiente que más adelante ejemplifico con mayor detalle para esclarecer la dinámica en un caso particular. Estos roles buscan legitimidad simbólica que se puede notar al interior mismo de esta élite, pero también al exterior dependiendo del grado de arraigo social que se tenga. En un primer supuesto, la cercanía del intelectual comprometido con la sociedad, en particular con algunos sectores sociales, es mayor, puesto que su campo de crítica reconoce necesidades y demandas que considera primordial exponer y tratar por los excesos del poder. Este posicionamiento le da reconocimiento que lo legitima dentro del colectivo social por poner a su disposición los bienes simbólicos que identifican sus demandas. La función social de este modelo, por lo tanto, se expresa bajo el valor de la justicia social, política, judicial, principalmente. Sus obligaciones asumidas, independientemente de las que tienen con su campo de desarrollo profesional, son sociales y sin duda los consagran como portadores de una cierta verdad a favor del colectivo social que se ha vulnerado. *Grosso modo*, el modelo del intelectual independiente pone a

disposición sus bienes simbólicos al mundo, a partir de la crítica de las ideas y de su entorno social. Que ellas converjan con las demandas y exigencias de ciertos sectores es a razón del ejercicio crítico *per se*. Esto no los desvincula necesariamente de sus anhelos de justicia en cualquier ámbito, pero los libera tentativamente de cualquier compromiso que coaccione su ejercicio crítico. Lo que pretenden es una aspiración de autonomía regido por el mundo de las ideas y la labor cognoscitiva.⁴¹

Como modelos paradigmáticos ideales, si se interpreta así, resulta útil para seguir rastreando las coordenadas de los hombres de letras que interesan; sin embargo estos actores resultan de una complejidad mayor puesto que son actores de diferentes círculos en dónde juegan diferentes roles. Como hombre de letras, académicos, periodistas, políticos, diplomáticos, etcétera, pueden distar de la congruencia que como intelectuales han establecido como consecuencia de los roles y campos en los que se desarrollan. De manera mecánica podríamos asumir la existencia de cierta coherencia, si se quiere hasta moral, de estos personajes con las autonominaciones que ellos se adjudican, pero algunas veces no es así. A lo que referimos es que el individuo, como intelectual, portavoz y juez en el tribunal de la conciencia pública no se encuentra sujeto necesariamente a que en su desarrollo profesional enuncie la misma postura. En el caso del hombre de letras se da varias fórmulas. Una de ellas es, que como intelectual se expresa por medio del espacio periodístico, en donde se desempeña como parte de la conciencia pública, realizando una crítica al poder y pronunciándose en favor de las demandas colectivas del momento; mientras que, sus producciones literarias podrían contener otro tipo de enunciaciones fuera

⁴¹ El fenómeno del intelectual independiente es tratado por uno de los académicos más renombrados como especialista en la temática: Roderic Ai Camp. Dicha postura dista de la categorización que se propone en este apartado, ya que el autor asocia al intelectual independiente en los términos del “intelectual solitario” o el “intelectual aislado” de otros grupos de intelectuales, no de una independencia de pensamiento o de compromiso con cualquier sector social. Camp, 1988, *Op. cit.*, pp. 188-191.

de esa esfera de lo político inmediato. La fórmula se puede dar a la inversa, ya sea porque no se quiere participar en los espacios periodísticos o que cuando participa en ellos no focaliza las demandas públicas y, en sus textos literarios se concentre una fuerte crítica a los sistemas políticos o los excesos del poder. Otros pueden mantener la coherencia entre su papel de intelectual y sus producciones literarias. Esto último, idealmente, puede ser más atribuido a los intelectuales hombres de letras que se denominan como comprometidos aunque no es exclusivo de ellos, y por supuesto, ni condición para serlo. Lo que resulta condición según lo expuesto por Zaid es: participar en el tribunal de la conciencia pública y que esta participación se dé por los múltiples canales que abre la prensa.

Esto resulta importante para la reflexión en varios sentidos. Uno de ellos permite pensar en cómo abordar a los literatos que se esfuerzan en criticar lo social y a la política con mayor énfasis en sus trabajos literarios. En cómo abordarlos si su estrategia crítica la desbordan sobre todo en otros géneros que escapan a los atribuidos a la prensa. Habría que pensar en este momento si el carácter de intelectual, ya sea comprometido o independiente, no se atribuye además por lo antes expuesto, por otros elementos en los que podemos encontrar el reconocimiento como tal por los otros sectores de la sociedad. Otorguemos el beneficio de la duda a Zaid, pero además apuntemos que un intelectual debe ser reconocido como tal por la sociedad, para que se dé su carácter como figura pública de reconocimiento social. De allí que sostenga que sus producciones pueden ser leídas como parte del tribunal de la conciencia pública. Como es el caso del autor que se analizará.

Esto último toma relevancia porque Ignacio Solares ha sido un autor que sobre todo ha sido crítico de la política mexicana en sus textos de carácter literario, en géneros como la novela y el teatro, y que su participación en el espacio de la prensa se da con mayor fuerza en los

momentos de enunciación de sus obras, para cuestionar la estructura, el sistema, las dinámicas, los significados y los actores políticos. A pesar de que este autor siempre ha participado en la prensa, sobre todo de carácter cultural, su reconocimiento como intelectual se da por sus críticas contenidas en sus textos literarios. Más adelante entraremos con mayor detalle al respecto y ubicaremos al tipo de intelectual que representa.

A continuación se ilustra, con un caso particular, las dinámicas y las reflexiones de auto reconocimiento y nominación de estos personajes, la manera en que se relacionan con el sistema político, así como las formulaciones de demandas sociales y reformulaciones de significados respecto a esta esfera de la vida social.

2.1 Un breve recuento de “los escritores y el poder”: una mirada a las “posiciones relativas”

En el número 13 de *Plural*, Octavio Paz advierte en el texto introductorio: “La letra y el Cetro”,⁴² está dedicado en parte a los escritores y el poder. El poeta apunta que se habla de escritores y no de intelectuales, a razón de que no participaron ni técnicos ni científicos que pueden ser considerados intelectuales. También señala las condiciones en la que se planteó la participación de los ponentes: el primero en turno, sería del director de la revista, quien enviaría un texto breve a los participantes. Los demás escritores con dos intervenciones, a condición de que no excedieran las cinco páginas ambas, plantearían sus puntos de vista. Aclara que muchos decidieron participar sólo una vez; otros mandaron su segunda parte en el siguiente número; asimismo informó que Carlos Fuentes pidió dos hojas más para contestar una polémica de números atrás con Gabriel Zaid. En este número se incluyen

⁴² *Plural*, Núm. 13, 1972, *Op. cit.*, pp. 7-8.

artículos y trabajos de varios autores que dialogan, por un lado, de la relación entre literatura y el poder y por el otro, de la relación entre la literatura y la política en la que se incluye reflexiones sobre el papel de los intelectuales como actores de suma importancia en sus contextos de referencia. Sin ser un *dossier*, para comenzar a abonar el terreno, dichos trabajos se sitúan estratégicamente antes de la discusión que se encuentra en la parte central de este número.

Los escritores-intelectuales que participaron en la discusión fueron: Octavio Paz, Carlos Fuentes, Juan García Ponce, Jaime García Terres, Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco, Tomás Segovia, Luis Villoro y Gabriel Zaid. Los temas de discusión giraron en torno a la crítica del sistema político mexicano y la relación de los intelectuales con el poder, representado por Luis Echeverría Álvarez. La segunda polémica tenía a dos representantes con posturas diferenciadas: Carlos Fuentes y Gabriel Zaid.⁴³ Parecía que todo se centraba en aprovechar o desaprovechar la oportunidad de apertura que el presidente había propuesto a los intelectuales. Las posturas de los participantes se bifurcaban en la misma dirección

⁴³ Un artículo que resulta clave para entender esta polémica es el escrito por Carlos Gómez Carro: “Plural (1971-1976): Las reglas de la excepción (La revista y Carlos Fuentes)” en *Tema y Variaciones de la Literatura*, Núm. 25, México, UAM, 2005, pp. 221-245. En él, el autor ilustra y documenta la disputa de ideas y alternativas que veía cada uno. Señala: “En el número siguiente [al que había escrito Fuentes apoyando a Echeverría], el 12 (septiembre de 1972), Gabriel Zaid contestaba en un artículo que aparecía en la parte última del ejemplar con una ‘Carta a Carlos Fuentes’ y con el subtítulo ‘Sobre la ‘opción crítica’ de apoyar (condicionalmente) al público y no al ejecutivo ‘en el verano de nuestro descontento’”. En la carta, Zaid partía de deslindar lo público de lo privado, en el apoyo sin condiciones que Carlos Fuentes le proporcionaba con su prestigio a Luis Echeverría; el absurdo de sumar la autoridad moral del novelista al poder del Ejecutivo en contra de sus subordinados y, enfáticamente, en contra de los intelectuales independientes, como el mismo Fuentes. Señala Zaid lo que parecía, y sigue pareciendo, de sentido común: Echeverría era secretario de Gobernación cuando la matanza del sesenta y ocho, y no un funcionarios de segundo orden; además prometió aclarar los asesinatos del jueves de Corpus, en el setenta y uno, en quince días, y un año después no había aclarado nada (y en la actualidad sigue sin aclararse), con lo cual Zaid enfatizaba de modo contundente: ‘...no se puede pedir credibilidad pública sin demostración pública’; a los renunciantes de su gabinete coludidos con las ‘fuerzas del mal’, agregaba, los premiaba con apetitosos puestos, para preguntarle finalmente a Fuentes: ‘¿Quién ha cometido el ‘crimen histórico’ de la ‘abstención’ y el ‘silencio’? ¿Quién está desaprovechando la Apertura?’ Y bajo el paradigma de que la ‘lealtad del que publica debe ser con el público.’, profetiza (así se puede leer a la distancia) las consecuencias del apoyo acrítico de Fuentes, y de otros prominentes intelectuales, a su amigo Presidente: ‘El desprestigio no será del régimen sino de la independencia. Has hecho fácil la cargada contra los intelectuales...’.” pp. 236-237.

que las posiciones de Fuentes y de Zaid, lo que variaba eran las distancias que tomaban respecto a ellos.

Octavio Paz, siguiendo el tono de Daniel Cosío Villegas, presenta primeramente un balance del sistema político mexicano.⁴⁴ Dicho análisis y sus resultados parecían ser una radiografía bien pensada y asumida por los intelectuales del periodo. En lo fundamental, Paz estaba de acuerdo con lo señalado por Cosío Villegas, al grado que no se nota gran diferencia en sus planteamientos. Mucho de lo que argumentaba ya había sido dicho en *Posdata*⁴⁵ y en la “Carta a Adolfo Gilly”,⁴⁶ publicada ésta última en la misma revista números atrás. Lo que al parecer no compartía Paz, era ese entusiasmo que Cosío Villegas veía en la “política de apertura” echeverrista, en su lugar existía una gran duda al respecto. Debido a que el sistema político priista se había caracterizado por sus abusos, su corrupción y por la nueva tentativa de reformar al partido de Estado, Paz escribe un párrafo en cursivas que propone una solución o reformulación del sistema político, no sin antes dejarnos ver la posición que según él deberían asumir los intelectuales. Señala:

Ahora el régimen intenta la reforma del PRI y del sistema. Tampoco es una verdadera solución. La solución consiste en el nacimiento de un movimiento popular independiente y democrático que agrupe a todos los oprimidos y disidentes de México en un programa mínimo común. Como ciudadano soy partidario de ese movimiento. Como escritor mi posición no es distinta ni contraria sino, valga la paradoja, otra. Como escritor mi deber es preservar mi marginalidad frente al Estado, los partidos, las ideologías y la sociedad misma. Contra el poder y sus abusos, contra la seducción de la autoridad, contra la fascinación de la ortodoxia. Ni el sillón del consejero

⁴⁴ Véase Daniel Cosío Villegas, *El sistema político mexicano: las posibilidades de cambio*, Joaquín Mortiz, México, 1972. El artículo del mismo “La región más transparente de la política mexicana” en *Plural*, Núm. 2, noviembre de 1971, pp. 8-10.

⁴⁵ Octavio Paz, *Posdata*, Siglo XXI, México, 1970.

⁴⁶ Octavio Paz, “Carta a Adolfo Gilly” en *Plural*, Núm. 5, febrero de 1972, pp. 16-20.

*del Príncipe ni el asiento en el capítulo de los doctores de las Santas Escrituras revolucionarias.*⁴⁷

El segundo en turno fue Gabriel Zaid. Ya inmerso en una discusión anterior con Fuentes, el escritor llega con argumentos que le respondan, y no sólo cuestiona a éste, sino también en parte las soluciones propuestas por Paz: “Por todo esto, la ‘verdadera solución’ no está a cargo de la buena voluntad cívica de un conjunto de ciudadanos.”⁴⁸ Sirviéndose de los ejemplos de Manuel Gómez Morín y de Vicente Lombardo Toledano, advierte que los intelectuales no deben ser “técnicos del ejecutivo o fundadores de partidos”, que en su lugar deben de creer en la palabra escrita para formar un “público más exigente”, es decir, formar una opinión pública más informada. El paradigma del escritor independiente tan proclamado y formulado por Paz se refleja en la propuesta de Zaid.

La solidaridad que existía entre los intelectuales, que el mismo José Emilio Pacheco observó a partir de 1968, es rota por esta nueva coyuntura política. Éste reconoce las expectativas y el ánimo que un grupo de intelectuales generaron en su público por las posturas que no conciliaban a los letrados con el poder, que los mantenían al margen pero activos por la posición crítica. Esta perspectiva en ruptura parece encontrar dos caminos, que no convergen pero que permiten pensar en dos posibles espacios de influencia política para este grupo que se pensaba como una unidad: los intelectuales que sólo influyan desde las letras y los otros que, muy al pesar de Pacheco, colaboraran directamente en los espacios políticos nacionales aunque históricamente, según él, los saldos habían sido negativos. De acuerdo con Pacheco:

⁴⁷ *Plural*, Núm. 13, 1973, *Op.cit.*, p. 22.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 22.

Lo peor de todo es que la política nacional no ha ganado nada con la participación de los escritores en ella y la literatura ha salido perdiendo. El ambiente está envenenado por la suspicacia pero también por las actitudes farisaicas: todos condenan a los demás pero muy pocos se atreven a juzgarse a sí mismos. Quizá los escritores –un sector muy específico de los intelectuales- deban aspirar a influir en la sociedad sólo como escritores. Su inteligencia y sus capacidades son distintas y aun opuestas a la mentalidad política. En la historia hispanoamericana abundan los ejemplos de hombres que dejaron de dar a su país lo que pudieron haber aportado a través de la literatura, a cambio de unas actividades políticas que finalmente construyeron una decepción irreparable para ellos y sus seguidores.⁴⁹

Luis Villoro, por su parte, no pretende despolitizar al “escritor”, al hombre de letras, quiere darle una justa dimensión a sabiendas de las ilusiones de universalidad y libertad en las que se cree inmerso. No comparte con Paz la idea de que el escritor debería encontrarse en un estado de pureza ideológica para ejercer su crítica, por lo tanto, una de las ilusiones en las que cae según el autor, es la de creerse “testigo desinteresado”. Villoro plantea que el escritor, al verter una opinión, utiliza categorías que solamente son entendibles desde las peculiaridades de la misma realidad social a la que pertenece y que le dan sentido. Por cierto estas líneas son muy parecidas a algunas posturas sobre cultura política, que recalcan que el significado de los términos políticos se da en base de los contextos de referencia que le dan sentido. Por ello, la libertad y la universalidad de su pensamiento, vocación que debe buscar y alcanzar, es una ilusión que de todas maneras no lo exime de las ataduras de su particular realidad. Señala que el escritor “[e]spontáneamente tiende a explicar la realidad social por el universo discursivo, en vez de descubrir el significado de las palabras por la función que desempeñan en la realidad social de que forman parte.”⁵⁰ Es en esta lógica de contrasentido realidad-palabra, en la que se fundamenta la idea del escritor politizado del autor. Respondiendo a Paz en los señalamientos de que el novelista y el poeta no hablan por

⁴⁹ *Ibid.*, p. 25.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 23.

ningún grupo, partido, nación, “ni siquiera en nombre de sí mismo”, a razón de que antes que nada “duda de su propia existencia”, Villoro le contesta “que los valores por los que opta sólo adquieren un especial relieve desde una peculiar perspectiva [...] valores como ‘democracia’ o ‘libre expresión’ que, si bien son universales, sólo para las clases medias adquieren primordial importancia frente a los demás.”⁵¹. En este sentido, podemos decir que Villoro asume que los productos simbólicos y discursivos cargados de valores y principios, sí representan y le dan identidad a ciertas clases, y agrego, a cualquier otra categoría de integración social.

Tomás Segovia va un poco más lejos, y discute lo paradigmático que resulta decir que el escritor es en sí mismo un sujeto político considerando otras dimensiones y planteamientos.

Su argumento lleva la siguiente lógica:

...un director de banco no trabaja con su “intelecto”, aunque trabaje menos aún con sus manos: trabaja con su poder. Si se le quita todo poder constrictivo sobre otros hombres su “trabajo” se vuelve imposible. Un maestro o un filósofo, o un investigador científico no trabajan así. El político, desde un punto de vista, “trabaja” como el banquero [...] Lo que se entiende por intelectuales es pues alguien que examina (es decir “critica”) al poder sin usarlo... Una literatura “política” es una contradicción, porque no hay más política que la que usa el poder. La literatura puede hablar de la política, criticarla, acusarla (o alabarla), pero no hacerla; la suya no es una oposición *política*: no opone un poder a otro; más bien, incluso si pretende lo contrario, se opone a todo poder.⁵²

El anterior despliegue de ideas tiene un objetivo político claro al interior de la esfera intelectual, no tanto cuestionar lo propuesto por Villoro en términos cognoscitivos, sino desvirtuar “la cargada” y el apoyo “acrítico” de Carlos Fuentes a Luis Echeverría. Al aceptar la virtud crítica y la falta de poder real del escritor, enfrenta a los intelectuales que

⁵¹ *Ibid.*, p. 23.

⁵² *Ibid.*, p. 23.

pretenden ser depositarios de un poder que el ejecutivo supuestamente les va a otorgar. La marginalidad del escritor, en los términos del autor, es trastocada. Carlos Monsiváis se suma a la crítica de Fuentes y complementa la idea de Villoro. Después de un sumario que pretende ser aleccionador sobre lo que ha hecho el partido oficial y sus regímenes, sus mecanismos de operación, sus abusos, vicios y violaciones a los derechos fundamentales, etcétera, Monsiváis ubica al escritor en el contexto político de ese presente:

¿En qué sección de este panorama se inserta el escritor mexicano? Magnificado o minimizado, recipiente mesiánico o chivo expiatorio, símbolo del acomodo o conducto por donde se han expresado rebeldías y rechazos, el escritor, en su quehacer social y político, se ha mostrado significativo y catártico y no (como quizá él hubiese querido) decisivo y carismático. A mi juicio, un claro ejemplo de esta relación siempre fallida entre los escritores (como tales) y los regímenes de la Revolución Mexicana, lo constituye el origen de esta mesa redonda: las declaraciones recientes de amigos nuestros, gente de la probada calidad de Fernando Benítez y Carlos Fuentes. Ellos, al cederle (así sea de forma crítica y temporal) su confianza al presidente Echeverría, han exhibido –gracias a la reacción que provocaron– el punto álgido de una crisis: las dudas, el azoro, los titubeos de la mayoría de los intelectuales y escritores.⁵³

Además de la crítica anterior, responsabiliza a esos intelectuales, de ser parte del *status quo* dominante, pero a la vez lo cuestionan. Observa la indiferencia de éstos a las realidades míseras de muchos mexicanos que no tienen la manera de ejercer sus derechos y de acceder a mejores condiciones de vida. Argumenta que ha existido la complacencia de los intelectuales por la posición tan privilegiada que como escritores y no como ciudadanos tienen, que les ha permitido ejercer sus derechos civiles sobre todo de libre opinión, a diferencia del resto del colectivo social.

⁵³ *Ibid.*, p. 24.

Carlos Fuentes es el penúltimo en participar en la mesa redonda que cerraría con la última respuesta de Zaid, para apuntalar, aclarar y contestar a la polémica que suscitó sus primeras declaraciones publicadas números atrás en la revista. Antes de responder directamente a Zaid, Fuentes plantea una breve idea de la relación del escritor y la política, que justifica su posición tan seriamente criticada.

La grandeza y la servidumbre del escritor consiste en que usa un bien común, anterior a quien escribe: las palabras, que son, como el aire, de todos. El privilegio del escritor es la imaginación creadora; no tiene otro coto reservado y la supresión de ese privilegio [...], por el poder, es un atentado contra la libertad de todos porque las palabras son de todos [...] ¿Para qué se sale el escritor del terreno solido que le es propio y suficiente, y pisa las arenas movedizas de la política, donde el lenguaje no es en sí creador de nada, sino encubridor y revelador de otra cosa: relación de fuerza, sistema de producción, etc.? [...] La política no es sino el ámbito en que nuestra libertad deja de ser sólo nuestra y entra en relación con la libertad de los demás. La relación es inevitable: hemos escrito con las palabras de todos; debemos pagar la deuda, re-trasmitir lo que nos fue transmitido: lo que, con suerte, transformamos y enriquecemos.

Pero aparte de esta relación, natural e inevitable desde el momento en que se publica (se entrega a la *polis* lo escrito) hay otra en la que el escritor escoge escribir y hablar de lo político. No ha renunciado a su privilegio creador; pero, en cuanto ser específicamente político, no puede invocarlo: ha escogido actuar y hablar como ciudadano, sin más derecho y obligaciones que los de cualquier otro ciudadano [...] ⁵⁴

Tal argumento le permite a Fuentes legitimar su postura y diferenciar su papel como escritor, comprometido en este caso, en donde lo escrito entra al terreno de la política porque éste es el espacio donde confluyen las libertades colectivas. Pero también alcanza a justificar la posición que ha asumido ante la propuesta del presidente Echeverría, no como escritor ni intelectual, sino como ciudadano, como ser político.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 27.

Acotando la formulación de Fuentes respecto al papel del escritor y la del ciudadano, no encuentro mejores palabras para describir el subsecuente diálogo entre éstos, la postura de Paz al respecto, y un breve análisis que las publicadas por el antes citado Carlos Gómez Carro y que a continuación reproduzco abusando de lo extenso de la cita:

Fuentes parte de que en Zaid hay una “mala lectura” de su texto publicado en el número 11 de *Plural*. Para Fuentes, se debe partir de la calidad de país dependiente que tiene México, cuyo margen político de maniobra “no es mucho mayor” que el de Polonia (en ese entonces) frente al régimen soviético; de ahí su defensa del sector público mexicano aquél “que mal que bien, constituye una defensa mínima de nuestra integridad”, su ejemplo es, ahora, cruel: “Allende [el presidente chileno] puede ser derrotado en los próximos comicios chilenos; la nacionalización del cobre no podrá ser derrotada jamás”[...] Simplifica, creo que lo hace, los argumentos del Zaid al sintetizarlo, “pues piensa [Zaid] que en México sólo la libertad democrática nos salvará”, y defiende Fuentes la necesidad del Estado (es decir, Echeverría) de requerir “el apoyo popular, requiere el apoyo de los ciudadanos Zaid y Fuentes.” Agrega no estar “dispuesto a caer en el chantaje que Gabriel me propone [...] dándole plazos al gobierno y amenazándolo con condenarlo si no hace lo que pedimos.” La contestación de Zaid es lacónica: “Tenemos a un Presidente que en vez de aprovechar el poder que tiene para democratizar el país, sueña con el que no tiene [...] Y tenemos también escritores que, con la mejor intención, dejan su lugar y perdonan lo imperdonable, porque adoptan una visión subordinada a las opciones prácticas de la presidencia...” El resultado dentro de la revista fue que Tomás Segovia dejó la dirección editorial desde el número 12 y Gabriel Zaid y Segovia volvieron a publicar en la revista hasta el número dieciocho. Como contraste, en el número 14 (noviembre de 1972), Paz escribe de manera encomiable y afectuosa acerca de Fuentes y su obra, y señala: “Fuentes ha sido y es el plato fuerte de muchos banquetes caníbales.”, lo que aparte de marcar una clara distancia de la carta de Zaid en el número 12 y sus agregados del 13, no era sino un modo enfático de frenar la lectura de un posible distanciamiento entre ambos, aunque agrega, también profético: “Generalmente esos enemigos son los amigos y los ídolos de ayer.”⁵⁵

⁵⁵ Gómez Carro, *Op. cit.*, pp. 237-239.

2.2 Densidades de un texto

Se ha visto en el apartado anterior los posicionamientos de este grupo de intelectuales y sus representaciones sobre su realidad. Ahora se va a tratar de justificar la pertinencia del texto como una publicación de alto valor cultural y político que permite observar la cultura o subcultura política de la comunidad intelectual. Considero que en el texto existe una densidad importante de formulaciones simbólicas, valores y principios políticos que suscitan sentimientos y emociones que nos habla del espíritu de un tiempo. Además, en ella se condensan discusiones y diálogos de varios de los participantes de la mesa, que en la misma revista se habían dado con anterioridad.⁵⁶ En otras palabras, los diálogos intertextuales se hicieron explícitos en la mesa de discusión. No hay que dejar escapar que frente a un documento que posibilita rastrear una discusión intertextual, se tendría que elaborar un diagnóstico del conjunto de trabajos que lo antecedieron, para contar con los precedentes que le dieron forma. Al mismo tiempo, es necesario rastrear los referentes discursivos que dominan en la esfera literaria que permiten observar las singularidades de su visión de la “realidad” política. En este sentido, hay que hacer un ejercicio interpretativo del sistema simbólico, de los significados que los hombres de letras construyen respecto a la política.

De manera particular, hay que interrogar al texto en el que los intelectuales fijan postura, primeramente para reconocer sus coordenadas internas, después para observar las posiciones que asumen ante la propuesta del presidente Echeverría, y por último, encontrar las formulaciones de sus propias demandas. En este sentido, esta publicación puede ser una fuente de donde deriven las interpretaciones idóneas que manifiesten una cultura política

⁵⁶ Véase cita 24.

propia de la comunidad, independiente de las posturas ideológicas de cada uno de los participantes.

He insistido en la auto-referencia, en el auto-reconocimiento y en la propia concientización del papel que juegan en el colectivo social estos actores sociales, en base a los modelos paradigmáticos del intelectual que asumen y del lugar que ocupan histórica y culturalmente a partir de la categoría de generación como un lugar de la memoria y lugar retórico que éstos coadyuvan en parte a construir. En el texto “México 1972. Los escritores y la política” existe la misma fórmula; los intelectuales se plantan frente al espejo de su condición de actores sociales, el mismo espejo de la realidad política, para reflejar sus inconformidades. Quedan al descubierto las intencionalidades y las posturas personales, y de conjunto que debieran de seguir ante la propuesta de apertura echeverrista. De igual manera se hacen explícitas las demandas que éstos le hacen a las élites políticas para cambiar el sistema que consideran se encuentra en “quiebra”. Como principios y valores fundamentales se notan la idea democratizadora real del país y la de justicia social, y lo que se encuentra en juego es a qué tipo de democracia se hace referencia y para qué. Aunque algunos de los participantes son abiertamente socialistas no ven con malos ojos un estadio previo al orden que ellos avalan. Por otro lado, se discute el papel que deben de jugar en la reestructuración del sistema político que promueven y en la propuesta, inmoral para la mayoría, que el presidente les hace, no sin antes diagnosticar y sentenciar al sistema mismo.

Lo anterior les despierta una serie de emociones y sentimientos que se caldean en acaloradas discusiones de alto valor simbólico, sentimientos y emociones que se comparten con variados sectores y grupos sociales. Pero estos participantes se configuran en un común

no sólo por la demanda de cambio del sistema político simbiótico de México compuesto por el presidente y el partido, sino también por su quehacer literario y los espacios especializados en donde articulan sus demandas.

Por otro lado, la discusión que tuvieron estos escritores puede ser visto como un doble punto de inflexión de las relaciones de los intelectuales en su interior y de éstos con el Estado. La comunidad imaginada que se congregó para reprobar las acciones que desde el gobierno se tomaron en contra del estudiantado en 1968 y 1971, y que crearon un distanciamiento tanto discursivo como en la práctica con la administración pública, se quebraba. La automarginación al sustento público a partir de 1968, que tuvo como una de sus máximas expresiones la acción tanto práctica como simbólica de Octavio Paz con su renuncia a la embajada de la India, se replanteaba a finales de 1972 por medio del ejercicio literario.

Por ello hay que revalorar este documento que nos permite observar “las definiciones de las posiciones relativas” del colectivo letrado, tanto en el periodo que va de 1968 a finales de 1971, así como en el punto de ruptura de la solidaridad intelectual imaginada en 1972. Lo anterior cobra sentido, en términos de la cultura política, si retomamos las tesis de Baker y de Varela: del primero, al observar los significados de los términos en los que se producen sus demandas, y del segundo; si consideramos que sus formulaciones simbólicas pretenden afectar al sistema y la estructura de poder dominante.

2.3 Consideraciones sobre cultura política

Bajo otra dinámica y lógica, que sólo pueden ser entendidas si se considera la diferencia de horizontes, cobra sentido la “literaturización” de la política de la que habla Chartier. Subrayemos el autoexilio de algunos miembros en la participación de la vida administrativa, que se suma al de aquellos que de por sí no la tenían, para destacar el distanciamiento de los intelectuales con el sistema político; éstos aprovecharon lo innumerables espacios autónomos de expresión para cuestionar al sistema y a la administración gubernamental. Imaginaron una sociedad, aunque con referentes claros, en la que hubiera mayor participación política a partir del reconocimiento y respeto de los derechos democráticos o bien una sociedad igualitaria bajo postulados socialistas. Pero más allá de las posturas ideológicas, existen formulaciones y reformulaciones simbólicas sobre la política desde la esfera literaria. Es quizá por eso que Chartier ve a la cultura política como esa bisagra que permite vincular el ejercicio del poder con las formulaciones literarias cargadas de simbolismos densos sobre la política. Entre “realidades”, ejercicios del poder e intereses, y abstracciones de esa realidad la cultura política encuentra en parte su espacio analítico.

Baker señala que la cultura política, como se apuntó en una cita anterior, debe “ser entendida como un conjunto de discursos y prácticas que caracterizan esta actividad [la política] en cualquier comunidad dada.” La política según su posición, es definida a partir de la acción del individuo por ver cumplidas las demandas, desde el momento de su formulación y negociación. “Tanto sostiene y da significado a la actividad política” apunta Baker. Por ello, los significados desde los cuales se articulan las demandas, por medio de discursos eminentemente políticos, constituyen el área de análisis de la cultura política, sin

dejar de ver los contextos que le dan sentido priorizando principios y valores. Ambos encuentran en el carácter discursivo, ya sea letrado o no, las formulaciones que permiten ver en los procesos sociales y políticos una estructura simbólica que les da significado. Aunque hay que destacar, el peso que Chartier le da a la sociabilidad letrada y a la sociabilidad de ésta con el Estado: un común de prácticas y discursos.

En este momento es necesario señalar un punto clave que permita ir resolviendo las preguntas que planteo en un principio, en particular la existencia o no de una cultura política o subcultura política de la comunidad intelectual. Héctor Tejera señala lo siguiente:

Ante la multiplicidad de elementos culturales que actúan en la sociedad contemporánea, la cultura política no existe como una unidad o entidad homogénea e integrada asociada a ciertos sectores, grupos o clases sociales. Por el contrario, parece más adecuado considerarla como una serie heterogénea y desarticulada de valores, actitudes y acciones, con base en los cuales los actores sociales construyen percepciones sobre las relaciones de poder y sustentan su acción política.⁵⁷

Aunque comparta íntegramente tal postura ¿no valdría considerar en un lugar aparte o especial la producción de significados simbólicos respecto a la política de la comunidad intelectual? Es decir, si no podemos considerar la existencia de una cultura política homogénea ya sea nacional, regional, mucho menos a la de todos los grupos, sectores o clases sociales que componen la sociedad estamos ante una cultura heterogénea, ¿no es válido darle un trato especial a los significados simbólicos que desde la esfera intelectual y en particular a la literaria se construyen pensando que son productores especialistas de bienes simbólicos? Más bien cabría preguntarse si ellos son un sector o cada intelectual construye su propia esfera de sentido.

⁵⁷ Héctor Tejera Gaona, “Introducción. Antropología y cultura política en México”, en *Antropología política. Enfoques contemporáneos*, (Coord.) Héctor Tejera, Plaza y Valdés, México, 1996, p. 13.

Considerando que los bienes simbólicos tienen que ser compartidos socialmente para hablar de una cultura política, hay que poner atención en las formulaciones y reformulaciones que conservan una matriz y un tanto de innovación, que a corto o largo plazo se enquistan en la conciencia o en el inconsciente social. Los productos de este sector son especializados y por lo tanto, no son compartidos o inteligibles por amplios sectores sociales. También pueden ser auspiciados por cualquier comunidad con la cual converjan, reforzando identidades y/o justificando demandas políticas, incluso por el Estado mismo. Por lo tanto estas construcciones, tienden a llegar a un proceso de objetivación en términos de la cultura política.

...entendamos por objetivación de la cultura política, el proceso mediante el cual un grupo social construye un discurso que insiste sobre ciertos aspectos de su identidad, vida cotidiana, entorno social, convicciones y creencias, el cual le permite reelaborar símbolos, espacios, discursos y autoafirmaciones que a su vez sirven como la base para fijar su posición frente al poder y la política.⁵⁸

En lo relativo a las comunidades intelectuales y sus producciones, este proceso se da en un doble nivel: de ellos y su postura ante el poder y la política, y la recepción de sus productos como elementos o herramientas que sirvan a un grupo, sector o clase social para entender la realidad. El análisis de este proceso tiene que estudiar, tanto los factores de percepción social así como de la capacidad de transformación en la acción.

2.4 Reflexión en torno a los paradigmas en cuestión

Como resultado del posicionamiento discursivo y de agentes sociales de este sector de escritores, se observa esquemas paradigmáticos del intelectual que bajo un contexto político

⁵⁸ *Ibid.*, p. 16.

específico entran en crisis. Por este hecho se genera una tensión que ilustra las identidades y los roles que estos juegan en el entramado social. Por un lado, se enuncia tanto el papel que debe asumir el intelectual comprometido como el independiente y los límites, claro está difusos y cambiantes, en los que se encuentran supuestamente definidos. Lo que hay que rescatar son los bemoles y los matices de las firmes convicciones de los participantes con respecto a las categorías antes mencionadas, en función de la relación interna del sector, de éste con la sociedad y con el Estado que se hacen explícitas a partir de las demandas y exigencias que hacen. Por lo tanto, de ello dependen las construcciones y los significados simbólicos del sistema político y sus actores. De este modo, podemos notar una postura que recalca al escritor independiente bajo lineamientos que son los de la marginalidad frente “*al Estado, partidos, ideologías y la sociedad misma*”, y por consiguiente al poder, al mismo tiempo que pugna por la universalidad del pensamiento (Paz). Bajo el mismo esquema, pero con cierta diferencia, otra que sugiere ser agentes de cambio político-social desde el quehacer literario con “el poder que sí se tiene”: las letras (Zaid y Segovia). Esta perspectiva no pretende marginarse de la sociedad, sino por el contrario, actuar en ella; crear una opinión pública informada que tenga las herramientas necesarias en la toma de decisiones y del cambio social.

En el intelectual comprometido encuentro a Fuentes, Pacheco y Monsiváis con claras diferencias. Los dos últimos no conciben un acercamiento y colaboración con el Estado que el primero con sus declaraciones abona, para según él, lograr los cambios significativos en el sistema político y la sociedad mexicana. El compromiso social existe en ellos, la diferencia radica, nuevamente, en su marginalidad frente al poder y las vías para lograr un bienestar común.

La parte que hemos rescatado de Villoro valdría darle un trato especial, no sólo porque es el único de los participantes que da su punto de vista desde otros lentes que permean su visión (los de la filosofía), sino también porque politiza a estos actores. A partir de la idea del significado de las palabras en sus contextos de referencia, asume que los escritores no se pueden “escapar” de su relación e influencia con la sociedad, incluida el Estado mismo. Por lo tanto son actores políticos con o sin su participación, ideológica o administrativa, con el Estado. Los productos simbólico-discursivos de la política de éstos, ya sea para cuestionar o mantener un sistema, los “atan” inexorablemente con la sociedad según la postura de este filósofo.

Sin duda, el modo paradigmático del intelectual, en el que se piensan unos y otros, puede ser observado como espectros que confluyen por momentos, según el posicionamiento relativo de éstos, afectando las relaciones de sociabilidad letrada de manera discursiva y personal. Como consecuencia se sugiere la existencia de una subcultura política al interior de estas relaciones y al exterior con la relación con el Estado, en donde códigos, valores y principios, que sólo son atribuidos a este sector son revalorados y resignificados gracias a su carácter subjetivo. Desde otra perspectiva, la de Baker, la relación de este sector con el Estado puede ser visto como una cultura política por la formulación de las demandas que permiten observar su posición frente a otro grupo de poder (las élites políticas) que determina los designios de la nación y a partir de la propuesta echeverrista, la de ellos mismos. Así mismo, si se considera que la producción discursiva de este sector, pretende trastocar e influir en las estructuras de poder vigentes en ese momento entonces hablamos, por consecuencia, de una cultura política y no de una subcultura política, a razón de que involucra demandas compartidas con la sociedad del momento aunque se expresaran en

términos heterogéneos. Cabe ilustrar el carácter heterogéneo de estas demandas en cuanto a los matices, más no en cuanto a los objetivos, que como ya observamos su fin era la democratización del sistema político.

Por último en este apartado, vale la pena señalar que lo anterior es una propuesta de lectura de estos actores y sus producciones discursivas en sus propios horizontes políticos, sociales y culturales bajo un enfoque de cultura política que escapa a los análisis de escrutinio dominantes; una propuesta que revaloriza la enunciación propia bajo esquemas analíticos de la historiografía crítica.

2.5 El abrevadero cultural de Ignacio Solares en los espacios de desarrollo intelectual

El periódico *Excelsior*, en el periodo en el que participó Ignacio Solares (1971-1976), fue uno de los espacios periodísticos en donde observamos una gama de posibilidades para la crítica. Sus espacios de periodismo y producción cultural y literaria son de destacarse si se considera por un lado la multicitada revista *Plural* y el suplemento, ya con mucha tradición en el periódico, *Diorama de la cultura*. Este último por mucho tiempo bajo la dirección del entonces joven Ignacio Solares que coincide con los mismos años en la dirección de Octavio Paz en *Plural*: 1971-1976. En ambas publicaciones colaboraron un sin número de escritores de variadas corrientes estético-literarias, ideológico-políticas, filosóficas, sociales, humanísticas, etcétera, así como de diferentes nacionalidades y lenguas. Lo anterior permite observar un espacio de alta influencia que posibilita seguir la pluralidad de pensamientos que abrían los ojos de los lectores a horizontes más amplios. En el caso de los colaboradores de la redacción y escritores en vías de desarrollo literario e intelectual dicha influencia es todavía más enriquecedora en términos cognoscitivos. Ignacio Solares tuvo la

fortuna de encontrarse rodeado de este abrevadero cultural en dónde la amplitud de posturas literarias y políticas regidas por la crítica fue abundante. Este atestamiento amplió los horizontes de Solares y le permitió un desarrollo literario idóneo para su futuro como escritor de novelas históricas y como un profesional en la redacción y en el mundo de la difusión cultural.

En estos espacios de las publicaciones culturales del periódico es donde podemos rastrear la matriz cultural del ideario histórico-político del autor. Si bien es cierto que no es el único espacio de influencia, pues dejaríamos de lado otros como los académicos, consideramos que como espacio que dominó las discusiones políticas, culturales y literarias en este horizonte histórico, toma una relevancia significativa para estudiar a este escritor. Por otro lado, también hay que considerar que fue el lugar de sociabilidad de Solares en el mundo intelectual. Pero esta sociabilidad no sólo sirve para abrir espacios y ganar legitimidad dentro de este círculo tan cerrado y exclusivo, sino que a la vez se fincan relaciones por medio del intercambio de ideas, de trabajos de redacción y de productos literarios que se encuentran en el centro de estas relaciones. Los conectores de esta sociabilidad pueden distinguirse desde estas coordenadas.

Capítulo II

Continuidades y rupturas de una figura política en la novela *El jefe máximo* de Ignacio Solares

Introducción

El presente capítulo tiene como objetivo problematizar la pertinencia de lectura de la novela histórica desde coordenadas de análisis de la cultura política. La obra que pondremos en la mira del análisis para ilustrar la propuesta es la novela histórica *El jefe máximo* de Ignacio Solares. La obra contiene construcciones y representaciones simbólicas sobre el sistema político, sus actores y de las relaciones en la lucha por el poder que son susceptibles a ser analizadas desde la historiografía crítica. Dichas construcciones y representaciones, son parte de la labor creativa del autor, del ingenio creativo que ficcionaliza un fenómeno o personaje histórico desde el quehacer literario, en ellas es posible identificar los principios dominantes del horizonte cultural en que se construye la obra. Por ello es posible escudriñar estas representaciones y construcciones simbólicas que forman parte de una cultura política que sobrepasa al autor, pues es de carácter social y colectivo y son esos referentes colectivos que nos permiten interpretar lo realizado por estos intelectuales. Encuentro una estructura simbólica previamente establecida, prefigurada en una cultura política que sirve como base de las nuevas interpretaciones y construcciones del autor que reflejan los cambios y expectativas de los agentes sociales.

Para ello valdría hacerse algunas preguntas para guiar la discusión. ¿Es susceptible leer la novela histórica desde un marco teórico-metodológico propio de la cultura política? ¿En

qué espacio social y cultural se encuentra el escritor para interpretar sus producciones desde la cultura política? ¿Cuáles son las representaciones simbólicas que se hace de los personajes y el sistema político? ¿Estas representaciones que tanto conllevan parte de ciertas tradiciones historiográficas, imaginarios socialmente dominantes e innovaciones del autor? ¿Cuáles son los referentes sociales y políticos de su presente que nos permitan darle una lectura sobre la cultura política en el horizonte de enunciación de la obra? ¿Cuáles son los valores y principios que el autor prioriza en su obra dentro del universo de la cultura política? ¿Cuáles son las intencionalidades sociales, políticas y culturales que tiene el autor con su obra? Trataremos de dar respuestas a los cuestionamientos anteriores, para poder plantear una propuesta de lectura a la novela histórica desde la historiografía crítica.

1. La novela como un espacio de expresión de la cultura política

En el capítulo anterior nos dimos a la tarea de ubicar al autor a partir de la propia autonominación que lo vincula con el colectivo social. Esta auto referenciación ocurre en base a los paradigmas del escritor independiente y comprometido, que lo relacionan con diferentes sectores sociales, según los discursos públicos con los que se expresaron. La coyuntura política de los años setenta permitió discursos críticos y abiertos, que afectaron la manera en que estos actores se pensaron en relación con el sistema político.

Los autores que analice en la discusión de la revista *Plural* de 1972, se encontraban en varias coordenadas ideológicas que iban desde posturas liberales hasta socialistas. Dichas posturas se expresaban en términos según la independencia o compromiso con el

entramado social. La distancia con el poder político gubernamental los acercaba o los alejaba con los centros de poder, según sus propios referentes de independencia o compromiso social. Se puede notar en ello, una cultura política con características de índole democrática que sin embargo, no deja de ser heterogénea por la diversidad de pensamientos. La mayoría de ellos propugnaban a favor de las corrientes políticas que se acercaban a ejercicios democráticos, por ello existía el apoyo, de manera implícita o de forma explícita, a movimientos políticos-ciudadanos tanto de corrientes de derecha como de izquierda, que comenzaban a abrir el camino a la participación ciudadana en la vida democrática. La crítica rechazaba los modelos políticos totalitarios y al poder monolítico de los sistemas que se decían democráticos como el caso del Estado mexicano. No hay que perder de vista, que muchos de sus participantes tenían una simpatía expresa por algunos Estados del eje socialista, en particular por el gobierno cubano; sin embargo, todos ellos convenían en rechazar el abuso del poder. Es esta matriz crítica la que atraviesa la de Ignacio Solares.

A continuación trataré de justificar la pertinencia de lectura de la novela histórica desde planteamientos teóricos de la cultura política. Sin duda el debate abierto de los intelectuales, sobre cuestiones políticas resulta de sobremanera clarificador en cuanto a las posturas que asumen. La cultura política se hace expresa por los términos en los que pronuncian sus posicionamientos políticos, si seguimos lo dicho por Baker. Pero ¿qué pasa cuando se pretende detectar una cultura política en base a otro género discursivo de los intelectuales, que no es la del debate en revistas culturales o en la prensa abiertamente política, sino en la de la novela histórica que tiene una lógica narrativa distinta y que representa la realidad pasada y presente bajo otro tipo de relato? En este caso ¿a qué

problemáticas nos enfrentamos cuando el discurso que se pronuncia es por medio de un género distinto como el de la novela histórica y no el del debate abierto que vimos en la revista *Plural*? ¿Podemos rastrear en la novela histórica demandas y pronunciamientos de sectores de la sociedad? ¿O acaso, encontraremos signos y símbolos que pretendan trastocar la estructura de poder imperante? ¿O será posible encontrar significados y abstracciones densas sobre la política que se vinculen con el ejercicio “real” del poder en la novela histórica *El jefe máximo*? Para poder resolver lo anterior, creo que hay que plantear los ejes que nos permitan vincular el discurso y las construcciones simbólicas sobre la política en la novela histórica que nos compete. Dichos discursos y construcciones simbólicas, tienen una historicidad que se ve reflejada en la obra literaria de Solares.

Resulta fundamental para ello considerar el horizonte de enunciación de la obra, las condiciones político-sociales en las que se encuentra inmersa su lectura e interpretación para poder observar su alcance dentro de una cultura política operante. Es necesario entonces: primero reseñar brevemente cuáles son las características de la novela histórica del siglo XIX y los rasgos que caracterizan las de los últimos años del siglo XX y lo que va del siglo XXI, porque los autores a los que haremos referencia consideran fundamental el contraste que define al género en diferentes épocas; posteriormente justificaremos a la novela histórica como un género que es susceptible a ser leído desde planteamientos culturales sobre la política.

En el libro compilatorio *En torno a la novela histórica hispanoamericana de los siglos XX y XXI*,⁵⁹ los autores convienen en presentar brevemente cuatro rasgos o principios de la

⁵⁹ María Teresa Colchero Garrido... [et al.], *En torno a la novela histórica hispanoamericana de los siglos XX y XXI*, BUAP, Puebla, 2009.

novela histórica decimonónica que no comparte la nueva novela histórica hispanoamericana:

a) el no proponer nuevos hechos, es decir, restringir la exclusiva ficcionalización de hechos a los no registrados por la Historia oficial o zonas muy ambiguas, b) el evitar toda suerte de anacronismos, porque la novela decimonónica nunca contravenía la verdad histórica legitimada y el respetar los modelos aleccionadores de personajes históricos como formadores de valores patrióticos, c) el desestimar lo fantástico, ya que el carácter siempre realista de los hechos historiadados dejaba afuera, también en las novelas, todo lo que no fuera estrictamente realista y d) el no usar tonos paródicos o humorísticos al narrar, o sea, glosar el tono serio, solemne del discurso historiográfico.⁶⁰

Estos principios definitorios que se presentan como restrictivos, evidentemente, se encuentran estratégicamente seleccionados por parte de los autores para resaltar la diferencia fundamental dentro del género en estos dos momentos. Por ahora se considera suficiente tomar como referencia lo anterior, para señalar los rasgos definitorios de la nueva novela histórica que se apuntan en el mismo trabajo. Tomando en cuenta el modelo analítico de Fernando Aínsa, los autores proponen diez características que comparte en diferentes grados la nueva novela histórica hispanoamericana:

1) relectura de la historia fundada en un historicismo mítico; 2) la impugnación de las versiones oficiales de la historia; 3) multiplicidad de perspectivas, o sea, múltiples verdades históricas; 4) abolición de la historia épica (desmitificación de la historia); 5) distorsión de la Historia oficial mediante su reestructura irónica, paródica y muchas veces irreverente; 6) superposición de tiempos históricos diferentes; 7) historicidad textual o pura invención mimética de crónicas y relaciones; 8) uso de varias modalidades expresivas como falsas crónicas disfrazadas de historicismo, glosa de textos artísticos en constructos hiperbólicos o grotescos y el uso de la ficción para el llenado de los vacíos de la historia conocida; 9) relectura distanciada “pesadillesca” o acrónica de la Historia mediante una escritura carnavalesca y 10) usos del lenguaje: arcaísmo, pastiches parodias y sentido del humor agudizado para reconstruir o desmitificar el pasado.⁶¹

⁶⁰ *Ibid.*, p. 13.

⁶¹ *Ibid.*, pp. 14, 15. Además se toma como referencia del análisis en el texto otra propuesta de Seymour Menton que es importante citar: “1) subordinación de las ideas polifónicas o juicios que provienen de la estética de Jorge Luis Borges: imposibilidad de averiguar la verdad histórica, el carácter cíclico de la Historia, o sea, presentación de ideas filosóficas que remplazarían a la producción mimética del pasado; 2) distorsión

Otro de los marcos teóricos importantes sobre la temática, que hasta nuestros días resulta vigente y complementa al anterior, es el de María Cristina Pons sobre el análisis de la novela histórica latinoamericana de finales del siglo XX.⁶² En él, la autora, entre otras cosas, explora las características que definen a este género en los últimos años del siglo pasado en comparación con las características de la novela histórica tradicional del siglo XIX. En cuanto a la nueva novela histórica latinoamericana Pons señala las características que en los últimos años del siglo pasado definió al género:

En términos generales, la reciente producción de novelas históricas se caracteriza por la relectura crítica y desmitificadora del pasado a través de la reescritura de la Historia. Esta reescritura incorpora, más allá de los hechos históricos mismos, una explícita desconfianza hacia el discurso historiográfico en su producción de las versiones oficiales de la Historia. De hecho, algunas de estas novelas históricas hacen reflexionar sobre la posibilidad de conocer y reconstruir el pasado histórico; otras recuperan los silencios o el lado oculto de la Historia, mientras que otras presentan el pasado histórico oficialmente documentado y conocido desde una perspectiva diferente, desfamiliarizadora[...] De esta manera, la novela histórica contemporánea cuestiona la verdad, los héroes y los valores abanderados por la Historia oficial, al mismo tiempo que presenta una visión degradada e irreverente de la Historia.⁶³

El cambio de la nueva novela histórica con respecto a la del siglo XIX, comparación que los analistas hacen al considerar los polos del mismo género, muestran las exigencias históricas de cada periodo. Las características de la nueva novela histórica nos habla de la historicidad en la construcción del pasado, que desmitifica a la historia oficializada o dominante por necesidades de su tiempo. Abría que preguntarse qué motiva una relectura de la historia, para develar los recovecos del pasado que ha relegado pasajes que ahora se muestran como indispensables. Parece que la historia dominante resulta insuficiente para

de la Historia por medio de omisiones, anacronismos e hipérboles; 3) ficcionalización de los hechos históricos canónicos y de personajes; 4) metaficción o autoreflexión del autor/narrador sobre el proceso de creación, sus dificultades y riesgos; 5) intertextualidad o re-escritura de otros textos en la modalidad genettiana del palimpsesto y 6) tematización sobre los conceptos bajtinianos de lo dialógico, carnavalización, la parodia y la heteroglosia. p, 15.

⁶² María Cristina Pons, *Memorias del olvido*, Siglo XXI, México, 1996.

⁶³ *Ibid.*, pp. 16-17.

entender el presente de cada periodo, y la construcción de identidades colectivas que se fundan en un pasado vedado de los grandes relatos nacionales. Un proceso que exige repensar a los actores, a los héroes, a los acontecimientos históricos a favor de una conciencia histórica que no encuentra los referentes de interpretación en una historiografía dominante, sino en otra en construcción.

Para ello, los autores de la nueva novela histórica aprovechan recursos literarios que le permiten completar, reinterpretar, reformular el pasado. Como ejemplo, el anacrónico efecto del tiempo como herramienta literaria, les permite a los autores confrontar los hechos y los actores histórico-políticos por medio de la ficción que tiene como resultado un acto reflexivo. La utilización de un lenguaje no docto, permite un acercamiento identitario que reduce las distancias entre la comprensión académica y la memoria colectiva. Todos estos son atributos del género literario, por la flexibilidad que les otorga el acto creativo, que permite reelaborar la historia como consecuencia de necesidades de su tiempo.

La relación entre la insuficiencia de la historia oficial y la posibilidad de otra historia, evidencia un conflicto de comprensión del presente y muestra las expectativas futuras de una sociedad que necesita nuevos referentes para construir otro mundo, un mundo ideal. La búsqueda de nuevas verdades históricas, recrean los vínculos con el pasado, o en todo caso, actualizan la comprensión de éste, en auxilio de las condiciones del presente que resultan conflictivas para una sociedad.

Por otro lado, sí se considera que la nueva novela histórica presenta dentro de la arena discursiva, una reescritura de la historia y que ésta se encuentra en pugna con “la verdad, los héroes y los valores abanderados por la Historia oficial” esta se posiciona

invariablemente en el campo de la política. La “Historia oficial”, entendida como aquella avalada, seleccionada y promovida desde el Estado y que le da soporte al régimen por medio de discursos políticos y que se expresa por variados medios, por lo tanto se encuentra no sólo en revisión, sino cuestionada y resignificada en sus más profundas representaciones simbólicas. Hay que recordar, además, que dicha “Historia oficial” sirve como justificación de los sistemas políticos y las élites que organizan los quehaceres de la nación, y por ello resulta significativo que dichos cuestionamientos pretendan afectar la estructura política desde su más íntima relación identitaria que resulta ser la histórica. Además, esos discursos y sus respectivas representaciones simbólicas, se encuentran enmarcados en contextos socioculturales en donde el horizonte político juega un papel fundamental que permite cuestionar desde ciertos referentes al sistema político mismo. Reitero la obviedad; la interpretación del pasado atado inexorablemente al presente de su enunciación. Este presente se encuentra plagado de expectativas de los diferentes sectores que encuentran voz, siguiendo al antes citado Zaid, en los intelectuales que vierten una verdad pública conveniente a los intereses colectivos.

En estos momentos cabe destacar la dimensión política que le da Pons al género desde la “emergencia” de la nueva actitud que tiene con respecto a su realidad social (emergencia es utilizado por parte de la autora en el sentido de emerger, de salir). Al final, en el capítulo concluyente, formula una pregunta que resulta atractiva: “¿Ficcionalización o la politización de la “Historia”? Es a partir de este cuestionamiento desde donde se puede seguir el análisis.

Sin restarle importancia a las intencionalidades de los autores, Pons observa, a partir de los planteamientos de Bajtín, que “los géneros tienen métodos y medios de percibir,

conceptualizar y evaluar una realidad.”⁶⁴ Ellos en sí mismos y en sus constantes cambios, que son resultados de las condiciones sociohistóricas, presentan significados que resultan compartidos pero no por ello estáticos. Como resultado, reconfiguran las identidades colectivas, y nosotros agregaríamos, presentan demandas, cuestionamientos, e inquietudes sociales y políticas que son compartidas con sectores de la sociedad en un presente dado. Además, el carácter político de la novela histórica de finales del siglo XX ocurre por los cuestionamientos a la historiografía que se define como “oficial”, desde otras coordenadas que no son las del centro de poder y desde arriba sino, “desde los márgenes y desde abajo” en un acto que resulta crítico y reflexivo según la autora. Creo en definitiva, que los discursos contenidos en la novela histórica de finales del siglo XX replantean a la vez el papel que debería de jugar la sociedad en los procesos de democratización de sus respectivas realidades, sobre todo si consideramos los ejemplos representativos de novelas que la autora propone para ilustrar su propuesta.⁶⁵ Bajo estos postulados podemos por lo tanto sugerir, que si la novela histórica de finales del siglo XX ha cambiado sus características considerando lo arriba citado y que estos cambios son el resultado de las condiciones sociohistóricas, entonces parte de estas condiciones muestran un tipo de cultura política que se encuentra en emergencia (emergiendo) o en proceso de reconfiguración.

Para hablar de una cultura política en reconfiguración, considerando la fórmula del cambio de las características de género de Pons, se tendría que detectar cuáles son las condiciones

⁶⁴ *Ibid.*, p. 17.

⁶⁵ Pons analiza tres novelas para ella representativas del género en América Latina: *Noticias del Imperio* de Fernando del Paso, *El general en su laberinto* de Gabriel García Márquez y *El entenado* de Juan José Saer.

sociales que permiten el surgimiento de ésta y cuáles son los elementos que varían con una cultura política distinta.

Lo anterior resulta de una complejidad importante si se considera sólo el hecho de aventurar ciertas afirmaciones sobre la existencia inequívoca de un tipo de cultura política. Sin embargo existen elementos que pueden servir como guía de dicho cambio. Además hay que tomar en cuenta la advertencia fundamental de que la cultura política se presenta de forma heterogénea y que el cambio siempre es paulatino, aunque en ciertos horizontes, existan fenómenos sociales que la catapulten. Para este caso cabe resaltar, que los fenómenos electorales vividos desde finales de los años ochenta son un referente importante que fomentó la crítica del sistema político de manera particular y que analizo con mayor atención en el capítulo siguiente. No obstante, creo que la constitución de esta crítica es el resultado de un proceso y de inquietudes que son parte ya de una tradición y, que encuentra referentes importante durante todo el siglo XX, con especial atención en las discusiones y análisis políticos por parte del sector letrado de finales de los sesenta y principios de los setenta.

En este contexto hago una lectura de los antecedentes y el horizonte de enunciación de la novela histórica *El jefe máximo*, para poder encontrar los referentes de interpretación que muestren la dinámica de la cultura política en reconfiguración.

2. *El jefe máximo*: obra teatral y novela histórica

2.1 La obra teatral

La novela *El jefe máximo* tiene como antecedente la obra teatral⁶⁶ del mismo nombre que dos décadas atrás se puso en escena. La obra teatral se estrenó en el Foro del Centro Universitario de Teatro en octubre de 1991. Siguiendo las reseñas de aquel año, la puesta en escena fue recibida con agrado por el público que asistió a ella. La crítica especializada dejó ver comentarios favorables respecto al guión, la dirección y la actuación como veremos más adelante. Entre el reparto se encontraban a Miguel Flores en el papel del Padre Pro, Jesús Ochoa en su debut teatral como Plutarco Elías Calles, Emilio Guerrero con el papel del director y Antonio Crestani con el personaje del asistente, bajo la dirección de José Ramón Enríquez que también actuó alternado el personaje del director.

La obra se enmarca en el esfuerzo de un director por montar una puesta en escena sobre Calles; un “ensayo” teatral dentro de la misma puesta. La historia trata del conflicto personal que tiene Calles ya envejecido sobre su actuar político y las consecuencias en la historia del país. Gracias a las prácticas espiritistas que en sus últimos años de vida profesó, según el autor, el personaje principal experimenta una serie de “alucinaciones” o visitas de espíritus que le cuestionan su accionar político. El espíritu del Padre Pro se le materializa a Calles, y gracias a su habilidad de caracterización se le presenta como Francisco I. Madero, Álvaro Obregón, Emiliano Zapata entre otros, para que entre en un estado reflexivo que pretende evidenciar las contradicciones en la toma de decisiones políticas así como las consecuencias de las mismas.

⁶⁶ Solares, 2003, *Op.cit.*, pp. 9-61.

Entre los ensayos de la obra y la representación de la historia se va desarrollando la puesta en escena. Una obra de teatro dentro de la misma obra. Esto es un recurso del autor que trata primeramente, poner de manifiesto el esfuerzo que implica la dirección de una obra, además de las complicaciones que surgen entre la obra escrita perteneciente al autor y las interpretaciones que de dicho texto hace el director que la monta y de alguna manera se la apropia. Pero más importante es aún, que este recurso es capitalizado para enfatizar las relaciones complejas entre los personajes de la obra y los personajes de la vida política a manera de analogía. Dichas relaciones pretenden por momentos situar al director como el jefe máximo, como el personaje que no da pauta para una relación democrática entre él y sus actores. Sin embargo se presentan formas de resistencia y reclamo por parte de los actores que no se limitan al simple hecho de ser dirigidos sino de ser parte activa en el proceso de representación.

Para el mes de octubre de 1991, Ignacio Solares ya había publicado dos novelas históricas muy importantes, *Madero, el otro* en 1989 y *La noche de Ángeles* en 1991.⁶⁷ Gracias a estas novelas ya era reconocido como un escritor con una importante influencia en lo que se catalogó como la “nueva novela histórica”, de hecho fue la primera de ellas la que le valió el reconocimiento y fama en el mundo de las letras. Los críticos le reconocían la innovadora forma de tratar a los personajes históricos por medio del relato fantástico que tenía como eje temático y conceptual al espiritismo.

La estructura, los valores estéticos, la manera de tramar la historia y hasta el tipo de configuración simbólica tenían un modo particular de ser abordados y por lo tanto ya reconocibles ante la crítica literaria. Por ello, como se observa más adelante, las opiniones

⁶⁷ La edición consultada fue Ignacio Solares, *La noche de Ángeles*, Planeta, México, 2003.

vertidas a la obra teatral *El jefe máximo*, tenían como referencia a las dos obras literarias previas, que algunos ya consideraban una trilogía, o por lo menos, una continua revisión de personajes históricos a partir de los viajes espiritistas y del tránsito de la vida hacia la muerte. Pero más allá de las críticas estrictamente literarias, nos interesa observar cuáles son las lecturas que se le dan a la obra en su horizonte de enunciación.

Para ubicar, el horizonte político de presentación de la obra teatral me valdré de las opiniones críticas del periodismo especializado en los espacios culturales de la época, así como de las opiniones del propio escritor y director. Esto último podrá mostrar hacia dónde va dirigido el discurso de estos últimos, cuáles son sus intencionalidades y las expectativas que se crean al respecto. En cuanto a lo primero, me permitirá tener una visión de la recepción de la obra y, la lectura e interpretación que se le da bajo su horizonte de enunciación.

Algunos de los críticos culturales que se analizaron pusieron énfasis en tres aspectos: el trato del tema en la relación Iglesia-Estado en el contexto de las reanudaciones diplomáticas con el Vaticano, la situación del hombre político ante el poder, y el paralelismo de las realidades pasadas y presentes. Por poner un ejemplo, Antonio Ortega en su reseña crítica apunta:

La historia no tiene conclusiones, es contradictoria y no se puede hacer una única interpretación (ni representación). Sobre todo tratándose de la historia de México y, más aún, de la historia de esos años decisivos para la formación del México moderno. Por eso, lo sabemos, lo padecemos, vivimos en todos los órdenes de nuestra vida social, en un improvisado ensayo teatral. Y por eso en algún momento el mismo director dice que las decisiones las toma sobre la marcha, como en la política. Así, el que la obra se esté “ensayando”, nos mete de golpe a nuestra realidad, nos obliga a percibir su “desorden”. Además, claro, de que Calles y el Padre Pro sean tan “altamente representativos”, como se dice en algún momento, a propósito del actual problema Iglesia-Estado. *El jefe máximo* de Ignacio Solares toca dos temas fundamentales: las relaciones entre el Estado mexicano y la Iglesia

Católica a partir del conflicto que entraron en los años veinte y treinta, y la situación del hombre ante el poder, ante el que tiene, ante el que teme perder y ante el que perdió. Es quizá éste el tema fundamental de la obra, el que más llega al espectador.⁶⁸

Una de las interpretaciones más importantes que se le dan al texto y a la puesta en escena, es la de una analogía de la figura de Calles con la de todos los presidentes emanados de la institucionalización de la revolución; se sugiere una cierta permanencia de los elementos que caracterizan la figura de un “jefe máximo”. Parece ser un juego de espejos que enfatiza las similitudes de las realidades políticas pasadas con las de su presente. También se destaca que en lo esencial el sistema político institucionalizado por Calles poco cambió con el del presente de la obra a pesar de los más de sesenta años que la separan. Las raíces de ese sistema se extienden hasta el tronco mismo. Este sistema reproduce una misma manera de ejercer el poder, según el autor, que en entrevista al periódico *La Jornada*, en víspera del estreno de su obra, expresa:

El problema de la carta del poder es jugarla y en el momento en que la ganas tienes que jugar el papel que corresponde y es el de la impunidad, la arbitrariedad, el crimen, la traición. Eso es algo que se mantiene como una mancha oscura hacia nuestro presente. Es el centro, el eje de la concepción política que nos ha determinado y nos ha hecho el país que desgraciadamente hemos sido, un país donde se cuestiona siempre los derechos del ciudadano, la libertad, la integridad física, el ciudadano sujeto a lo que quiera hacer con él el poder [...] Cambian los personajes, cambian las máscaras, pero la situación es la misma.⁶⁹

Esta concepción de la política, que el autor expresa en una especie de reclamo y falsa resignación, se simboliza a partir de la figura del jefe máximo histórico y teatral, que en esta última como representación dramaturgica, trata de humanizar y es aquí donde radica una importante diferencia. Pero parece ser que esta misma concepción es la que interesa a

⁶⁸ Antonio Ortega, “El Jefe Máximo”, en *Siempre*, México, D.F., 14 de octubre de 1999, No. 2004, pág. XIV. Véase también Guillermo Vega, “Calles y el Otro” en *Tiempo*, México, D.F., 18 de noviembre de 1991, No. 2581, pág. 48. Bruno Bert, “Jefe máximo”, en *Tiempo libre*, México D.F., 23 de enero de 1992, No. 4, pág. 29.

⁶⁹ Pablo Espinosa, “El escritor estrena hoy, en el CUT, su puesta en escena”, en *La Jornada*, México, D.F., 10 de octubre de 1991, pág. 25.

su director y actor José Ramón Enríquez, que converge con lo planteado y hasta especula las razones de esta manera de ejercer el poder por parte de sus detentadores.

[...] Calles plantea y lleva a la práctica y consagra toda una forma de ejercer el poder en México: las razones de Estado permiten la ilegalidad [...] O sea, la Ley está para ser utilizada por el poder. Y esto es el maximato, ejercido por un individuo, por una sola persona que es el presidente de la República. Lo que hace Calles al romper con el caudillismo es institucionalizar jefes máximos. Y todos los mexicanos posteriores a Calles no hemos conocido un sistema político fuera del maximato.⁷⁰

Esta especie de concentración simbólica sobre una figura, que representa a uno y a todos los “jefes” del ejecutivo, pone de relieve una cultura política ya arraigada en su horizonte político, que no se desvirtuó sino por el contrario se amalgamó desde el punto de vista simbólico y del ejercicio real del poder, pero que sin embargo se cuestiona para tratar de crear otra sustentada más en los derechos cívicos de la población. Pareciera que bajo lo anterior se justificara la idea de que México no está preparado para otro tipo de gobierno que no sea la de los “jefes máximos”; sin embargo, la lucha discursiva y simbólica pretende lo contrario, desvirtuar a estos “jefes” y crear conciencia a partir de un público mejor informado.

Pero retomemos la recepción de la obra teatral. Sin duda en el momento de la puesta en escena algunos periodistas culturales, que citamos adelante, así como el escritor y director como ya vimos, pusieron énfasis precisamente en lo anterior: la gran figura del jefe máximo en analogía con la figura del presidente en turno, Carlos Salinas. Sobreponían las radiografías de los ejecutivos para corroborar que los contornos del autoritarismo eran compartidos y que ésta reflejaba los mismos modos de operación política.

⁷⁰ Pablo Espinosa, “*El jefe máximo* aborda las relaciones Iglesia-Estado”, en *La Jornada*, México, D.F., 17 de octubre de 1991, pág. 37.

Otros críticos pusieron atención en un aspecto por demás simbólico a propósito del programa que se entregaba en el teatro. En el programa se reproducía un billete de cien mil pesos, como los que circulaban en el momento con el busto de Calles pero con una importante diferencia, en el otro extremo aparecía el busto del padre Pro. Lo anterior llevó a la reflexión del símbolo de Calles en el papel moneda por algunos críticos que asistieron a la obra. Daniel Cazes y Jaime Avilés⁷¹ en los periódicos *La Jornada* y *El Financiero* respectivamente, aprovecharon sus espacios periodísticos para reflexionar a tan provocadora imagen contextualizándola con el proceso electoral vivido previamente en 1988. El primero señala:

Pocos meses antes de que el hijo del General [Cárdenas] encabezara la revuelta civil en las urnas, en enero de 1988, secretamente se había dictado un cambio en la iconografía monetaria: ya estaban impresos muchos fajos de a 100 mil. Pero sacarlos a circulación entonces podía ocasionar reacciones imprevistas entre una ciudadanía cuya imaginación era cardenista y la hacía concebir que sus votos serían respetados[...] Llegado el momento, Calles dejó de ser tabú oficial y pudo recuperar el lugar de Padre Fundador, de Inspirador Tutelar, de Creador Genial, de Tótem Definitivo. Si un Cárdenas –rodeado de petróleo y respaldado por la Coyolxauhqui- paga el salario mínimo de un día, tres Calles –con el Banco de México e imágenes de Sonora guardándole la espalda- pagan el salario mínimo de un mes.⁷²

Cabe resaltar que el rescate de la figura de Calles en el mandato de Carlos Salinas de Gortari tuvo una gran importancia. Lo anterior tenía simbólicamente un doble objetivo: frente al Vaticano remarcar ciertos límites y frente al movimiento de izquierda representado por Cuauhtémoc Cárdenas contrarrestar simbólicamente la influencia del padre de éste y por consecuencia la de él. El símbolo como medio de legitimación política se hacía presente para que de algún modo se siguiera manteniendo el sistema político. Pero

⁷¹ Véase Jaime Avilés, “Cuarto de Plana”, *El Financiero*, México, D.F., 19 de octubre de 1991, pág. 55.

⁷² Daniel Cazes, “Retratarse en el dinero” en *La Jornada*, México, D.F., 19 de octubre de 1991, pág. 41.

por otro lado, encontramos las expresiones artísticas que lo ponen en la mira del escrutinio en la arena simbólica.

Por nuestra parte diremos que dentro de la obra teatral, por un lado existe un esfuerzo por resaltar y exacerbar la figura del “jefe máximo”, pero por otro se humaniza al personaje quitándole esta “investidura”. Lo que escapó sin duda de la vista de los críticos en cuanto al manejo del personaje de Calles, es que parte de esta humanización representa la posibilidad de ruptura de la sociedad con estas figuras y por consecuencia con el sistema político imperante. La condena vía los demás personajes, el padre Pro caracterizándose de Álvaro Obregón, Francisco I. Madero, etcétera, es la estrategia para mostrar las fisuras por donde puede emerger otro tipo de relación política entre la sociedad y las élites del poder. Por lo tanto, la representación simbólica de dichas relaciones dentro de la obra, permite observar características de una cultura política que condena el autoritarismo desde la representación exacerbada misma del autoritarismo, y de la humanización del mismo personaje. La hipérbole del autoritarismo y la sobriedad de su figura juegan a favor de una cultura política que se pretende sea más democrática como expectativa social, por los efectos que crean en los espectadores el reprobar al autoritarismo y el acercarse al personaje en términos más humanos por el arrepentimiento que tiene por su actuar político.

Pons en su análisis sobre la figura del dictador en las obras de García Márquez, expone una dicotomía similar que hay que tratar con cautela ya que evidentemente las dos figuras, la del dictador y la del jefe máximo, son distintas.

...a diferencia de un concepto de un poder monolítico que se impone desde afuera sobre un “nosotros”...el poder del patriarca es un poder que ya aparece fracturado entre el doble juego paródico de omnipotencia-impotencia, y en tanto indicio de la

desintegración de la unidad del poder en América Latina; un poder, que además, es generado por la sociedad misma y al que sólo se le puede destruir desde dentro.⁷³

La cita anterior cobra importancia por la ruptura social que se da con estas figuras monolíticas del poder político. Los jefes máximos que gobernaban bajo la “dictadura perfecta” según las palabras de Vargas Llosa, se encontraban agotados en la conciencia pública y cada vez más en la tolerancia de sus formas de operar, aunque en el ejercicio del poder se seguían manteniendo las prácticas que caracterizan al poder presidencial. Hasta ese momento el presidente en turno se erigió como un jefe máximo más, que se disfrazaba en una pluralidad falsa, que al igual que el presidente Echeverría, abría supuestos espacios de diálogo e inclusión, pero que bajo ella se daba una violación de los derechos ciudadanos para servir al poder y sus cúpulas. La figura del poder monolítico, que se simboliza en la representación de los jefes máximos, asume diferentes posiciones ideológicas y proyectos económicos que se vislumbran como patológicas obsesiones que afectan a la colectividad y benefician a los sectores que se encuentran arriba de la pirámide social. Lo anterior recobra sentido nuevamente en un segundo momento, en un horizonte veinte años adelante con la presentación de la obra novelada y que a continuación analizaremos.

2.2 La novela

El 22 de septiembre de 2011, Ignacio Solares presenta su último trabajo histórico: *El jefe máximo*, al parecer única novela que tiene como personaje principal a Plutarco Elías Calles. El autor la cataloga como una novela-reportaje, por la labor de investigación que se llevó a

⁷³ Pons, 1996, *Op., cit.*, p. 203.

cabo y por las citas textuales que se hacen de trabajos históricos como literarios en ella.⁷⁴

Nosotros la catalogamos dentro del género de la nueva novela histórica, considerando las características de ésta, con antelación descritas. La novela, dividida en dieciséis capítulos, va alternando capítulos inéditos con aquellos que se presentaron en la obra teatral. Estos últimos prácticamente iguales. A manera de reseña Juan Antonio Rosado señala:

El Jefe Máximo se desarrolla más o menos entre 1927 y 1944, pero no de un modo cronológico, a manera de itinerario, sino alineal. Distintos episodios se despliegan: el asesinato de Pro, la mención del cambio a la Constitución para que Obregón pueda reelegirse, la matanza de Huitzilac, el asesinato de Arnulfo Gómez, el del mismo Obregón en el restaurante La Bombilla, las elecciones de 1929 y la masacre de vasconcelistas, el maximato con los presidentes-títeres Ortiz Rubio y Abelardo Rodríguez, la llegada de Lázaro Cárdenas, el exilio de Calles y, finalmente, su afición al espiritismo, sus fantasmas, su decadencia. Pero estos episodios no desfilan linealmente, sino en un orden más intenso, que incita al lector a la lectura. El narrador nos lleva de una anécdota o episodio histórico al encuentro de Calles con uno de sus fantasmas, o viceversa. El último fantasma en el que se disfraza el padre Pro es Francisco I. Madero, quien, entre otras cosas, le dice a Calles: “Si yo hubiera vivido durante su maximato me habría levantado en armas contra usted y contra los peles que puso de presidentes.”⁷⁵

La presentación se llevó a cabo en las instalaciones del Teatro Helénico con una buena concurrencia que aguardaba con sumo interés, además del contenido de la obra que ya se especulaba porque ya se había publicado y presentado con antelación como obra dramaturgica, el discurso de presentación de la misma que, bajo el contexto de las elecciones internas para candidatos presidenciales de los tres partidos políticos más importantes del país cobraba relevancia. Es importante también mencionar el contexto de

⁷⁴ A propósito de la novela de Solares, Juan Antonio Rosado hace un análisis de los referentes literarios (Martín Luis Guzmán) e historiográficos de la obra, así como del género al que pertenece. Apunta: “Los juegos intertextuales, a veces de forma explícita, convierten a *El Jefe Máximo* en una novela híbrida que, al intercalar o insertar citas textuales de obras históricas o de autobiografías (o memorias) de algunos de los políticos de aquella época, roza con el ensayo, sobre todo porque es la misma voz narrativa la que, en breves secuencias reflexivas, introduce esas citas textuales. Quizá Solares, en su “Nota” final, califica a su novela como una “novela-reportaje” debido a esta inclusión de citas que le otorgan a la obra –más allá de la verosimilitud literaria– una cierta veracidad histórica al alejarla por instantes de la sola interpretación.” Juan Antonio Rosado, “El Jefe Máximo, novela de Ignacio Solares” *La colmena*, México, D.F., Octubre-diciembre 2012, número 72, p. 136.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 136.

“guerra contra el narcotráfico” emprendido por el presidente Felipe Calderón pues algunos periodistas culturales le dieron cierta importancia así como el mismo Ignacio Solares.⁷⁶ En efecto, la atención se centraba en el discurso de presentación, sobre todo si consideramos que el autor de una constelación importante de obras histórico-políticas ya había hecho pública su simpatía, en el medio impreso *La Jornada*, por el precandidato de la izquierda y Jefe de gobierno del Distrito Federal, Marcelo Ebrard.⁷⁷ Curiosamente, valdría decir estratégicamente quizá, muchos de sus trabajos narrativos han sido presentados o publicados en coyunturas políticas importantes del país. O valdría pensar también que las exigencias político-sociales hacen que la imaginación creativa se dispare para dar paso a la reflexión del presente en este caso echando mano del pasado ficcionalizado.

Pero más allá de la especulación anterior, parte del discurso de presentación se centró en el clima de violencia que imperaba, y que hasta la fecha impera, en el país. Una cierta analogía, que tiene como referente un pasado distante con el presente del momento, acaparó la atención. A manera de excusa para criticar el mandato calderonista, el escritor resaltó la vigencia de su obra por los momentos cruentos en los que vive el país. La mención de los más de noventa mil muertos en la guerra cristera, no hizo más que poner a los asistentes a hacer el ejercicio de recuento de los muertos en la “guerra contra el narcotráfico”, para de alguna manera, sentenciar ambos fenómenos sociales a partir del saldo rojo. Estos hechos sin duda son injustificables y reprobables por ello la pertinencia de la obra. Lo anterior preparó el terreno para la interpretación teatral de uno de los capítulos.

⁷⁶ Véase el comunicado presentado en <http://www.conaculta.gob.mx/detalle-nota/?id=15842>

⁷⁷ Erika Montaña, “Lejos de la literatura moralista, Solares vuelve a la ambivalencia del Jefe Máximo”, en *La Jornada*, México, D.F., 6 de septiembre de 2011, pág. 6.

La presentación de la novela fue acompañada por la puesta en escena del capítulo VI, escena que veinte años atrás el mismo Jesús Ochoa ya había interpretado en el papel de Plutarco Elías Calles. El acto presenta al personaje en una especie de alucinación, originada por la supuesta práctica espiritista que en sus últimos años el jefe máximo practicó según el autor. En dicha alucinación el personaje es visitado por el Padre Pro, personaje histórico bien conocido por su lucha en la Guerra Cristera y, por sus aventuradas caracterizaciones que le permitían escabullirse de las fuerzas federales para llevar a cabo las liturgias prohibidas en su tiempo, pero más importante aún, fue su asesinato por órdenes del mismo Calles que le dio un carácter de mártir por las condiciones de su muerte. Esta lucha interna del personaje, la lucha con sus “demonios”, es representada en la corporización del padre Pro y sus diferentes caracterizaciones, que tiene como objetivo la confrontación de las decisiones tomadas en su momento por el presidente. Estas escenas, presentadas en varios capítulos, no distan casi en nada con parte del guión de la obra teatral, pero se complementan en la novela con una serie de capítulos que muestran otros hechos históricos que van desde su relación con Álvaro Obregón hasta su relación con Lázaro Cárdenas, pasando por el periodo conocido como el maximato.

Las siguientes palabras crearon un fuerte sentimiento en los asistentes a la presentación de la obra por la gravedad de los acontecimientos narrados que crítica a la realidad de este presente. El padre Pro reprocha en un cierto momento a Calles:

—Noventa mil muertos, general. Pobres campesinos soldados que combatían a otros pobres campesinos cristeros. Veinticinco generales y ciento cincuenta personas fusiladas sin juicio previo. Entre ellas yo, por supuesto. Pero aun fusilar... Yo tuve la suerte de que nomás me fusilaran, porque hubo otros, hubo tantos otros... Cristeros a los que se les atravesaba el cuerpo con la bayoneta y luego se les arrastraba por las calles del extremo de una cuerda. El cadáver se colgaba, se exhibía para dar ejemplo. Durante su mandato, general, se torturaba, se decapitaba, se deshuesaba, se descuartizaba, se desollaba viva a la víctima, se castraba al

moribundo, se entregaba a los perros y a los cuervos el apestoso muerto católico. [...] Por eso también, para demostrar lo bien que habían cumplido, sus oficiales fotografiaban las atrocidades que cometían, para que usted las viera y se regodeara en ellas y creyera de veras que el Estado le ganaba la batalla a la Iglesia, y la verdad es que el único que perdía la batalla era el pueblo, general, su pueblo por el cual, supuestamente, usted hacía lo que hacía. *El dolor de cada uno de los mexicanos que pelearon en esa guerra absurda vale más que todas las ideas y discursos en que usted se basó para desatarla.*⁷⁸

No se puede dejar de poner atención y mucho menos desvincular estas palabras con la realidad del momento. Podemos interpretarla como parte de un reclamo social que cobra vigencia en este presente por las condiciones sociales que se viven. El último enunciado es tan parecido a los discursos proclamados por ciertos movimientos sociales, que le contestan al gobierno federal y su representante Felipe Calderón, las razones que dan de la lucha que enfrentan contra el crimen organizado.

El movimiento de Javier Sicilia y el discurso que lo acompaña (iniciado por el asesinato de su hijo en el contexto de la guerra contra el narcotráfico), parece el ejemplo más revelador para vincular el contenido semántico de la obra literaria con ciertas demandas de un sector social identificable, además de representar identidades colectivas que emergen a partir del fenómeno social aludido. Oposición, resistencia y protesta, como parte del descontento social de los que carecen de poder político pero que dejan ver bajo ciertos discursos y acciones colectivas el malestar emanado de los saldos negativos, como los daños colaterales, que tanto afectan a la sociedad. En este sentido, la obra se presenta como un espejo o bien, como un medio de donde emana cierta sentencia social; un espacio de donde resuena la voz de los tribunales de la conciencia pública. Creemos que lo anterior no es una hiper interpretación de nuestra parte, pues el referente de ésta la da, por un lado, el mismo autor, mientras que por el otro el contexto social de enunciación. Recordemos que

⁷⁸ Solares, *El Jefe Máximo*, 2011, *Op. cit.*, p. 84. Las cursivas pertenecen al que suscribe.

Ignacio Solares en voz propia relaciona la vigencia de su obra con las condiciones sociales del presente; da la pauta para producir un cierto sentido de su propia obra. Si bien es cierto, según algunas posturas de la crítica literaria, que la obra al momento que un lector ideal la tiene en sus manos se la apropia y deja de ser del autor, en este caso es el autor mismo el que da los referentes de una posible lectura, mediatizando a la vez su interpretación.

Tenemos que mencionar que el párrafo anteriormente citado se encuentra también en la obra dramaturgica. Tal advertencia es importante para no especular que su presentación sea mero accidente y que la cita corresponda a otro momento y, que por lo tanto, la interpretación de las intencionalidades resulte excesiva. Cabe mostrar, además, que la novela comienza con la narración del parte militar del General Claudio Fox al Presidente de la Republica, Plutarco Elías Calles y al general Álvaro Obregón de la ejecución del general Francisco Serrano. La presentación de los cuerpos de la “masacre” histórica de trece personas en Huitzilac, Morelos, es el capítulo que inaugura la obra.

En una de las piezas más amplias y frías [de Palacio Nacional], hasta unos momentos antes vacías, se encontraban en improvisados camastros, cubiertos con sábanas, los trece cadáveres[...] Calles y Obregón pasaban frente a ellos mientras el doctor Puig los iba descubriendo. Los ojos botados, quizá reventados por lo último que vieron, ya opacándose y como cubriéndose de moho; las bocas con los labios muy apretados o entreabiertas, emitiendo una última queja imposible, atorada para siempre; algún mechón de pelo aún ensangrentado[...] La mayoría de ellos, ajenos a la política del momento. Se encontraban con Serrano solamente por amistad (era día de su santo) [...] ⁷⁹

En este capítulo sin duda existe un acento que vale la pena mencionar; la mayoría de las víctimas eran inocentes, “ajenos a la política”, que acompañaron a Serrano por ser ese día, el “día de su santo”. Se presentan a las víctimas como los daños colaterales que se dan en cualquier tipo de guerra y como el resultado de las obsesiones de los detentadores del poder

⁷⁹ *Ibid.*, pp. 16,17.

(Calles y Obregón). La descripción del pasaje resulta aterradora, y bajo el contexto de enunciación, indignante. Seguramente por esto Solares comenzó insistiendo en la vigencia de su obra. Muy al estilo del autor, se presenta en una misma figura el juego de oposiciones: los muertos tienen las bocas o bien con los labios apretados o entre abiertos; unos sin poder haber dicho nada, silenciados violentamente; los otros como queriendo decir algo, posiblemente preguntándose un por qué. Ambos atrapados por la vorágine de los conflictos político-militares; la mayoría de ellos ajenos a los intereses que originaron la masacre.

Otro de los capítulos, que pertenece a los inéditos, destaca uno de los aspectos que desde nuestro punto de vista refuerza la construcción de la figura del o los jefes máximos desde la postura solariana. Esta representación se comienza a configurar con las absurdas obsesiones, por lo menos el autor lo deja ver así, que se presentan en el capítulo X: “Estoy borrachísimo. Fue el vicio de mi padre y por lo visto lo heredé”. Este apartado trata de las consecuencias sociales, políticas y personales que trajo consigo el “DECRETO” que expidió Calles cuando era gobernador de Sonora sobre la prohibición de las bebidas alcohólicas en el Estado. En septiembre de 1915 se publicó tal decreto, en donde se prohibía “la venta, fabricación y consumo de bebidas embriagantes”, bajo la justificación de que esto era la causa del retraso social y la existencia del vínculo de la criminalidad con dicho vicio. En el texto se destaca, que las penas de los que cometieran dicho delito alcanzarían un castigo de hasta cinco años en prisión y que su cumplimiento y vigilancia estarían a cargo de los jefes militares de cada plaza. Esta toma de decisión no tenía contemplada las consecuencias sociales y administrativas que acarrearía. Una total falta de previsión del gobierno acompañaba el decreto, que se efectuaba al parecer por un trauma

personal del gobernador originado en el seno familiar. A los pocos meses de su aplicación, según el autor, “las cárceles estaban llenas y los tribunales no se daban abasto para resolver la cantidad de juicios que le llegaban.”⁸⁰ Según la novela para resolver tal situación, Calles mandó a llamar a su secretario de gobierno, el teniente Guadalupe López, para dictarle nuevas órdenes. En el capítulo se muestra un breve diálogo entre estos, que deja ver la sorpresa que generó en el segundo tan categórica y extrema decisión:

En los ojos de Calles se adivinaba una resolución indómita.
 —Esto no se puede salir de control. Está de por medio la credibilidad del gobierno. La policía está rebasada. Hay que pedir el apoyo del ejército.
 El teniente López se miró las manos y sopesó sus palabras antes de hablar.
 —Señor, recurrir al ejército es ponernos en sus manos. Usted sabe cuáles son sus métodos, yo lo sé por experiencia propia.
 —Por eso quiero recurrir a él, porque sé cuáles son sus métodos.
 [...] —Señor, conociéndolos como los conocemos, ¿y si los soldados deciden fusilar a alguien que está bebiendo? Porque no hay duda de que puede suceder...
 —comentó el teniente, con unas manos que no podía dejar quietas.
 —Que lo fusilen entonces. Será una buena advertencia —la voz le endurecía hasta casi la ronquera—. Lo que no podemos es continuar con este desorden que la pura policía no nos va a resolver.⁸¹

Tal decisión nos muestra, lo arbitrario que resultaba el ejercicio del poder, recurriendo a instancias gubernamentales ajenas a dichas funciones. La obsesión del control social involucra hasta actividades de esparcimiento de una población subyugada en prácticamente todos sus espacios. En seguida de la cita anterior, Solares presenta un episodio que muestra lo arbitrario, cruel e ilegal de la decisión de poner en manos del ejército lo que debería corresponder a las autoridades civiles, aunque con un dejo de humor negro. Sacar al ejército para cumplir las funciones de seguridad social de esa índole, trajo consigo la violación de los derechos ciudadanos como lo muestra las siguientes líneas, que comienzan cuando el ejército sorprende a un grupo de borrachos bebiendo en un parque:

⁸⁰ *Ibid.*, p. 131.

⁸¹ *Ibid.*, pp. 131-132.

—¿Dónde nos van a llevar? —preguntó uno de los hombres, con una voz carrasposa.

—No los vamos a llevar a ningún lado. Los vamos a fusilar aquí mismo.

—Ah jijo, ¿de plano a fusilar? —preguntó el hombre, apretando la botella contra su pecho. Sentía el corazón descontrolado, como si se le subiera a la garganta.

—El señor gobernador no quiere más borrachos ni desordenes en su estado. Párense aquí.

Los obligaron a ponerse de espaldas contra la pared. Ellos estaban muy borrachos y trastabillaban.

—¡Tenemos derecho a una última voluntad! —gritó el que llevaba la botella. Habría que reconocer que su timbre de voz, chillona y tartamudeante, no le favorecía.

—¿Cuál es? —preguntó un soldado, ya con la espada desenvainada.

—Que nos dejen acabarnos la botella —dijo levantándola en alto como un trofeo.

Los soldados se miraron entre sí. El que llevaba la espada desenvainada contestó.

—No puedo permitirlo porque el alcohol ya está prohibido en este estado. Quítenle la botella —ordenó.

Antes de que un soldado se la quitara, el hombre alcanzó a darle un largo trago. En sus labios nació una mueca que intentaba disfrazarse de ironía.

Del relato anterior se pueden analizar varias cosas. Siguiendo la ya máxima acuñada por Daniel Cosío Villegas, el “estilo personal de gobernar” se puede notar en las citas antes mencionadas. Traumas que se reflejan en las obsesiones personales y que se vierten en las políticas sociales y de seguridad que acarrear consecuencias, resta decirlo, lamentables. No sólo se observa la personalidad del gobernante en la manera en que ejerce el poder, sino también, un perfil psicológico que denota ciertos traumas que se expresan desde el título del capítulo. No sólo la personalidad del detentador del poder se expresa en su forma de gobernar, sino que en un nivel más profundo, sus vivencias traumáticas se traducen en proyectos que pretenden implementar un cierto orden colectivo. En este sentido, el poder se presenta como un placebo a favor de la resolución de los conflictos internos del personaje, que se crea una realidad subjetiva con la cual mide y actúa para gobernar sobre el resto de la sociedad, en el supuesto del bienestar común, aunque paradójicamente, este sea el más afectado.

Cabe señalar, que durante toda la novela en los capítulos que comparte con la obra teatral, existe un proceso de enjuiciamiento que se va dando de manera progresiva. El autor va construyendo el escenario ideal para que al final el personaje se encuentre en una especie de vacío existencial. Previo a ello, existe una serie de capítulos que construyen una imagen que sobresalta el poder excesivo que tuvo y la forma de conservarlo. Desde que se erigió como presidente, hasta el control que tuvo sobre los presidentes en el periodo conocido como el maximato, el personaje se muestra como el superlativo del poder político. Hay que resaltar que en esta parte el autor, procura mantenerse al margen de cualquier juicio de valor respecto al ejercicio del poder, como queriendo justificar las dinámicas propias del juego político. El poder como una práctica que justifica maquiavélicamente sus fines. En algún momento Solares ha mencionado que los personajes históricos ni son tan malos ni tan buenos como se pretenden representarlos, sin embargo su capítulo final lo rebaja hasta un grado de fragilidad y vulnerabilidad que permite sentenciar su actuar de forma negativa.

Desde la posición de supuesta neutralidad en la construcción de ambas figuras, la del detentador del poder absoluto como la del hombre que carece de él, la del victimario social y la víctima de sus circunstancias personales al final de su vida, se puede reconocer representaciones que crean un cierto efecto de admiración política en el sentido de la eficiencia de su práctica. El hombre político es reconocido por su inteligencia y habilidad, propia de su quehacer profesional. Sin embargo, esto mismo resulta demoledor al llegar a la conclusión de la obra. Una especie de Segismundo, figura literaria arquetípica de Calderón de la Barca que muestra a un personaje que habita entre diferentes realidades una investida de poder absoluto, otra carente de él, habita en el personaje. Lo anterior en el sentido de “la situación del hombre ante el poder, ante el que tiene, ante el que teme perder y ante el que

perdió”. La construcción de la trama lo confirma: primero un hombre en el juego de la lucha por el poder, después un hombre omnipotente y finalmente, un hombre carente de cualquier poder real al final de su vida.

Como ya habíamos mencionado anteriormente, existe el personaje del padre Pro que se le corporaliza a Calles y se le personifica en diferentes actores históricos. Al final es el mismo Francisco I. Madero el que le cuestiona su actuar y su forma de operar dentro del juego político. Uno de los grandes reclamos que le hace a Calles, es la falta de una vida democrática efectiva y la creación del “monstruo” denominado PNR con el cual el ejercicio del poder quedó en sus propias manos. Entre argumentaciones y contra argumentaciones se llega a un punto fatídico para Calles que se expresa en las siguientes líneas:

Calles se puso de pie, desesperado, y dio unos pasos por la pieza. Sus ojos parecían en efervescencia.

—¡Por favor, don Francisco! Venir a decirme que de haber vivido durante el maximato se hubiera levantado en armas. ¿En manos de quien dejó usted el país? ¿O debía arriesgarme a que después de mí llegara otro Victoriano Huerta? ¿No le regresó su pistola cuando su hermano Gustavo se la llevó para explicarle, desesperado, que lo había encontrado conspirando contra usted al lado de Blanquet y Félix Díaz? Y usted le preguntó si era cierto, y como contesto que no, puso en ridículo a su hermano Gustavo, a quien luego asesinaron brutalmente en la Ciudadela, y le dijo a Huerta algo así como “Estamos en sus manos general”. Qué poca madre, señor Madero. ¿No justifica ese simple hecho, todos mis errores? ¡Contésteme, don Francisco, contésteme, usted que pecó de ingenuo, el único pecado imperdonable en la política, que causa, como usted causó, muchas más muertes y sangre derramada! ¡Una guerra civil que yo contuve con la creación del PNR! ¡Contésteme!

Mientras Calles hablaba, Madero —el padre Pro— se fue difuminando tal como llegó, convirtiéndose al final en meras burbujas de luz que estallaban en el aire.

Calles caminó desesperado por la pieza, mirando hacia todos lados. Los ojos le papaloteaban en las órbitas como aves enloquecidas.

—¡Contésteme padre Pro! ¿Es que ya no hay nadie que pueda contestarme? —con pasos trastabillantes, caminó hacia un rincón de la pieza, como si se tratara del proscenio de un teatro, y se dejó caer, hincado—. ¿Es que todo cuanto hice debe culminar en este gran silencio insoportable, sin amigos, sin familiares, sin espíritus que me visiten, sin más decisiones que tomar? Sin... nada ni nadie... Sin... nada ni nadie...

Desde cierto enfoque, Segismundo, arquetipo literario antes mencionado, se hace presente en esta especie de ensoñación, en este encuentro metafísico creado por las supuestas prácticas espiritistas del personaje. Se resalta en estas líneas el futuro trágico de los futuros jefes máximos, sin el poder que detentaron en sus respectivos presentes bajo la condena espiritual y personal que como ya mencioné se traduce en una condena social. La historicidad en la constitución del conocimiento del pasado y la construcción de esta figura histórico-literaria se nos muestra. Bajo el horizonte de enunciación de la obra, se invoca a un personaje que resulta premonitorio del desenlace de los jefes del ejecutivo que bajo sus obsesiones personales el juicio tarde o temprano los alcanzará. Consideramos que existe una crítica del presente bajo ciertos valores literarios y sobre todo sociales, que presagian cada vez más un rompimiento de la sociedad civil con estos tipos de figuras políticas.

Pero sin duda, el discurso solariano no sólo critica la política de seguridad del Presidente Felipe Calderón y sus evidentes resultados socialmente trágicos, si hacemos una lectura crítica desde su horizonte de enunciación. También es una advertencia a lo que se puede venir hasta ese momento sobre el país: el regreso del PRI a la presidencia de la República por medio de su candidato Enrique Peña Nieto. En entrevista a Ignacio Solares realizada por Carmen Aristegui por la cadena CNN, previa presentación de su obra señaló:

Es otro PRI, pero yo no estoy muy seguro que muchos métodos sigan ahí latentes, somos polvos de aquellos logros, y sobre todo ellos son polvos de aquellos logros. Entonces es muy importante ver lo que fue la gestación, finalmente el nacimiento de algo o de alguien determina lo que va a ser después. Por eso es muy importante, que en este momento, los mexicanos seamos muy conscientes de los que nos estamos jugando, de dónde vamos... para no engañarnos.⁸²

Así, se continúa un tipo de crítica aleccionadora, que se sustenta en una cultura política que se configura en variados niveles, uno de ellos el más dañino para la cultura política

⁸² Véase <http://mexico.cnn.com/videos/2011/09/19/ignacio-solares-y-su-libro-el-jefe-maximo>

democrática, alimenta expectativas trágicas si se continúa con los modelos pragmáticos y simbólicos de los gobiernos posrevolucionarios en el ejercicio del poder, según la enunciación del propio autor.

3. Consideraciones sobre cultura política en la novela *El jefe máximo*

Hasta el momento se ha justificado la propuesta de lectura de la novela histórica en general y la obra *El jefe máximo* en particular, que planteamos en un principio, digamos que sus enunciados y los significados que se hacen, empatan en cuanto a los términos de las demandas con la de grupos sociales que se encuentran en pugna con los grupos en el poder presentes. También, se observan definiciones identitarias y de posicionamientos relativos en la consecución de los fenómenos sociales pasados y actuales, que contraponen a un sector con otro por las exigencias que expone una de las partes hacia al que se encuentra arriba de la pirámide del sistema político. Lo anterior permite dilucidar parte de la cultura política de un presente si consideramos los postulados de Baker en el capítulo anterior. Sin embargo hay que ser cuidadosos al respecto, puesto que ningún grupo ha asumido a la novela como referente de sus demandas. Lo que en realidad queremos exponer, es que la producción de sentido se encuentra determinada por las condiciones político-sociales tan particulares, e influenciada, por las intencionalidades expresas del autor y que ésta al parecer, converge con los términos en que se expresan ciertas demandas de un sector de la sociedad. Existe un vínculo discursivo que expresa ciertas inquietudes políticas, o mejor dicho, ciertas proclamaciones que se entrelazan en un común de demandas, significados y construcciones de sentido.

Además, como podremos haber notado, la interacción discursiva que entrecruzamos fue la del periodismo cultural, las opiniones expresadas del autor y director sobre la obra y, parte de la novela. También le dedicamos un importante espacio a la obra teatral que es la base de la novela. Lo anterior con el objeto de mostrar ciertos referentes de interpretación y producción de sentido.

Consecuentemente, observamos que en ambas obras las opiniones vertidas consideraban el horizonte político del momento como condición de acceso a una primera lectura. Deliberadamente, tanto el escritor como el director, enuncian otras tantas condiciones de lectura asequibles para un público ideal, mediatizando la interpretación.

Obviamente, parte de las intencionalidades del autor son las de confrontar discursivamente la política de seguridad del entonces presidente, así como el de advertir un próximo futuro político, por ello cabe hacer una lectura crítica del texto bajo el horizonte político y social en la que se encuentra inmersa. Lo anterior con el objeto de vislumbrar una cultura política que evidentemente es compartida por ciertos sectores sociales, pero que se configura de manera particular en la constelación narrativa del autor, encontrando nuevos referentes para ser expresada. En este caso, la narrativa histórica literaria sobre un determinado personaje y periodo, permite observar una interacción particular entre el discurso que esta conlleva con la realidad presente y los discursos políticos, y otros saberes, que pretende afectar la percepción de la realidad por medio de la crítica. Si partimos de la idea de que ningún tipo de construcción semántica se encuentra en estado de pureza o de neutralidad, sino que está sujeta a ciertos contextos de referencia que le dan sentido y que lo atan a su realidad, entonces podemos encontrar elementos de la cultura política operante.

Sin duda, las abstracciones y simbolismos sobre el ejercicio real del poder encuentran un refinamiento literario en la obra, que se expresa mediante la crítica regida por valores de índole democrático. Estas abstracciones y simbolismo pretenden afectar tanto el sistema político en cuanto a sus representaciones y significados, por medio de principios dominantes y de elementos innovadores que se encuentran en reordenamiento discursivo dentro de la novela.

Por último quiero rescatar uno de los simbolismos más significativos de la novela: la de la condena personal, espiritual y/o social. La condena externa, que pareciera poco vale para todos los ejecutivos sobre todo cuando se encuentran en activo, en la obra se relaciona directamente con la condena personal y espiritual. Bajo los parámetros por ellos mismos asumidos, bajo creencias y fe de tipo neoliberal, espiritista o católica, bajo sus luchas religiosas, políticas o de seguridad, la condena interna tarde o temprano los sepultará, según la representación que de ellos hace Solares. Esta condena espiritual se traduce en el orden de la condena social. Sus victorias políticas se vuelven fracasos de trascendencia histórica. Volverse espiritista para exculpar sus pecados cometidos en pos de la razón, monaguillos y después párrocos de modelos económicos que frustraron al país y políticamente a ellos mismos, o jueces y operadores de la lucha entre el bien y el mal no sólo los vuelven caricaturas de sí mismos en el ámbito social, sino que los sumergen en el drama de sus propias condiciones de existencia humana. La toma de conciencia de la vulnerabilidad de los personajes políticos, que son tan cercanos en su quebrantable figura cada vez más fracturada, del juego de representaciones de omnipotencia-impotencia del que habla Pons, nos acerca más a ellos. Esta misma toma de conciencia por parte de la sociedad civil, reduce las distancias entre un sector y otro, por medio de los derechos políticos que pueden

lograr hacer efectiva la vida democrática. La desaprobación de dichas figuras en sí mismo no es un cambio en la concepción de una cierta cultura política, puesto que casi nunca han gozado popularidad, pero sí las nuevas formas en las que se someten a sus actores al juicio de nuevos imaginarios sociales que los degradan, más que los ensalzan. Continuidades que se observan en la praxis política, pero que con vehemencia se desaprueban desde una sociedad civil que genera las rupturas con estas figuras que desde una cultura política democrática se pretenden ya inconcebibles.

Capítulo III

Madero, el otro: diversas dimensiones de la democracia o la democracia en pugna

Introducción

Se ha observado en los capítulos anteriores, que tratar la novela histórica con un planteamiento teórico-metodológico propio de la cultura política, posibilita observar la historicidad en la construcción del discurso tanto literario como histórico en un presente particular. El análisis hasta el momento ha seguido la siguiente dirección: a) pensar al escritor-intelectual como un actor vinculado con el colectivo social por medio de la auto referencia en los modos paradigmáticos del intelectual comprometido e independiente que de algún modo afecta su trayectoria profesional; b) situar el discurso sobre el poder y la política en los pronunciamientos discursivos de los mismos por medio de los modos paradigmáticos del intelectual; c) ubicar a Ignacio Solares dentro de las coordenadas marcadas bajo los elementos anteriores; d) justificar a la “nueva novela histórica” de finales del siglo XX, lo que va del XXI y en particular la constelación narrativa del autor que nos interesa, como documentos que permiten observar las construcciones simbólicas sobre la política y el poder, y que por lo tanto, nos muestran parte de la cultura política en reconfiguración en los horizontes de enunciación de las obras.

También se ha realizado el análisis de *El jefe máximo* de Ignacio Solares tanto en su versión dramaturgica como novelada, en el que se consideró el presente de enunciación de esas obras, lo que permitió observar las implicaciones políticas en ese momento y las sucesivas

interpretaciones de la realidad social con base al discurso expuesto. Estas obras muestran en diferentes niveles construcciones culturales sobre la política. Lo anterior conllevó primeramente a la construcción de la figura del titular del poder ejecutivo como un personaje novelado, posteriormente, fue criticado y se equiparó al personaje novelado con todos los presidentes de México posteriores a Calles. Lo anterior llevó a la simplificación de este actor político bajo las características y elementos que supuestamente definen a esta figura política. Por otro lado encontramos las intencionalidades propias del autor, expresadas en diferentes medios periodísticos que pretenden ser una guía tanto para el espectador como para el lector de sus obras. En este sentido podemos hablar de una cultura política que se define a través de obras de ficción que se comparten socialmente. Un poder ejecutivo que sus detentadores ejercen de forma autoritaria, sin ningún límite más que los marcados por ellos mismos.

A continuación analizaré la obra *Madero, el otro*, que interpreta, significa y construye representaciones simbólicas sobre una dimensión de la política: la democracia. La figura de Madero como personaje novelado permite observar parte del ideario político del autor, que configura una postura sobre la democracia, que consideramos evalúa su presente y muestra las expectativas de futuro que tenía sobre el sistema político en México. Como corroboraremos más adelante, la reflexión y construcción en torno a la democracia por parte del autor, presenta las inquietudes objetivas de su presente (la emisión del voto) así como de contenido que le da un enfoque más trascendental.

Para analizar lo anterior dividiré el presente capítulo en tres ejes fundamentales: el primer apartado presentará una parte del horizonte del periodo; posteriormente analizaremos los gérmenes de los cambios democráticos a finales de la década de los ochenta, a partir del

análisis e interpretación de dos autores del momento; por último analizaremos a la novela *Madero, el otro* de Ignacio Solares bajo las reflexiones teóricas que se pueden hacer desde la cultura política.

1. Horizonte político

La elección presidencial del 6 de julio de 1988 es una de las más competidas, controvertidas y cuestionadas en la historia del país. Los tres candidatos más importantes a la presidencia estaban representados por: Manuel Clouthier, político sinaloense que contó con un amplio apoyo de la militancia de su partido para representarlo en la candidatura del Partido Acción Nacional (PAN); Carlos Salinas de Gortari, designado candidato por el Partido Revolucionario Institucional (PRI) por medio de los mecanismos propios del presidencialismo mexicano que le otorgaba al presidente un amplio poder en la elección de su candidato; por una coalición de partidos y organizaciones de izquierda aglutinados en el Frente Democrático Nacional (FDN), al Ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano. Este último salido de las filas del PRI, debido a una escisión interna de la Corriente Democrática que él y otros políticos del partido representaban. Estos actores se situaron en el centro del espectro político nacional que encontró un particular dinamismo en estas elecciones, generando un proceso electoral que fue un punto de inflexión histórica para la democratización del país.

Las campañas electorales se llevaron a cabo bajo un ambiente político muy tenso. El PRI y su candidato, como nunca antes, se enfrentaban a un fuerte descontento social por las

condiciones económicas y políticas desfavorables en el país. El Partido Acción Nacional se había configurado como la principal fuerza de oposición al partido de Estado históricamente, y así se dejaba ver al inicio de las elecciones. Sin embargo, la simpatía que generó en el electorado la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas, sobrepasó las expectativas electorales de todos los actores políticos y de la sociedad misma originando uno de los movimientos políticos más importantes de las últimas décadas del siglo XX en México.

El día de las elecciones, el candidato de la coalición de izquierda tuvo un apoyo por demás nutrido e inesperado. En uno de los movimientos políticos más cuestionados en la historia del país, bajo la dirección de algunos integrantes del gobierno en funciones se anunció la caída del sistema de computo electoral a cargo de la Secretaría de Gobernación, cuyo titular fungía como presidente de la Comisión Federal Electoral, Manuel Barlett Díaz. Lo anterior significaba, que el sistema de conteo electoral había sufrido una falla que no permitía seguir concentrando la información sobre los resultados electorales a nivel nacional.

Al reanudar el sistema, el candidato del partido oficial resultó con la ventaja, cuando al momento de suspender el conteo, quien llevaba ventaja era el candidato del FDN. La delantera de Carlos Salinas de Gortari fue cuestionada por los partidos y actores políticos de oposición. Grandes sectores de la sociedad se mantuvieron activos y pendientes de lo que consideraron un evidente fraude electoral.

Irma Campuzano Montoya, en un trabajo de corte académico, expone respecto a las irregularidades en la jornada electoral del seis de julio de 1988:

La jornada electoral no fue tranquila, ya que se registró una gran cantidad de irregularidades, las cuales fueron expuestas ante la Comisión Federal Electoral por los partidos políticos; en la noche de la jornada electoral los candidatos de la oposición presentaron ante la Secretaría de Gobernación sus protestas. La

vigilancia electoral instrumentada fue más intensa que en elecciones anteriores, pero no logró las metas esperadas [...]

La pugna original no estuvo centrada en los resultados, sino en las irregularidades que fueron evidentes al denunciar, Diego Fernández de Cevallos del PAN, que se había “caído el sistema de cómputo”, lo que precipitó una dinámica de confrontación abierta entre la oposición y el PRI. Este anuncio suscitó interrogantes y especulaciones, sobre si éste era un indicador de que los resultados no favorecían al candidato de este partido. La lentitud con la que fluyeron los resultados operó como reafirmadora de la desconfianza. Posteriormente, el anuncio de resultados electorales de Hidalgo, cuando aún no se habían cerrado las casillas, generó mayores suspicacias respecto de la transparencia de los datos oficiales.⁸³

Los movimientos de resistencia social y política por parte de la sociedad civil, para no aceptar el resultado y desconocer la victoria del candidato oficial, se comenzaron a manifestar de manera inmediateamente a las elecciones. La molestia y la oposición, a lo que se consideró un fraude, se observaba por igual en zonas urbanas como rurales pero con un matiz particular en la capital del país.

Este fenómeno de participación electoral y ciudadana, de descontento para aceptar los resultados, trajeron como consecuencia el aumento de la violencia por parte de las élites

⁸³ Irma Campuzano, “Las elecciones de 1988” en *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, UNAM, México, N. 23, enero-junio 2002, pp. 225-226. Otra versión de lo sucedido en el día de las elecciones es el de José Agustín Ramírez en su título, *Tragicomedia mexicana 3. La vida en México de 1982 a 1994*, Debolsillo, México, 2013, pp. 142, 143, 145, en donde señala por medio de la crónica detalles que valen la pena rescatar: “El 6 de julio [de 1988] la gente salió a votar en grandes cantidades y, salvo algunos incidentes, la jornada transcurrió con tranquilidad. Cuauhtémoc Cárdenas escandalizó a muchos cuando anunció que había votado por Superbarrio, porque “era un luchador”, lo que ciertamente fue un buen puntacho. A su vez, Salinas, rodeado de corresponsales extranjeros, fue reprendido por un funcionario de casilla porque no llevaba una identificación. Era medio día y el candidato del PRI se veía contentísimo. Sin embargo, conforme transcurrió el día su optimismo se evaporó. Por una parte, se acumulaban las denuncias de irregularidades: carruseles, votación de uniformados en grupo, inducción descarada del voto, urnas embarazadas, tacos de votos, ratón loco, operación manitas, uso de tinta no indeleble, expulsión de representantes de la oposición, muertos que votaron y casillas sobrecargadas en las zonas opositoras para que hubiera colas larguísimas todo el día. Poco después de las seis de la tarde, cuando se suponía que la información fluiría, “minuto a minuto”, el secretario de Gobernación Manuel Bartlett informó a los comisionados de la CFE [Comisión Federal Electoral] que el modernísimo sistema de cómputo “se había caído”, así es que se suspendía la información de los resultados electorales hasta las 10 de la noche. Todos se quedaron atónitos y nadie se tragó semejante patraña. Después se supo que los primeros resultados de las casillas, que venían del DF y el Estado de México, favorecían espectacularmente a Cuauhtémoc Cárdenas. Los mapaches de gobernación se aterraron. El gobierno no estaba preparado para una situación de ese tipo, pues se hallaba segurísimo de ganar con todo lo que ya había mapacheado y porque nunca llegó a creer que Cárdenas resultase peligroso [...] La verdad es que ni él mismo [Cuauhtémoc Cárdenas] ni nadie en el FDN, [Frente Democrático Nacional] y muy pocos en México, habían imaginado esa victoria y por tanto ellos tampoco estaban preparados.”

políticas hacia ciertos sectores sociales y personajes que se consideraban luchadores sociales. Los miembros del recién fundado Partido de la Revolución Democrática así como la de otras organizaciones políticas e independientes fueron objeto de la persecución y hasta desaparición o asesinato.⁸⁴

Más allá de la violencia, que por supuesto es materia de suma importancia, dichos movimientos sociales y políticos, trajeron como consecuencia un replanteamiento del sistema político y de toda la estructura de poder. Algunos resultados: distribución del poder, mayor representatividad en el poder legislativo de los diversos partidos, la aplicación de una reforma política formulada 1989 y 1990,⁸⁵ entre otros.

Los analistas políticos se dieron a la tarea de estudiar dicho fenómeno, a la vez que desde otras esferas, la artística por ejemplo, no estuvieron exentas de representar las condiciones de su tiempo como observaremos más adelante. Los referentes políticos ya habían cambiado de manera por demás importante. La cultura política encontró un nuevo dinamismo a partir del cambio en las estructuras de poder, para reconfigurarse en nuevos esquemas que permitían repensar y dar un nuevo sentido a la realidad política.

Hay que destacar un aspecto medular en el cambio de la participación política: la movilización ciudadana representó en esos momentos una forma efectiva de hacerse presente. La participación activa permitió generar espacios civiles independientes y otros bajo el marco de identidades políticas identificables; la ciudadanía concibió el hecho real de decidir, manifestarse y luchar por sus derechos democráticos (que se tenían en lo legal pero

⁸⁴ Como referencia del tipo de violencia ejercida recordemos que días previos a las elecciones del 6 de julio fueron asesinados Francisco Javier Ovando, secretario de Acción Electoral de FDN y Ramón Gil Heráldez, ambos colaboradores muy cercanos de Cuauhtémoc Cárdenas.

⁸⁵ Gracias a esta reforma se creó el Instituto Federal Electoral (IFE) y se elaboró un nuevo padrón electoral pues el anterior se consideraba insuficiente y con muchas fallas en el empadronamiento de los ciudadanos.

sin posibilidad real de ejercicio). En el imaginario colectivo, la idea de “morir y nunca ver perder al PRI” o el “PRI nunca va a perder” se modificó en “el PRI perdió”, “Cárdenas presidente”, “sacaremos al pelón de las orejas”, etc., La posibilidad de cambio, lo que haya durado en el sentimiento individual o colectivo, marcó el periodo.

Todavía para el sábado 9 de julio, en el Zócalo de la Ciudad de México, la población se congregó para repudiar y manifestar su apoyo al candidato de la oposición; “Ay, Cuauhtémoc, no te rajes” se dejaba escuchar hasta en ánimo festivo.⁸⁶ La utopía dejaba cada vez más de serlo y los sentimientos hacia el sistema político y sus representantes cambió de manera significativa. Cierta “solidaridad”, en este caso política, se revivía y en el consciente colectivo y se integraba la idea de que la iniciativa ciudadana era una herramienta efectiva en la democratización del país.

¿Pero cuál fue el significado de estas elecciones en términos de la cultura política? Por un lado un sentimiento de cambio, mejor dicho, de la “posibilidad” del cambio. ¿Pero cambio de qué, de las elites gobernantes, del sistema económico, de la estructura política? Se puede argumentar que la escisión del partido hegemónico sólo representa a otra parte de esta élite política y que tenía como proyecto económico un retorno al modelo estatista y paternalista de Estado. Sin embargo, en cuanto a las relaciones entre el Estado y la sociedad civil, entre el sistema político y la ciudadanía, entre una concepción de un partido político imbatible y la posibilidad de una representación de identidades políticas alternas, pero sobre todo en la concepción de una democracia efectiva, el cambio no sólo fue una posibilidad sino un hecho ahora histórico.

⁸⁶ Véase José Agustín Ramírez, 2013, *Op., cit.*

Repensar el sistema político en México fue tarea de amplios sectores sociales incluyendo al académico y literario. En esos momentos la democracia se encontraba en pugna discursiva y de efectividad electoral, de sufragio efectivo y respetabilidad. La democracia se auspiciaba en uno de los ejercicios de los derechos civiles más representativo: la emisión del voto, el respeto y resguardo de estos.

Reitero, la democracia se encontraba en pugna: en pugna discursiva, en pugna de su supuesta efectividad electoral, en pugna su legitimidad, en pugna a favor de la legitimidad del gobierno emanado de ella, en pugna por su violación. Y en nombre de ella se legalizaba el proceso electoral más dudoso de la historia de México, por lo menos en la memoria colectiva parecía algo inobjetable, o en nombre de ella se luchaba por salvaguardarla y hacerla efectiva. Ignacio Solares echó a volar la imaginación creativa para aportar en la lucha discursiva sobre la democracia y darle varios significados y representaciones vía la figura de Madero en su obra.

En este horizonte político aparece el libro de Ignacio Solares *Madero, el otro*, poniendo en el eje de la trama como personaje principal a Francisco I. Madero, con todo lo que con llevaba en su momento, poner en el centro de la reconfiguración política a la figura histórica que más vínculo simbólico tiene con la democracia.

Considero pertinente ampliar el análisis y presentar referentes de interpretación, considerando la visión de un académico y de un escritor: Luis Medina y Carlos Monsiváis, quienes desde diferentes enfoques y lentes, interpretan la “realidad” previa y posterior a las elecciones de 1988. La pertinencia de estos texto me permitirán crear un contraste y similitud con la postura de Ignacio Solares. Estos autores de forma crítica, analizan cuál es

el germen del proceso democrático de 1988 y sus consecuencias. Además, a manera de introducción del apartado, considerar ciertos planteamientos sobre la democracia en México por otros dos autores, Enrique Krauze y Octavio Paz que son dos de las influencias importantes en la visión de Ignacio Solares.

2. Visiones encontradas: gérmenes circunstanciales de la democracia y/o los gérmenes de la democracia en la sociedad civil

En 1983, Enrique Krauze publicó un artículo en la revista *Vuelta* que fue bien recibido por la esfera intelectual titulado: “Por una democracia sin adjetivos”.⁸⁷ En las primera líneas señala:

El gobierno tiene un as en la manga olvidado desde la presidencia de Madero: la democracia. Ha sido un ideal revolucionario relegado para otros fines igualmente validos pero distintos: el bienestar económico, la justicia social, la afirmación nacional, la paz y la estabilidad. Siempre existen argumentos para limitar, posponer o desvirtuar a la democracia. Siempre es demasiado tarde o demasiado temprano. Siempre hay una tarea prioritaria, una estructura que no es prudente remover, un tigre que es peligroso despertar, una supervivencia cultural imposible de superar. Siempre rondan los fantasmas del caos, la desintegración nacional, el fascismo o el comunismo.⁸⁸

En términos generales el autor señala la necesidad de una vida democrática efectiva en el país, empezando por el respeto a las urnas. El diagnóstico que hizo sobre la vida política de México y las posibles soluciones, causo mucha polémica en su momento. Si bien apunta que la democracia efectiva no era la panacea de los problemas del país, consideraba la ruta

⁸⁷ La versión consultada es una publicación posterior que contenía varios artículos publicado en varios medios culturales por parte del autor. Enrique Krauze, *Por una democracia sin adjetivos*, México, Joaquín Mortiz, 1986, pp. 44-75.

⁸⁸ *Ibid.*, p. 46.

más idónea para conseguir los cambios significativos en la estructura y el sistema político, coadyuvando a la vez, a revertir los problemas fundamentales de la vida de México, incluyendo el social y el económico. Su democracia sin adjetivos respondía a una necesidad histórica y presente pero con una mira muy clara a futuro. La primera propuesta, hoy en día, puede pensarse limitada, en el sentido de que la democracia conlleva un contenido más complejo y profundo que lo que en su momento expuso. Sin embargo el horizonte político limitaba la posibilidad real de una exigencia mayor.

Dos años después considerando lo presentado por Krauze, Octavio Paz publica el ensayo: *Hora cumplida (1929-1985)*⁸⁹ en donde el autor reflexiona sobre la hegemonía que tuvo el PRI desde su nacimiento hasta esa fecha, sentenciando de forma categórica, como el título lo expresa, que el tiempo del partido ya había terminado. Si bien es cierto que destaca ciertos aspectos benéficos que tuvo para el país la creación del partido oficial y sus diferentes periodos de gobierno en base a ciertas políticas públicas y económicas, estas últimas más que cuestionadas en el periodo del presidente José López Portillo, en cuanto a lo político acarreo una deuda que nunca quiso finiquitar. Paz señala:

*El régimen actual nació en 1929. El programa original de la Revolución Mexicana fue esencialmente político: se proponía transformar a nuestro país en una auténtica democracia. El movimiento revolucionario triunfó pero la democracia se quedó en aspiración.*⁹⁰

Una de las razones que encuentra el autor del lento avance de la democracia en el país, se fincan en los mecanismos de control de las organizaciones obreras, campesinas y populares del partido, así como el control sobre la burocracia gubernamental, que limita la independencia política de éstos. El corporativismo como medio político efectivo para el

⁸⁹Octavio Paz, “*Hora cumplida (1929-1985)*”, en *Vuelta*, Núm. 103, México, 1985, pp. 7-12.

⁹⁰*Ibid.*, p. 7.

mantenimiento del régimen, pero pernicioso en el avance de la democracia desde esta postura. Además expone la importante inclusión de ciertos líderes empresariales, los suficientes nada más ya que sabemos la importancia de este sector para el PAN, que le han permitido mantener su hegemonía en el gobierno.

También critica la domesticación de cierto grupo de intelectuales que se presentan como los “clérigos virreinales” y que cumplen la función de legitimar al sistema político y a sus actores. En el caso de los intelectuales que están en contra del régimen, sus críticas se encuentran tan ideologizadas que poco han hecho por el avance del cambio democrático, señala Paz. El autor propugna por los intelectuales independientes que a partir de la crítica creativa fomenten el cambio en el orden imperante.

En cuanto a las fuerzas políticas formales de oposición, señala la inexistencia de partidos políticos alternos, que se encuentren bien estructurados y con los cuadros políticos necesarios para poder gobernar. Si bien es cierto que cuentan con registros electoral, éstos se parecen más a “sectas políticas” que no han sabido representar a amplios sectores de la población por su escaso vínculo con ellos, o por lo menos, con términos aspiracionales compatibles que representen sus demandas, según el autor. Todo lo anterior sumado a un exacerbado patrimonialismo y centralismo que no ha permitido la independencia de la acción política.

Cabe destacar una interpretación de Paz, que es de suma relevancia en la esfera de significados culturales y políticos en la relación entre la sociedad y el Estado. El autor de *El laberinto de la soledad* señala respecto al patrimonialismo y el centralismo en México: “La familia patriarcal, con su moral de círculo cerrado, sigue siendo nuestro modelo

inconsciente de vida social y política. La sociedad vista como una proyección de la familia”.⁹¹ Dicha herencia cultural repercute en la relación que se finca entre el Estado y la sociedad, pues los primeros según el autor, ven a una sociedad inmadura que necesita la tutela estatal hasta que cumpla su mayoría de edad; mientras que los segundos ven en el Estado patriarcal, al benefactor que tiene que dar solución a todas sus demandas, incluyendo las sociales y económicas para su bienestar. Paz concluye haciendo referencia al mismo Krauze y a Madero, y sentencia:

Hasta hace algunos años creía, como tantos, que el remedio era la reforma interna del PRI. Hoy no es suficiente. Lo intentó Madrazo y después, con mayor realismo e inteligencia, Reyes Heróles. Pero la opinión pide más. Pide una *democracia sin adjetivos*, como ha dicho Enrique Krauze. En cuanto al PRI: ojalá que retome en su totalidad, es decir, sin olvidar al demócrata Madero, su herencia como partido de la Revolución Mexicana. Así aprenderá a compartir el poder con los otros partidos y grupos. Sería una vuelta a los orígenes; la Revolución Mexicana comenzó en 1910 como una inmensa aspiración democrática. Realizar esa aspiración será convertir efectivamente a la Revolución en Institución.⁹²

Dos años más tarde de lo publicado por Paz y a cuatro años de *Por una democracia sin adjetivos*, el mismo Krauze, dota de un contenido particular a la categoría de democracia en su trabajo, *Francisco I. Madero. Místico de la Libertad*, en su conocida colección “Biografía del poder”:

Una vez *tocado* por su misión, nace el apóstol. No es un maestro de la verdad o de la revelación, porque no tiene ni busca discípulos. Tampoco es un sacerdote laico, porque no ejerce sedentariamente y profesionalmente su credo. Menos aún es un profeta, porque no anuncio al futuro ni levanta su voz para anatematizar el orden presente. Es un *predicador: un médium de espiritualidad política* que encarna y lleva un mensaje de cambio a todos los lugares a través de la palabra.⁹³

Y concluye en el último párrafo del libro:

⁹¹ *Ibid.*, p. 12.

⁹² *Ibid.*, p. 12.

⁹³ Enrique Krauze, *Francisco I. Madero. Místico de la Libertad*, FCE, México, 2002, p. 21. Las negritas son del que suscribe.

... una cosa es cierta: muchas de las llagas políticas y morales que Madero señaló en aquel fogoso libro [*La sucesión presidencial de 1910*] se han perpetuado. Vale la pena vernos ahora en ellas y recordar que la medicina democrática de aquel sonriente apóstol no tiene —ni tendrá— fecha de caducidad.⁹⁴

Como el mismo Krauze apunta en el número 170 de febrero del 2013, de la revista *Letras libres* (dossier a propósito del centenario de la Decena trágica), misticismo y libertad, poniendo como piedra angular a la democracia, le parecían conceptos compatibles en el momento de la publicación de la obra. La democracia adquiriría un significado más complejo que la simple concepción basada en el sufragio efectivo.

¿En qué sentido resulta importante traer a colación lo anterior? El misticismo de Madero hasta el momento de la publicación de la obra de Krauze sobre el personaje, no había sido atendido de manera importante en la historiografía. Ignacio Solares tenía como parte de su bibliografía dicho título (como consta al final de la novela) y no vemos lejana la posibilidad de que se compartieran notas y fuentes entre estos dos escritores considerando la cercanía personal que tuvieron desde el inicio de sus trayectorias profesionales. *Madero, el otro*, explota en la trama esta parte mística del personaje histórico. La democracia no sólo comenzaba a adjetivarse, sino que además, se nutría de un contenido místico y espiritual.

Bajo estas posturas, dar un justo valor a la cultura política respecto a la democracia que emerge previo y posteriormente de 1988, es una interpretación que sugiere muchas aristas para su formulación. Desde diversas disciplinas, académicas y artísticas, se ha interpretado este hecho político que resulta trascendental en el proceso democratizador del país.

⁹⁴ *Ibid.*, p. 108.

A continuación haré un esfuerzo por presentar dos posturas que por momentos se presentan encontradas y en otros, convergentes, que analizan este periodo de manera crítica. Justifico la elección de los siguientes textos, bajo la razón de que son trabajos que tuvieron un eco importante dentro de las interpretaciones históricas e intelectuales de su momento, además de presentar explicaciones antagónicas del cambio en las relaciones políticas del proceso democrático de 1988.⁹⁵

En el último año de gobierno de Carlos Salinas de Gortari se presenta un trabajo que hace un balance histórico sobre la consolidación del Estado mexicano después de la revolución mexicana. Dos años más tarde se reimprime añadiendo reflexiones de eventos posteriores a esta fecha. El trabajo se titula *Hacia el nuevo Estado. México, 1920-1994* del autor Luis Medina Peña.⁹⁶

¿En qué sentido resulta importante revisar y analizar dicho texto para la interpretación del horizonte, que marca una postura sobre la vida democrática en nuestro país en aquel periodo? ¿Qué hace especial el presente trabajo para la interpretación de *Madero, el otro* y los idearios sobre democracia?

⁹⁵ Con el propósito de contrastar y reforzar los señalamientos de los autores referidos, a manera de glosa, incorporé algunos de los planteamientos realizados por Lorenzo Meyer en su libro: *Liberalismo autoritario*, Océano, México, 1995. Comencemos como primer referente apuntar lo dicho por Meyer en su prólogo: “[El] autoritarismo que aún domina en México [1995] es uno de profundas raíces históricas que, después de concluida la revolución de principios de siglo, cristalizó en un poder presidencial con muy pocos controles efectivos —ninguno institucional— y un partido de Estado que hizo del proceso electoral una fórmula carente de contenido. Esta combinación de presidencialismo y partido ‘casi único’ fue la esencia de la estabilidad mexicana posrevolucionaria y la más formidable traba a la modernización política del país: a su democratización y a la disminución de las notables desigualdades sociales.

Desde 1968 la lucha entre autoritarismo y democratización es la marca característica del proceso político mexicano. Sin embargo, esta oposición entre las fuerzas que pugnan por acelerar la transición a la democracia y las que buscan retrasarla, adquirió un carácter peculiar en los años noventa debido a que se dio dentro del marco de un cambio histórico en el modelo económico —el paso de una economía protegida y estatista a otra abierta y de mercado— cuyo enorme costo social hizo más evidente la contradicción entre lo viejo y lo nuevo, entre autoritarismo sin viabilidad y una democracia que no logra arraigar.”, p. 14.

⁹⁶ Luis Medina Peña, *Hacia el nuevo Estado. México, 1920-1994*, FCE, México, 1996.

Comenzaré señalando que Luis Medina Peña es regiomontano y que comenzó aquí tanto su prolífica vida académica como su destacada vida política.⁹⁷ Luis Medina es un hombre que se desempeñó en la academia y en el servicio público de manera destacada, alternando los dos quehaceres. Gracias a lo anterior se puede señalar, considerando las fechas tanto de sus publicaciones como de su ejercicio como hombre público, que es un hombre que ha escrito “desde” el poder innegablemente, menos evidente pareciera, que “para” el poder por lo metódico de sus interpretaciones históricas sobre el Estado y el sistema político mexicano. Sin embargo consideramos, como observaremos más adelante, que existe un pequeño sesgo en sus interpretaciones, que legitima al partido político en el poder y resta valor a los movimientos ciudadanos como constructores de la democracia.

En el trabajo que analizare el historiador Luis González en el prólogo del texto señala:

Sin echar mano de palabrejas del vocabulario científico y de poco uso, la síntesis de Medina dice lo que quiere. Con palabras de la tribu, a través de un lenguaje llano logra una presentación transparente de actores, hechos y puntos de conexión [...] Luis Medina ha hecho caber en este jarrito un buen tramo de la porción política de México, de aquella parte del organismo patrio donde en los últimos decenios se han hecho sensibles dolencias, síntomas de enfermedad, inconformidades que el autor en ningún momento deplora o amplifica [...] Un libro tan breve, tan claro, tan veraz y tan sobrio debería ejercer la función de libro de

⁹⁷ Licenciado en derecho por la Universidad Autónoma de Nuevo León, obtuvo también la licenciatura en Relaciones Internacionales por el Colegio de México, posteriormente partió a estudiar al extranjero obteniendo el grado de Maestro en Ciencias Políticas por la University of Exxes, Inglaterra, culminando su formación en la Universidad Nacional Autónoma de México como Doctor en Ciencias Políticas. Además ha tenido una carrera prolífica como político mexicano en diferentes áreas del gobierno tanto federal como legislativo. Destaca la diputación Federal a la LI Legislatura del Congreso de la Unión de 1979 a 1982 por el PRI, Subsecretario de Planeación Educativa en el gobierno De la Madrid, Ministro de asuntos políticos en la Embajada de México en Estados Unidos en la administración de Carlos Salinas de Gortari, Secretariado Técnico del Gabinete de Desarrollo Social y Rural por dos años en el mandato de Ernesto Zedillo entre otros tantos cargos que ha ejercido en estos periodos presidenciales. Aunado a lo anterior su participación en instituciones académicas es por demás destacado: profesor titular e Investigador del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), a partir del 1o. de septiembre, 1996, Profesor de Sistema Político Mexicano, en el Programa de Maestría, Instituto Matías Romero de Estudios Diplomáticos (Secretaría de Relaciones Exteriores, México), 1995-2000, Secretario General Adjunto del El Colegio de México de 1977 a 1979, Coordinador del Centro de Estudios Internacionales, El Colegio de México de 1972 a 1976 y Profesor e Investigador del Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México de 1972 a 1982.

texto y de cabecera [...] El libro de Luis Medina debe convertirse en parte notoria de nuestra conciencia nacional.⁹⁸

Bajo la valoración de uno de los más respetados historiadores mexicanos que ha sido pieza fundamental de la historiografía del siglo XX, sólo cabe leer con cierto cuidado y atención el trabajo de Medina. El texto es un trabajo medurado en cuanto al lenguaje y los calificativos que expresa. La síntesis de una parte de la vida política de México, es el resultado de un análisis claro y que pretende ser objetivo en cuanto a su interpretación académica. Sin embargo, reducirlo a libro de texto por parte de González, no sólo nos habla de su claridad sino también de la posibilidad de ser parte de “la conciencia nacional”. Una conciencia que por supuesto no se encuentra exenta de ciertos principios y valores histórico-políticos compartidos. Esta “conciencia nacional” que representa el libro, habla de la calidad del texto y de sus posibles recepciones considerando las opiniones de Luis González.

Cabe rescatar la parte en donde González señala la disfuncionalidad en parte del “organismo patrio”, que es la política (señalo disfuncionalidad por el mismo referente orgánico de González), pues la lectura augura una posición crítica ante la realidad de esta esfera. Medina, en un primer supuesto, se mantiene en campo neutro ya que, no “deplora o amplifica” los problemas del Estado y el sistema político mexicano, en su lugar los presenta desde planteamientos de las ciencias sociales que se pretenden objetivas. A los ojos del presente de enunciación del texto confiamos plenamente en González, sin embargo esta neutralidad se vuelve problemática a los ojos del horizonte de nuestro presente a razón de las implicaciones históricas que ya conocemos. Consideramos que su interpretación, como

⁹⁸ Medina, 1996, *Op. cit.*, pp. 12-13.

observaremos más adelante, reduce el papel de la sociedad civil como actor activo y consciente de los cambios democráticos tanto prácticos como simbólicos.

El capítulo que nos atañe y al cual pondremos atención es el VIII, que históricamente abarca parte del mandato de Miguel de la Madrid, el proceso electoral de 1988 y parte del gobierno de Carlos Salinas de Gortari. Pondremos especial atención al apartado que él titula “El tema político”, que pone énfasis en las elecciones de 1988 que consideramos un hecho histórico trascendental en la formación de nuestra insipiente vida democrática. Además nos muestra ciertas coordenadas de interpretación que figuran una vertiente de la cultura política del periodo.

Como especialista en ciencia política e historia política de México, el autor pone en juego ciertos enfoques teóricos que dan cuenta de la realidad nacional. La cultura cívica del mexicano vía los estudios de Almond y Verba, es expuesta en el trabajo con la finalidad de enfatizar ciertos resultados del “cambio y ruptura” que se presenta en 1988. Además considera fundamental el viraje de las políticas económicas que el Estado mexicano tuvo en relación con el proyecto estatista y paternalista hacia una economía de mercado neoliberal desde 1982. Lo anterior tuvo como consecuencias, según el autor, el descontento de varios sectores sociales que expresaron su inconformidad por medio del voto y el apoyo a otros partidos tanto de izquierda como de derecha. El autor señala:

Las elecciones presidenciales de 1988 no fueron, como se ha querido afirmar con evidente intención política, un parteaguas histórico y repentino. Bien visto, ese evento representó la catálisis de tres tendencias muy claras, sin ninguna de las cuales hubiera sido posible la alta votación que recibieron los candidatos de la oposición a la Presidencia de la República.⁹⁹

⁹⁹ *Ibid.*, p. 261.

Las tres tendencias a las que hace referencia el autor son: “irritación popular, escisión priista y confluencia de la izquierda liderada por un personaje que se presenta como salvador nacional”. La primera de estas tendencias el autor la atribuye a un “temperamento electoral” particular originada por la irritación de la población, sobre todo de clase media hacia abajo, que vio sus ingresos disminuidos por la crisis económica que aquejó al país en el sexenio de De la Madrid. Medina apunta:

Estudios con una base empírica y un aparato analítico más completo han encontrado que el impacto social de la crisis fue menor de lo que se pensaba. Y el aserto se fundamenta, entre otras evidencias, en el hecho de que la disminución en el consumo per cápita fue considerablemente menor a la reducción de los salarios. La única forma de explicar esa diferencia es que las familias encontraron formas para aumentar el monto y las fuentes de ingresos, a través del empleo múltiple o la economía informal. Así, pues, el descontento social que se manifiesta en las elecciones de 1988 no fue motivada por incrementos radicales de la miseria, como quieren verlo algunos, sino producto de la frustración de las expectativas, personales y familiares, de los trabajadores asalariados.¹⁰⁰

Si reducimos la tendencia que el autor señala en las anteriores líneas, podríamos decir que el descontento social, que se expresó por medio de las votaciones, se debió a un cambio en el “estilo de vida” del sector asalariado. Frustradas sus expectativas económicas y de consumo, el mercado laboral se expandió al sector informal por un lado, mientras que por el otro, la población tendió al empleo múltiple. Consideramos esta posición muy mecánica en cuanto a las relaciones causales dentro del mercado laboral. Además sugiere una movilidad laboral demasiado flexible, sobre todo en lo que respecta a la idea de la posibilidad de encontrar otros empleos de forma asalariada. A todo ello, consideramos resaltar la poca importancia que le da a los niveles de miseria que aumentaron en este periodo. Reduce sus efectos y los limita a un cambio en el estilo de vida por la reducción de la capacidad de consumo de la población.

¹⁰⁰ *Ibid.*, p. 261-262.

Reconocemos la capacidad de cambio social que tiene la clase media, sin embargo no soslayamos los efectos que tuvo en otros sectores que debe ser considerado dentro del análisis. Tenemos que reconocer que Medina señala el término “irritación popular” aunque sugiere que en verdad dicha irritación se expresó en un sector económicamente estable. Por lo tanto, a una clase media consciente y muy politizada a la cual explícitamente no le reconoce dicho merito por lo mecánico de su posición.

En cuanto a la segunda tendencia, la ruptura al seno de la cúpula priista, parece más congruente en cuanto a su capacidad explicativa, más no así, en cuanto a los adjetivos y valoraciones de los fines que persiguieron los actores políticos disidentes, marcando de manera tendenciosa la postura que defiende. Recordemos desde dónde enuncia el autor para analizar las siguientes líneas:

La segunda tendencia que coincidió en esa catálisis de 1988 se refirió a las élites políticas, en particular a las priistas [...] Con el liderazgo de Cuauhtémoc Cárdenas, Porfirio Muñoz Ledo y Rodolfo González Guevara, este grupo vio, en la reacción social que provocaban las medidas de ajuste y en el descontento de algunos cuadros priistas por la creciente tecnificación y tecnocratización de ámbitos enteros del poder público, la oportunidad para apoderarse del PRI y de los mecanismos de sucesión, mediante la formación de una corriente democrática dentro del partido. Aprovechando las medidas tomadas por el gobierno, apelaron de inmediato al proyecto estatista en crisis, y se autopostularon sus salvadores y continuadores.¹⁰¹

Reiteramos que el análisis político del autor nos parece adecuado en cuanto a las luchas internas por el control del partido. Sin embargo sus valoraciones parecen excesivas, minusvalorando el ideario democrático en los cuales se sustentaba. Más adelante el autor refuerza el descredito de los actores políticos en escisión, señalando que en un principio “los priistas de buena fe” asistieron a las reuniones convocadas por ellos, hasta que se dieron cuenta de la especie de malas intenciones por parte de éstos. Lo cual lo corroboraron

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 262.

gracias a la “atinada” decisión de expulsar a la Corriente Democrática del partido por parte del Comité Ejecutivo Nacional (CEN) del PRI. Nuevamente el autor reduce la dinámica política, por parte de sus actores, a la arena de la lucha por el poder sin que ésta se encuentre mediada por valores de índole democrática que le dan sentido y los sustentan. El sentido democrático, en cuanto a dinámica propia de la lucha política, queda minimizado, de hecho el autor no evoca principio alguno al respecto.

En cuanto a la tercera tendencia Medina señala la confluencia de la izquierda mexicana. La izquierda radical desde finales de los años setenta apunta, tiende a desaparecer y sus cuadros se concentran en partidos políticos que lucharon por la vía electoral para ganar curules sobretodo en la cámara baja. El Partido Comunista Mexicano (PCM) en este esfuerzo unificador tiende a una evolución que se ve reflejado en la aparición del Partido Socialista Unificado de México (PSUM) y el Partido Mexicano Socialista (PMS). A la vez las tendencias trotskistas universitarias libran relativamente sus diferencias faccionalistas para fundar el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT). El abandono de la ideología socialista revolucionaria y su expresión guerrillera, permitió el viraje de la izquierda a una lucha política por la vía democrática. Este proceso político es de suma trascendencia puesto que se considera uno de los grandes atinos que tuvo la izquierda mexicana para consolidarse como una fuerza política formal. Lo anterior, si bien no terminó del todo las luchas fratricidas del Estado mexicano con los grupos radicales, si llevó a un cambio estructural en la lucha por el poder que incluyó, aunque de manera deficiente y marginal, a otros sectores sociales en las dinámicas electorales del país. Como resultado final de la confluencia de estas tendencias, según el autor, llevó a que los

resultados oficiales de las elecciones de 1988 se dieran de la siguiente forma: “50.4% al candidato a la presidencia del PRI, 32 al del FDN y 17.1 al del PAN”.¹⁰²

En su análisis el autor no hace referencia a un posible fraude electoral que evidentemente modificaría los resultados y las percepciones respecto a las elecciones. Su postura se limita a señalar estas tres tendencias, que parece las presenta de manera mecánica, sin entrar más a fondo a las dinámicas socio-políticas características de este periodo. Lo que resulta todavía más significativo del trabajo de Medina, es que la descripción y análisis del proceso electoral como tal de 1988, no le ocupó ninguna línea medianamente importante o destacada. Hay que agregar, que si algún evento en la historia reciente de México ha afectado de forma importante la reestructuración del Estado mexicano en lo que respecta a la esfera política, es precisamente el proceso electoral de 1988 que trajo como consecuencias las reformas electorales de 1994, e igual de importante, el cambio de la cultura política de la ciudadanía que encontraba otro sentido a lo electoral como posibilidad real de cambio. A la postre, todo ello trajo como consecuencia un cambio que se vio reflejado en los diferentes procesos electorales en el país, como la gubernatura de Baja California Norte en 1989, además de los resultados electorales de 1997 en el Distrito Federal y los del año 2000 a nivel federal, que permitieron la alternancia política en espacios que se encontraban reservados exclusivamente para el partido dominante.

En este momento vamos a detenernos para reflexionar respecto al proceso de reconfiguración de la cultura política del momento. Medina reconoce que dicho proceso electoral tuvo un cambio significativo en la “actitud” que el electorado tuvo respecto a su inclinación partidista. Entrecorramos lo de actitud puesto que como vimos en el capítulo

¹⁰² *Ibid.*, p. 264.

primero, el antropólogo Roberto Varela nos previene del erróneo supuesto de considerar que bajo el cambio de una cierta cultura política, de manera automática, se da un cambio en el comportamiento de los sujetos. Tenemos que reconocer que el autor se limita a hablar del término “cultura cívica” y no el de cultura política, ello nos permite considerar la cautela que éste tiene respecto a su interpretación. Medina abona su análisis con el trabajo ya citado con antelación de Almond y Verba. De ellos rescata los resultados que a *grosso modo* simplifica de la siguiente manera:

El orgullo de los mexicanos por su sistema político, según la encuesta de Almond y Verba, se manifiesta concretamente por la Revolución Mexicana y la Presidencia de la República. Por ello, los autores afirmaron que el patrón de cultura cívica para México se conformaba de dos elementos, alienación frente al sistema pero aspiraciones muy altas para la participación política. La socialización de la ciudadanía por varias décadas de ideología revolucionaria que había puesto el énfasis en la participación política, razonaron los autores, explicaba la inconsistencia. Pero la parte central de las conclusiones residió en la prognosis que hicieron los autores. Según ellos, el mexicano denotaba tan altas tendencias a la participación política, que esta habría de irrumpir en un futuro incierto pero fatal.¹⁰³

El fatalismo respecto a la participación política de los ciudadanos mexicanos en cuanto al cambio tomó caminos diferentes a los que auguraban los dos autores referidos por Medina. Interpretamos que esta participación política que vaticinaban se preveía violenta. Si bien es cierto que dicho germen se encontraba presente en todo momento, la participación ciudadana electoral terminó por eclipsarla.

Como bien señala el autor, en los años noventa el electorado se torna “mucho más atento, precavido y selectivo” en cuanto a sus preferencias electorales y mucho menos “manipulable y adocenado” como lo denunciaba la oposición. Los noventas a los que hace referencia Medina, recordemos, son los que se refieren a la primera mitad de la década por el año de la publicación del libro. La afirmación que hace Medina sobre la actitud del

¹⁰³ *Ibid.*, p. 265.

electorado, tiene un trasfondo político que legitima las victorias del PRI en las elecciones intermedias en 1991.¹⁰⁴ El autor señala:

De estos datos y del ambiente en que se celebraron las elecciones de 1991, se puede explicar la votación a favor del PRI, que alcanzó el 63% de la total, un repunte de 13 puntos arriba de los obtenidos en 1988. En la medida que en el país se ha conformado un electorado sensible a los efectos de las políticas de cambio, éste reaccionó favorablemente a las expectativas planteadas por ese partido. El PRI contó en esas elecciones con un voto fiel que se expresó en el campo y entre los votantes de mayor edad, pero a la vez obtuvo el voto de otros sectores de la población motivados por el cambio económico y social. Se trató de un voto depositado a favor del PRI para que se continuara con las políticas sociales y el proyecto de crecimiento económico.¹⁰⁵

Conforme a la versión de Medina, sustentada tanto en datos oficiales como no oficiales, el electorado favorece al partido hegemónico por una sensibilidad y madurez social que traduce su conformidad con las políticas sociales y económicas en votos a favor del PRI. Lo anterior resulta cuestionable, pues el autor presenta sólo una parte de esta realidad electoral. La traducción de la realidad en números sólo nos oculta otra, pues de los movimientos democráticos y electorales en el mismo periodo que desfavorecen al PRI nada se dice. Por poner algunos ejemplos, las elecciones de mediados de sexenio en Guanajuato en dónde compitió el ahora ex presidente Vicente Fox Quezada y Porfirio Muñoz Ledo para la gubernatura, también fueron muy cuestionadas, en donde se presume ganó el primero y el segundo obtuvo cifras hasta entonces impensables para un candidato de izquierda en la entidad. Al final esos comicios fraudulentos, según la opinión pública, llevaron a la

¹⁰⁴ Medina señala “Para las elecciones de 1991, cuando ya habían debutado en México las encuestas políticas y proliferaban despachos especializados para realizarlas, la empresa estadounidense Gallup realizó una encuesta a la salida de las casillas (*exit poll*) por encargo de Televisa que nos ofreció el primer esbozo del perfil del electorado mexicano [...] lo más sorprendente fueron los resultados para el PRI. De acuerdo con las encuestas, en las elecciones de 1991 las mujeres votaron más que los hombres por el PRI (66% y 60% respectivamente) al igual que los jóvenes (60 % de los electores entre los 18 y 24 años de edad. Por tipo de ocupación, el PRI obtuvo la mayoría de votos entre burócratas (63%), electores con negocio propio (60%), las amas de casa (68%) y el sector privado (53%) Entre los estudiantes el PRI se llevó una buena porción de los votos (49%), seguido por el PAN (22%). El hecho de que el PRD sólo logró 8% entre los estudiantes, denota que el estudiantado presenta, al revés de generaciones anteriores, una aversión a los partidos ubicados en el terreno tradicional de la izquierda.” *Ibid.*, pp. 266, 267.

¹⁰⁵ *Ibid.*, p. 267.

renuncia del candidato del PRI y se instaló un gobernador interino del PAN. Otro ejemplo que resulta significativo, es el de las elecciones para gobernador en el estado de San Luis Potosí. El doctor Salvador Nava compitió, por una coalición de partidos tanto de derecha como de izquierda, a la gubernatura. Al igual que en las elecciones de 1988, el fraude se hizo presente, con las ya conocidas formas y maneras de operar del partido oficial. Nava desconoce las elecciones y comienza con un movimiento político en defensa de la democracia, que se definió con una marcha a la ciudad de México. Lo anterior nuevamente derivó en la renuncia del gobernador del PRI. Esta realidad no existe para Medina, o por lo menos en los términos que él privilegia. Arriba dejamos entre ver que estábamos de acuerdo con la nueva “actitud” del electorado que planteaba el autor, pero a la luz de los ejemplos arriba expuestos.

Retomando el cambio de actitud política relacionado con la cultura cívica de los sujetos, Medina reduce los resultados del proceso electoral de 1988 a un voto de “protesta” por parte del electorado y resta valor al cambio de cultura política emergente. En términos de la cultura política, los sentimientos y emociones, las ilusiones y utopías, se simbolizaban en la posibilidad del “cambio”. Más allá de quienes lo representaran, la ciudadanía, esa misma socializada en la ideología de la revolución mexicana, vio como una posibilidad real la derrota del PRI y su candidato a la presidencia de la República y de algunas gubernaturas.

Este cambio en la mentalidad de los ciudadanos, si remitimos a una postura psicologista de la cultura política, es suficiente para reconocer lo trascendente de dicho proceso. Bajo los anteriores argumentos, podemos rescatar no sólo el cambio de actitud del electorado que percibe Medina, sino la reconfiguración simbólica que significa la realidad política a partir de la emisión de un voto como medio que posibilita el “cambio” real.

Cabe en este momento un señalamiento. En cuanto análisis historiográfico nos permitimos las consideraciones propias de la interpretación. En cuanto al análisis histórico, no exento por supuesto de la interpretación, nos encontramos atados para afirmar con fuentes consistentes el fraude electoral que pudo haberse suscitado en 1988. En ocasiones el historiador y el jurista se topan con las mismas limitantes, la imposibilidad de afirmar algo sin las pruebas contundentes que lo corroboren. Sin embargo, dentro del imaginario y la memoria colectiva, parece evidente que fue un hecho inobjetable del reciente pasado político mexicano. Dicho señalamiento no es menor, ya que bajo dichas pruebas o bajo otros datos, mucho de lo dicho por Medina se hubiera venido abajo.¹⁰⁶ Lo anterior no tiene el objetivo de invalidar infundadamente el análisis del autor, sino clarificar que las fuentes oficiales a las cuales hace uso Medina, sólo hablan de ciertas intencionalidades propias del autor, que como ya vimos con antelación, enuncia desde un espacio de poder político.

La demostración de participación democrática en 1988, consideramos, va más allá de las tendencias antes señaladas por el autor, que no negamos sino hasta reconocemos como

¹⁰⁶ Una de las versiones que contradicen la postura de Medina es el análisis realizado por Lorenzo Meyer en su libro anteriormente citado. El trabajo de Meyer es publicado un año después de la primera versión y un año antes de la última del trabajo de Medina. Lo anterior resulta relevante en el sentido de que bajo la luz de los datos presentados por Meyer, la interpretación del primero se torna muy cuestionada. Meyer en el apartado: “Elecciones sin legitimidad” apunta: “A estas alturas, el 6 de julio de 1988 es ya una fecha histórica en los annales de la política mexicana, justamente por lo que pudo haber sido y no fue: la primera elección democrática —competida y con resultado creíble— del México posrevolucionario. Ese 6 de julio, la supuesta ‘voz soberana de la nación’ simplemente fue callada por otra mucho más vieja y poderosa: la que provino de lo alto de la pirámide del poder autoritario. Como la del 68, la historia de ese señalado año va saliendo a la luz poco a poco, y lo que surge niega la reiterada afirmación presidencial de que la democracia política es ‘una prioridad nacional’. Hoy sabemos que fue justamente una orden de arriba —donde se deciden las verdaderas prioridades— la que obligó en 88 a desconectar las computadoras cuando se estaban recibiendo los resultados electorales adversos al partido del Estado, del distrito Federal y del Estado de México. Guillermo Sotelo Cruz, un personaje clave en la tristemente célebre ‘operación manitas’ y ‘la única persona en México que ha sido privado de su libertad por delitos electorales’, hizo pública en septiembre de 1994 la forma en que él y su equipo fabricaron en el 88 la ‘victoria democrática’ de Carlos Robles Loustanau —protegido de Arturo Durazo y de Félix Valdés— en Hermosillo, e hicieron aparecer más de sesenta mil votos falsos en favor del candidato presidencial priísta, Carlos Salinas de Gortari, y de los candidatos al senado, Mario Fabio Beltrones y Luis Donald Colosio. Sotelo Cruz explicó cómo se robaron urnas y se entrenó a cadetes de la policía y a policías judiciales para que cada uno portara diez credenciales falsas de elector y depositara en diez urnas un ‘taco’ de diez votos en favor del PRI.”, *Op. cit.*, p. 77.

ejercicio analítico, pero que en términos de la cultura política resultan insuficientes. Si bien es cierto que el voto, o la ausencia de él, en sí mismo se puede considerar una forma de protesta, esta protesta se le debe de cargar de mayor o de otros significados. Prueba del reduccionismo al que hemos aludido del autor caben estas líneas: “El PRI se enfrentó a un electorado molesto y dispuesto —como en 1940, 1945 y 1952— a mandar un mensaje por la vía electoral, y a darle una lección al gobierno y al partido!”.¹⁰⁷

Lo anterior nuevamente reduce al electorado en un todo homogéneo. Generaliza las razones, como vimos con antelación, a un aspecto de expectativas económicas frustradas y no considera demandas de orden social importantes como las de justicia en el amplio sentido del término. Los agravios cometidos por los excesos del poder se minimizan, y sólo encuentran expresión en un “mensaje” y “lección”, sí electoral, pero hasta en cierto sentido pasiva por parte de la ciudadanía según el autor. La idea del “cambio” en este periodo por sí misma nos habla de un proceso dinámico de trascendencia, no reducida a un cambio parcial de rumbo por los detentadores del poder en su momento, como nos quiere hacer ver Medina. El “mensaje”, “la lección” y el voto de “protesta” en todo caso, tienen un contenido mucho más profundo que expresan el descontento y la necesidad real que tuvo la ciudadanía, de cambiar de partido y a las élites políticas en el poder por los agravios sociales cometidos durante décadas.

Por otro lado, encontramos una interpretación del avance democrático sustentada en el nacimiento de la sociedad civil. Como veremos más adelante, lo anterior nos permitirá tener una un significado diferente de cultura política con respecto a este periodo y que

¹⁰⁷ Medina, 1996, *Op. cit.*, p. 262.

traerá como consecuencia nuevos referentes de interpretación de la novela de Ignacio Solares.

“*No sin nosotros*”. *Los días del terremoto 1985-2005*,¹⁰⁸ es un trabajo escrito por Carlos Monsiváis bajo el género de la crónica. En la primera parte relata los orígenes de la sociedad civil mientras que en la segunda, presenta una serie de relatos en los días del terremoto de 1985. El autor ve en el nacimiento de la sociedad civil el génesis de una de las transformaciones más importantes del país: lo que se refiere al proceso del cambio democrático en México hacia finales de la década de los ochenta.

A consecuencia del terremoto que azotó en estas fechas al país, el autor observa un cambio radical en la movilidad social de la población. Como resultado de ello:

...la Ciudad de México experimenta un terremoto de considerables consecuencias que causa un gran número de muertos (las cifras de las autoridades jamás se establecen con seriedad, los damnificados acercan el número a veinte mil fallecidos). Al día siguiente, otro terremoto (o temblor) de menos intensidad reanuda el pánico y vigoriza el ánimo solidario. El miedo, el terror por lo acontecido a los seres queridos y a las propiedades, la pérdida de familia y amigos, los rumores, la desinformación y los sentimientos de impotencia, todo —al parecer de manera súbita— da paso a la mentalidad que hace creíble (compartible) una idea hasta ese momento distante o desconocida: *la sociedad civil*, que encabeza, convoca, distribuye la solidaridad.¹⁰⁹

“Solidaridad” se vuelve una acción, valor y término que replantea la participación ciudadana, democratizando la acción colectiva. Como apunta Monsiváis, lo anterior propicia un cambio de “mentalidad”, permitiendo reorganizar los espacios de poder antes exclusivos al Estado. El autor nos hace notar que gracias a la parálisis e ineficacia del gobierno, representado por el entonces presidente Miguel De la Madrid, la población tuvo que allanar los espacios y las funciones competentes al Estado. En una especie de

¹⁰⁸ Carlos Monsiváis, “*No sin nosotros*”. *Los días del terremoto 1985-2005*, ERA, México, 2005.

¹⁰⁹ *Ibid.*, p. 9.

catalizador social, fue en lo que derivó la inmovilidad de las instituciones públicas y sus representantes, que no supieron cómo actuar bajo una situación de crisis traumática y dolorosa para la población.

El término *sociedad civil* se vuelve problemático según el autor, y se pregunta si la acción colectiva del periodo puede tipificarse con este término. Al final resuelve que sí, pues las transformaciones en la realidad en base a la organización ciudadana permiten interpretarlo de esta manera. Monsiváis apunta:

Sin debates previos, sin precisiones conceptuales, en cuatro o cinco días se impone el término *sociedad civil*, lo que, por el tiempo que dure, le garantiza a sus usuarios un espacio de independencia política y mental. Como es previsible, el impulso genera la pretensión de “cogobierno” en el empeño de salvar vidas y de restaurar o instaurar el orden urbano. En rigor, nunca son gobierno, pero esta creencia ilumina algo muy característico de los gobernantes: su rotunda banalidad. Ésta es la gran certeza de 1985 el descubrimiento de que la colectividad solo existe con plenitud si intensifica los deberes y anula los derechos, si la sociedad civil es una idea todavía imprecisa, los cientos de miles se consideran sus representantes le otorgan energía y presencia irrefutable.¹¹⁰

Si bien es cierto que el autor no utiliza el término cultura política para referirse al cambio, si defiende la idea de independencia política y mental. Lo anterior sin duda conlleva un cambio de los significados simbólicos respecto a la esfera política. En el caso de la figura presidencial, por poner un ejemplo como figura dominante y omnipresente de la realidad nacional, se desgaja, se reduce o se anula por su ineficacia y pasmo. El símbolo patriarcal que representa el ejecutivo, en términos de Paz, se derrumba. Los significados respecto al presidente se modifican y ya no ven en él, al todo poderoso que genera o restaura la estabilidad. Este significado cambia de lugar y se transfiere a la población convertida en sociedad civil. Más adelante Monsiváis conjetura:

¹¹⁰ *Ibid.*, p. 10.

Ha sido tan opresivo el autoritarismo priista que el término *sociedad civil*, con lo voluntarista del caso, más que detallar las movilizaciones resulta más bien la profecía que al emitirse construye realidades en torno suyo, psicológicas y culturales en primera instancia. Nada científico o sistemático, pero sí necesario. Invocados, los cientos de miles de voluntarios integran simultáneamente una visión premonitoria de la sociedad equitativa y su primera configuración práctica. Sin andamiaje teórico, lo que surge en los días del terremoto desprende su concepción ideológica de lo ya conocido, de lo que no sabía que se sabía, de las instituciones como forma de resistencia del agotamiento de las asambleas, de las vivencias del dolor y, muy especialmente, de lo inconfiable que resulta el depender de las autoridades.¹¹¹

Bajo enfoques teóricos de la cultura política, el cambio psicológico y cultural remite a un cambio de la cultura política imperante. El sentimiento de descobijo y bajo el agotamiento de los mecanismos tradicionales de participación social y política en los que se encontraba adocenada la población, originaron mecanismos, si bien improvisados, más plurales e independientes de acción civil. Si Medina predecía, que bajo la configuración de la cultura política del mexicano, gérmenes de cambio violento y catastrófico, Monsiváis encontraba premonitorio una sociedad que participaba de manera dinámica y pacífica. Fue a partir del ejercicio de la solidaridad, término que adoptó posteriormente Carlos Salinas de Gortari de forma por demás hábil cambiando su significado y referentes, por el cual la ciudadanía resolvió el cambio en su participación política y social.¹¹² Más adelante en el análisis de la obra de Solares rescataremos la relación entre solidaridad y democracia, por el momento resta sólo mencionarlo.

Es de resaltar que los acontecimientos traumáticos, en ocasiones se convierten en hechos históricos y sociales trascendentales, esto en franca relación con lo expuesto por Baker, que

¹¹¹ *Ibid.*, p. 11.

¹¹² En el libro de Julio Scherer y Carlos Monsiváis, *Tiempo de Saber. Prensa y poder en México*, Nuevo Siglo, México, 2003, pp. 243-245, es que el último reafirma su postura. En este texto se señalan los movimientos sociales propios de lo que considera la sociedad civil: la lucha por los derechos de las minorías: los homosexuales, las mujeres, los indígenas, etc.; el respeto por la ecología, la tolerancia, las luchas en contra de la impunidad y la corrupción; a favor de los derechos humanos etc. Todos ellos, según Monsiváis, configuran a la sociedad civil y que se enmarcan dentro de los movimientos propios de la izquierda política.

modifican el pensar y los significados entorno a la realidad en un momento dado. Lo anterior encuentra variados espacios de expresión que permiten un cambio en los principios con los que se piensa la realidad, convirtiendo a estos principios en principios dominantes que atraviesan todas las esferas de la realidad de un presente particular.

Todo lo anterior ¿a dónde nos lleva el análisis cultural sobre la política en el texto de Solares? La novela *Madero, el otro*, como expresión cultural, refleja parte de los principios con los que se piensa y actúa la sociedad. En otros términos, vislumbra una cultura política que se encuentra en evidente cambio. Presenta ciertas inquietudes, utopías, sentimientos, idearios, etc., que se simbolizan en la obra desde su horizonte de enunciación. Se nos presenta como una bisagra entre las realidades y las formulaciones simbólicas que se hacen de esa realidad. Consideramos que tanto la interpretación del periodo por parte de Medina, así como la de Monsiváis, resultan referentes importantes para significar las simbologías de la obra. A continuación iniciaremos el análisis del libro de Ignacio Solares.

3. ¿Dimensiones ambiguas de la democracia en *Madero, el otro*?

La novela histórica de Ignacio Solares se publicó en 1989. El horizonte político se caracterizó por su efervescencia electoral. La estructura simbólica que sustentaba al sistema político se estaba en proceso de cambio. La figura histórica de Madero se ubicaba en el centro de la pugna discursiva junto con el carácter democrático que la definía. ¿Bajo qué configuraciones simbólicas entonces se comenzó a significar a la democracia y a la figura más representativa históricamente hablando?

Tenemos que reconocer que los referentes de interpretación habían cambiado gracias al proceso electoral vivido un año antes y, es en la novela de Solares que encontramos una forma de repensar estos nuevos significados y su reconfiguración. Tenemos que agregar que el horizonte de expectativas respecto a la democracia se abrió de manera por demás importante, en una sociedad como la nuestra que veía “dictadura perfecta” como esquema político. Pero vayamos al análisis de la obra y sus significados.

La novela *Madero, el otro* es un trabajo innovador en el manejo de la figura del personaje hasta nuestros días. Las dos anteriores referencias noveladas del personaje la encontramos en Mariano Azuela y Francisco L. Urquizo. El primero de ellos, escribió una biografía novelada que rescata el poeta y editor Alí Chumacero para el Fondo de Cultura Económica titulado *Madero*.¹¹³ En este trabajo, publicado de manera póstuma, el autor representa a Madero usando lo novelado como estrategia narrativa; la biografía parte de lo histórico y se nutre de la ficción para encumbrar al héroe revolucionario como respuesta al manejo discursivo que se le daba en su momento, al mismo tiempo que critica a las élites que emanaron del movimiento armado a partir de valores claramente establecidos en su obra. El segundo de los autores presenta un libro titulado *¡Viva Madero!*,¹¹⁴ dentro del género de la crónica y biografía novelada. Urquizo parte de la crónica histórica, aprovechando su participación en los acontecimientos revolucionarios; da fe de lo presenciado y alimenta su relato con la estructura novelada para articular los hechos históricos. Su cercanía con el héroe le permite mostrar que conoce de primera mano su vida, llevando a Madero como personaje literario a grados apoteósicos, con la finalidad de ensalzar su figura con un

¹¹³ Mariano Azuela, “Madero” en *Obras completas*, Vol. III, FCE, México, 1960, pp. 512-566.

¹¹⁴ Francisco L. Urquizo, *¡Viva Madero!*, La Prensa-Colección Populibros, México, 1957.

discurso que comparte con la visión oficial, y que él mismo ayuda a reproducir y construir.

El relato parte de una narrativa épica que representa a Madero como héroe mítico.

El trabajo de Solares por su parte, explora el lado espiritista del personaje como un hecho fundamental para la vida personal de Madero y su quehacer político. Sin duda rompe con las interpretaciones literarias pasadas. Esta novela representa principalmente a dos Maderos, a partir de la dicotomía entre el personaje histórico y el personaje literario. La intención de Solares es construir dos figuras claramente diferenciadas que permiten significar al héroe mítico y al hombre invadido por sus pasiones personales. En este sentido, la novela tiene una lógica interna que va de la mitificación a la desmitificación en un proceso circular, para distinguir a un Madero del “otro”.¹¹⁵ Consideramos necesario en estos momentos citar una breve descripción del trabajo publicado en otro momento por parte del quien suscribe:

¹¹⁵ En el artículo de Norberto Castro, “La novela como espacio de las operaciones simbólicas. La representación del Héroe” en *El Espacio. Presencia y Representación*, Leonardo Martínez y Teresita Quiroz, (Coords.), UAM, México, 2009, pp. 177-189, se presenta a manera de conclusión el análisis de las figuras noveladas de Madero que consideramos necesario reproducir: “Las dos primeras novelas tenían una finalidad muy clara que respondía a las necesidades de su tiempo, buscan como objetivo primordial construir y representar una figura heroica que fuera una guía social, una imagen a seguir que heredaran las generaciones revolucionarias y pos revolucionarias en un régimen emanado de este gran acontecimiento. Lo socialmente establecido o ‘aceptado’ tenía como eje primordial el rescate y conciliación de los personajes que forjaron un orden social aparentemente congruente, resultado de lo que los variados protagonistas habían dejado como saldo de su actuar y forma de pensar. El Madero de Azuela con un primer papel de salvamento en los momentos de pugna en la búsqueda de legitimización y estatus histórico de los personajes revolucionarios, mientras que el Madero de Urquiza es una reafirmación del valor, ya reconocido, del héroe iniciador del movimiento armado. Ambos trabajos están integrados por un fuerte relato que tenía como base ‘empírica’ lo vivido y visto de primera mano por los autores, reforzado por el carácter estético de cada autor. Por su parte, Ignacio Solares reconstruye la vida de Madero desde otra óptica, escapando del tiempo y espacio, por obvias razones, de los autores anteriores. Solares cuestiona y replica las primeras representaciones a partir de la humanización del personaje que resulta en una mitificación del héroe por sus prácticas espiritistas. La narración lleva al héroe a su lado más humano gracias a la descripción de sus costumbres religiosas y no políticas; en todo caso, la segunda se deriva de la primera, según la trama de la novela. Si las dos primeras obras cumplen con una función de apoteosis, la de Solares conlleva una función iconoclasta que deja observar el lado más humano de Madero, distinguiendo al héroe del hombre, el humanitario y al violento, al místico y al banal, al mito y a la persona, en una circulación de significados que deja abierta la posibilidad de interpretación y valoración del legado del personaje”, pp. 187-188.

Solares en su novela a grandes rasgos desarrolla en un ambiente onírico las reflexiones que tiene Madero a la hora de su muerte, construye su historia personal a partir de la influencia que los espíritus tienen sobre él para tomar sus decisiones de vida. Confronta el destino al cual está sujeto y que los personajes del más allá le revelan con las decisiones que él quiere tomar. El personaje de Madero se encuentra en un conflicto interno por acatar su posición de elegido libertador o hacer su vida como la de un hombre común, al mismo tiempo que sus pasiones personales lo confunden ya entrado en la vorágine de su vida espiritista y política. El periodo que abarca la historia comienza con el Madero joven, que es influido en el extranjero por las doctrinas en ese momento en boga, sobre las prácticas de médium, y finaliza después de su muerte cuando descubre que él es parte del espíritu rector de los hombres.¹¹⁶

Las representaciones colectivas de Madero hasta esos momentos lo encumbraban como el gran héroe revolucionario, pero dejaban escapar el lado humano y hasta práctico del personaje histórico. En la novela se observa una serie de niveles de la vida humana que repercuten en la toma de decisiones tanto personales como públicas, ello enmarcado en una serie de principios y valores que contrastan en ciertos momentos con las resoluciones en el ámbito político.¹¹⁷ En otras palabras, existe un conflicto que se expresa en la esfera política, entre nutrir de mayor contenido humano al ejercicio del poder público o valorarlo a partir de los resultados prácticos. En este sentido la democracia se significa también de manera ambigua. Pero vayamos por partes y observemos la siguiente cita que nos permitirá entender, en un primer momento, el sentido de la política y la democracia en la obra:

Ya estaba ahí: el resplandor del oro en la hierba, brillando como el sol. Por eso “aspira a hacer el bien a tus conciudadanos realizando tal o cual obra útil,

¹¹⁶ *Ibid.*, p. 185.

¹¹⁷ María Antonieta Zandanel reflexiona respecto a dos de las figuras revolucionarias en los trabajos de Solares: “La diégesis da cuenta aquí desde un significativo despegue de lo rigurosamente testimonial y desde el abandono de un estricto recuento diegético de los hechos históricos, en tanto se despreocupa de una sujeción plena a la línea del tiempo, para privilegiar determinados aspectos del personaje histórico, sobre todo los menos ajustados a los registros de la historiografía pero no por ello menos verosímiles o menos creíbles. La intención de los escritos está centrada en rescatar la heroicidad y también los desaciertos de las más destacadas figuras de la Revolución: Madero y Ángeles. Para ello, como señala Carmen Bustillo, al perseguir el afán de justificación o explicación de los comportamientos de estas figuras, al procurar capturar “esos rasgos definitorios que tipifican una abstracción del hombre y una concreción histórica” (Bustillo, 1995:39) están delineando más que el deber ser que buscan los registros historiográficos, el acercamiento a sus conductas vistas desde lo verosímilmente posible.” María Antonieta Zandanel, “Voces de la historia: Ignacio Solares y la novela de la revolución” en *Cuadernos del CILHA*, Argentina, no., 7/8, 2005, 2006, p. 24.9-25.0.

trabajando por un ideal que venga a elevar el nivel moral de la sociedad, a sacarla de la opresión, de la esclavitud, del fanatismo”. (Unos años después, otro espíritu, José, te lo dictará aún con más contundencia: “Sobre ti pesa una responsabilidad enorme. Has visto el precipicio hacia donde se dirige tu patria. Cobarde de ti sino lo previenes...Has sido elegido por tu Padre Celestial para cumplir una gran misión en la tierra.”).¹¹⁸

La idea de servicio y solidaridad definen en un principio la idea de política que Solares vía Madero expresa. Se le dota de un contenido particular, que propone en cierto sentido la idea de liberación tanto espiritual como social; se densifica el significado a categorías de orden moral. Más allá que estos valores pertenezcan al orden cristiano (el autor dentro de la novela además los vincula con los de ciertas religiones orientales), se presentan como altos valores de la humanidad, que deberían permear el quehacer político. Más adelante el autor, bajo esta base moral de la política, presenta un diálogo que resulta importante como rector del los procesos democráticos, los cuales no tienen sentido si no se piensa en términos electorales:

Afuera del edificio de cantera rosa de la Presidencia Municipal —con su reloj oxidado, descompuesto, detenido en alguna hora de la eternidad— un gendarme fijaba un gran cartelón que decía: CASILLA ELECTORAL, en tanto que otro, con la misma lentitud sacaba las mesas y las sillas. Mientras tanto, tú andabas por el mercado, de grupo en grupo, alentando y entusiasmando a todo el mundo con el alto significado de su voto. Había una nueva vibración en la voz y tus ojos relampagueaban.

—Óiganme. Vayan a votar. Es su única esperanza. Ustedes con su voto, tienen más fuerza que ellos con sus armas y sus cárceles. Si se unieran en un clamor común, el poder de ellos se derrumbaría como un montón de piedras [...]

—Nadie puede imponerles a quien no quieran. Basta que así lo decidan. En ustedes hay una intuición innata para saber quién debe gobernarlos. Es un acto libre que nadie tiene derecho a reprimirles.

-¿Qué puede cambiar un voto nuestro, don Pancho, la verdad? —te preguntó alguien.

—Todo —respondiste dando unos pasos hacia él, buscándole los ojos—. Porque la ley nos iguala a todos al votar, nos vuelve responsables, a cada uno, del destino de la patria. Vamos, no se dejen vencer desde el principio por las dudas o por la apatía.¹¹⁹

¹¹⁸ Solares, 1989, *Op. cit.*, p. 59.

¹¹⁹ *Ibid.*, p. 73-74.

Las anteriores líneas tienen una particular fuerza que invita, pero a la vez conmina, a la participación electoral. Denota y connota, a al mismo tiempo, los significados subjetivos y los resultados objetivos del voto en el devenir social y político. La frase “Es su única esperanza” sentencia con tal tono, que la falta de participación electoral sólo llevaría al país a un abismo bajo la sujeción de los gobiernos autoritarios. Y ese “Todo”, que sobre sale, es decir que se vuelve absoluto, se convierte en un derecho inalienable de sufragio que va más allá del derecho constitucional, que lo vuelve natural, como los derechos humanos. La “intuición innata” reviste el derecho al voto, un derecho político al fin y al cabo, con el mismo valor que un derecho primario, que se justifica a razón del derecho a la libertad, este último como piedra angular de la vida humana. Pero el sufragio carece de trascendencia, sino se le dota de un contenido más complejo, y más importante aún, sino se enquista en la conciencia colectiva, en la cultura política del mexicano.

Aunque las anteriores líneas podrían hacer pensar que el voto por sí mismo se convierte en la panacea de todos los males, nada más alejado de ello. Sin el contenido cristiano de justicia y servicio hacia los demás, la democracia maderista que presenta Solares se encuentra vacía.

—No tiene remedio, general —le dijiste a Ángeles—. Pienso que la democracia es el compromiso con todos, pero a la vez con cada uno. Usted sabe, es un problema hasta de tono. Uno de los espejismos más graves en la política es la multitud.

—Individuos, pues —dijo Ángeles como rematando tu propia frase [...]

—Únicos e irrepetibles... por todo la eternidad.

La expresión de Ángeles no cambió. Si acaso, el gesto de pasar la mano por la barbilla lampiña manifestaba un cierto cuestionamiento.

—Siempre y cuando, claro, uno crea en Dios —dijo Ángeles, como dejando una interrogación viva, flotante.

— ¿Usted cree, general?

Sus ojos, perdidos en el bullicio hipnotizante de la calle, se entristecieron más.

- Supongo que sí.
Era suficiente. Habías pasado el resguardo. ¿Por qué? ¿Con una respuesta tan escueta? ¿O era algo que adivinaste desde mucho antes y de ahí el siguiente comentario?
—Esa creencia, me parece, determina nuestra actitud ante el mundo. Sea en el terreno que sea.¹²⁰

Solares nos presenta el diálogo de Madero con Felipe Ángeles para reforzar el contenido de la idea democrática del primero. Concibiendo una democracia propicia para la sociedad mexicana, desde los términos y valores cristianos. Lo anterior permite observar una visión de trascendencia mayúscula del orden democrático, que se sustenta hasta en principios de índole religioso. Una visión que incluye a todos, pero que diferencia a cada individuo, a cada hijo de la nación. Y son ellos, como individuos o colectivo, los que deben ser responsables de la democracia y su resguardo, porque este orden deberá permear sus vidas y así vivir en libertad plena.

En este sentido, el poder, obtenido por la vía democrática en la postura solariana sobre Madero, también se le asigna la finalidad del servicio hacia los demás. Por ello el poder político resulta problemático, si su ejercicio se basa en el mantenimiento del poder mismo. La idea de la democracia y el poder solariana resulta incompatible con el sistema político mexicano, que no ha sabido ni ha querido llevar la igualdad, la justicia y la libertad plena de todos los ciudadanos del país. Como consecuencia, el ejercicio del poder se convierte también en un problema de conciencia ética el cual atormenta y le duele a Madero en la novela:

¿Será que el poder es, finalmente, incompatible con hacer el bien? ¿Y por eso, porque lo supiste desde siempre, no te restaba sino el sacrificio para demostrarlo, para demostrar que un presidente bueno, que no fusila, que no reprime, que cree en la libertad individual e intenta la pacificación a toda costa, es inconciliable con el poder absoluto que corrompe absolutamente?¹²¹

¹²⁰ *Ibid.*, pp. 83-84.

¹²¹ *Ibid.*, p. 211.

El examen de conciencia del personaje, en este diálogo consigo mismo, con un narrador omnisciente que es él, demuestra las contradicciones éticas en el ejercicio del poder en un sistema político que es incompatible con estos fines. Un poder para servir, para hacer el bien a sus congéneres, en un ambiente de libertad absoluta de las garantías individuales, sólo es posible si las condiciones culturales y políticas son favorables. “El poder absoluto que corrompe absolutamente”, es una condición propia de una estructura de poder autoritaria en la cual se encuentra el personaje. Por lo tanto, si los referentes culturales, históricos y psicológicos sustentan este tipo de poder, el fracaso de los ideales maderistas en la esfera política era algo irremediable en su contexto.

Sin embargo, el martirio y sacrificio de Madero bajo los ideales que abandera, pretende cambiar los referentes culturales sobre la política y las estructuras mentales para posibilitar la reestructuración del sistema político. Por ello la victoria maderista es de trascendencia histórica. Solares por medio de la obra trae a Madero a su presente, en dónde encuentra las condiciones sociales y políticas propicias para su relectura, o mejor dicho, son las condiciones de su presente que permiten reactivar los significados simbólicos de la democracia maderista.

4. Consideraciones de la cultura política en la novela *Madero, el otro*.

El entramado simbólico que tiene una carga de significados políticos en la novela *Madero, el otro*, puede ser interpretado desde los referentes que con antelación señalamos. La novela, se presenta como la bisagra entre las aspiraciones políticas de una sociedad que participó activamente en el proceso electoral de 1988 y las abstracciones de este universo. En otras palabras, nos muestra parte de la cultura política, en varios niveles, del momento.

Si consideramos las representaciones históricas de los mandatos posrevolucionarios, encontramos una idea de imbatibilidad del partido oficial y las élites políticas, un mundo de abstracciones preconfigurado que dominó en gran parte del siglo XX mexicano. Este mundo encontró rupturas que se expresaron en varios momentos: uno de ellos corresponde al convulso y trágico, pero alentador año 68 como ejemplo. Lo anterior generó que se repensara al sistema político en todos sus ámbitos. Este dinamismo se observó en las construcciones discursivas de los años setenta por una comunidad literaria que se encontraba atenta a los cambios y se cuestionaba su papel como actores sociales.

El año de 1985, gracias a los hechos traumáticos del terremoto, se presenta como otro momento de ruptura entre el sistema político y la sociedad, permitiendo reconfigurar los significados simbólicos y activar la participación de lo que en su momento, según Monsiváis, se conoció como la sociedad civil. Los hechos sociales referidos allanaron el camino para una mayor participación electoral y política, “en la acepción beligerante y empleo del voto como arma de defensa personal y de aporte a la sociedad” en 1988.¹²²

El proceso electoral de este año, rompió con el escepticismo de la participación política como medio de real de cambio. Propinó un golpe a la idea de invulnerabilidad de la estructura de poder imperante y a las élites que lo representaban. El partido oficial dejó de ser el partido dominante en la conciencia colectiva, si remitimos a la teoría del fraude electoral. El tiempo del PRI se había cumplido en términos de Paz, y la participación política se convirtió en el medio por el cual se hizo real estas aspiraciones más allá de los resultados oficiales.

¹²² Monsiváis, 2005, *Op. cit.*, 32.

La mentalidad del electorado ya había cambiado y el orden democrático, sustentado en la emisión del voto, encontró su génesis en los principios de solidaridad y servicio vividos por la sociedad civil tres años atrás.

Si consideramos la confluencia de las tendencias de Medina, las podemos observar como un caldo de cultivo que precipitó la participación electoral. En ningún momento desacreditamos dicho análisis, pero si consideramos que su enunciación es el resultado de ciertos fines que como agente en el poder le eran propios. Sin embargo podemos destacar, que si la primera de sus tendencias es correcta, el decremento en la capacidad adquisitiva, ésta llevó a una mayor politización de la sociedad acompañada del cambio simbólico que significaba al sistema político. Además la segunda tendencia, la escisión de la cúpula priista, es por demás importante en términos de la cultura política, pues si bien es cierto que no podemos desconocer la lucha por el poder dentro de la arena política del partido, el hecho de crear una corriente democrática dentro de éste, proyectó una situación aspiracional en la sociedad. Este hecho reconfiguró las identidades políticas que encontraron un espacio común en el horizonte de expectativas de cambio democrático, y la izquierda política supo capitalizarla gracias al cambio en la radicalidad de sus posturas.

Madero, el otro por lo tanto, comunica y expresa un mundo reconfigurado simbólicamente, práctica y aspiracionalmente hablando. Además, nos ayuda a la comprensión del presente a partir del pasado narrado desde lo literario e histórico, por medio de un relato que se nos muestra en un horizonte de enunciación internalizada. La estructura narrativa y la construcción de la trama en la novela, nos permitió pensar a la democracia en por lo menos dos niveles: el primero de contenido y el segundo de participación. En cuanto al primero, la idea de solidaridad y servicio lo alberga. El poder obtenido por la vía democrática,

debiera ser ejercido por dichos valores y principios según la postura solariana. En este sentido, la democracia no sólo es la expresión más importante de libertad, sino un medio que genera la justicia social. En su sentido participativo, la emisión del voto dota de poder al ciudadano, o bien se le reconoce este poder, que le exige no sólo su sufragio sino su resguardo también. El resguardo de la democracia se convierte, según lo expresado por Solares, en un hecho colectivo a la vez que individual.

Este juego de espejos, entre la narración solariana y la realidad de la enunciación de la obra, nos permite observar la cultura política en reconfiguración y la historicidad en la comprensión del pasado y el presente.

Considerando lo anterior, parece que una democracia sin adjetivos resulta insuficiente, puesto que si no se le amplía su significado, nos encontramos con una práctica política vacía, que a la postre repercute y cobra los saldos en el orden social y hasta económico.

Capítulo IV

La novela *El gran elector*: el sistema político en aparente quiebre

Introducción

El gran elector es una novela de Ignacio Solares que se publicó en 1993 a la par de la puesta en escena de la obra teatral.¹²³ *El gran elector* cierra el círculo de interpretación que se ha creado. Si en un primer momento el jefe del ejecutivo con nombre y apellido domina su interpretación, ahora se presenta omnipresente y omnipotente durante los poco más de sesenta años de gobierno posrevolucionario hasta el momento de la enunciación de la obra. El jefe de ejecutivo deja de tener personalidad propia y concentra todo su significado en el jefe del ejecutivo: “el presidente”. Renato Prada Oropeza señala al respecto:

[...] un personaje se mantiene en el poder durante siete décadas, gracias a su aparente cambio, los distintos “disfraces” de rostros y actitudes personales, las diferentes posturas políticas que representa ante el pueblo para darle la ilusión de un “cambio”: catorce actantes vertidos en un solo personaje: el decrepito Presidente [...]¹²⁴

Al gran elector se le despoja de su psique personal, conservando sólo su investidura como piedra angular de todo el sistema político mexicano que se encuentra a sus pies. El autor en este sentido construye el arquetipo del presidente de la República bajo una serie de características que lo definen y que veremos más adelante. Parafraseando al autor, la figura del gran elector es un “aglutinamiento arquetípico” en la figura de un hombre que representa a todos los presidentes del partido oficial.

¹²³ Solares, 1993, *Op. cit.*. El guión consultado es el publicado en Solares, 2003, *Op. cit.*, pp. 63-126.

¹²⁴ Prada, 2003, *Op. cit.*, p. 298.

El gran elector en sus dos versiones, novela y obra de teatro, no dista entre sí, en cuanto al discurso que exponen, pero evidentemente sí en cuanto a su estructura. La novela es una novela corta de apenas 113 páginas y la obra de teatro es una pieza que se representa en un solo acto. La obra teatral de Ignacio Solares fue presentada en agosto de 1993, en el teatro Coyoacán de la Ciudad de México. Estos trabajos contienen una serie de personajes que simbolizan a diferentes actores dentro de la esfera política y social; reflejan las expectativas que cada uno tiene del sistema político. Las obras son las más explícitas en cuanto a la postura y las críticas políticas del autor con respecto al presente y pasado de los gobiernos emanados en 1929, y las expectativas sociales que se tiene del sistema político a futuro.

El horizonte político de enunciación de la obra que presentamos en el capítulo III, requiere completarse con el perfil del presidente Carlos Salinas de Gortari. La construcción de la imagen de este actor político es un referente clave para entender los simbolismos que Solares hace de los presidentes de la República.

1. El último gran elector o las reminiscencias del presidencialismo mexicano

Meses después de la publicación de *El gran elector* y un mes después de la presentación como obra teatral, en septiembre 1993 el periodista Julio Scherer realizó una entrevista a Octavio Paz en la que reflexiona sobre la situación actual de México. En ella, el premio Nobel de Literatura tiene una visión optimista de la primera mitad del mandato de Carlos Salinas de Gortari. El poeta expresa sobre la modernización del Estado mexicano en el periodo salinista:

En esta fase, la final [que va de 1988 a 1993], han sido decisivas las reformas económicas y políticas realizadas por Carlos Salinas y su equipo. Más jóvenes que

los políticos anteriores y con mayor sensibilidad histórica, se dieron cuenta de los cambios de la sociedad mexicana y obraron en consecuencia. Así han logrado sacar al país del pantano en que había caído [...] Así pues, las reformas económicas nos conducen a la reforma política. Y hay algo más y que no se ha dicho: las privatizaciones, aparte de vitalizar a la economía, han contribuido indirectamente al proceso de democratización.¹²⁵

Estas declaraciones no son menores, considerando el prestigio de Paz. El intelectual independiente, observaba que las políticas públicas en materia económica tendrían un efecto positivo en la democratización del sistema. Si bien, en algún otro momento, Carlos Fuentes había visto con buenos ojos la apertura echeverrista,¹²⁶ no obstante bajo cierta cautela y con una postura crítica, Octavio Paz, en cambio fue categórico, legitimando y justificando al entonces presidente. Una especie de nueva “cargada” política se generó como resultado de las declaraciones de Paz. El acercamiento con las esferas de poder por parte de este último, parecía cuestionar el paradigma del intelectual independiente que él representaba y lo acercaba a los esquemas de los intelectuales al servicio del poder.¹²⁷

Las declaraciones de Paz no parecen ser producto del servilismo, sino de la empatía entre sus críticas, ya de tiempo atrás, con las políticas neoliberales de Salinas de Gortari. Desde

¹²⁵ Paz, 1993, *op. cit.*, pp. 252, 253.

¹²⁶ Véase capítulo I de la presente tesis.

¹²⁷ Roderic Ai Camp, todavía al momento de la publicación de su obra en 1988 sobre los intelectuales y el Estado, sostenía que el modelo del intelectual independiente como se ha formulado lo encarnaba Paz. Sin embargo se pregunta a manera de retrospectiva, los cambios que Paz había tenido en su relación con el Estado hasta la fecha y nos adelanta cierta explicación de la nueva actitud que asumió ante la presidencia de Carlos Salinas: “El propio Paz resolvió este dilema abandonando al Estado, renunciando a su puesto diplomático tras la matanza estudiantil de 1968. Ahora es un modelo del intelectual mexicano que se mantiene afuera del gobierno, sirviendo como una conciencia crítica del pueblo. Obviamente, la carrera diplomática de Paz (es funcionario de carrera del servicio exterior y puede regresar en cualquier momento) demuestra que durante cierto tiempo creyó que el intelectual mexicano podía ser intelectualmente independiente mientras servía al Estado. ¿Por qué han cambiado de opinión algunos intelectuales como Paz? Octavio Paz usó su renuncia para protestar simbólicamente contra la política gubernamental hacia los estudiantes y su empleo de la represión violenta, aunque fue el único intelectual del gobierno de Díaz Ordaz que actuó de ese modo. Es bien conocida esta razón de su renuncia, la que funcionó como una señal para los intelectuales más jóvenes, activos. Pero una razón menos conocida pudo haber sido su frustración ante su incapacidad para alterar las políticas gubernamentales hacia los estudiantes.” Camp, 1988, *Op. cit.*, pp. 98-99. Si seguimos la tesis del autor, se puede señalar, que la frustración de Paz en 1968 se transformó, bajo el contexto de la primera mitad del sexenio salinista, en una oportunidad de influencia que empataba con la postura crítica que previamente había expuesto años atrás.

los años setenta el autor criticaba el sistema estatista y corporativista del Estado, el paternalismo del régimen, que no permitía el crecimiento económico; la falta de apertura a los mercados internacionales, y la falta de una reforma política adecuada para la democratización del país. Estas eran demandas que se concretaban en la primera mitad del sexenio salinista, y era Paz por medio de la crítica, uno de sus mayores impulsores.

Esta visión particular, favorable al mandatario, contrasta con la que se comenzó a formar a partir del primero de enero de 1994 con la aparición de la revuelta por parte del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). Esta situación se agravó con el llamado “error de diciembre”, que impactó la economía mexicana al presentarse uno de los más grandes desplomes financieros de su historia. La imagen del ex-presidente Salinas de Gortari se vio afectada por los posteriores escándalos de corrupción que tenían como principal protagonista a su hermano Raúl Salinas, al que se le vinculaba como principal sospechoso de la muerte de su ex-cuñado José Francisco Ruiz Massieu, secretario general del PRI. Además, se suma el asesinato del candidato presidencial del partido oficial Luis Donaldo Colosio y la persecución sistemática de la oposición

Estos hechos llevaron a una evaluación negativa tanto del mandatario como de su régimen. En el imaginario colectivo en donde también se nutre en parte los sentimientos hacia el sistema político y sus actores, el gobierno de Carlos Salinas se concebía como un régimen autoritario y violento, que se imponía para establecer el nuevo orden económico

Algunas posiciones académicas coincidían con lo anterior. En un primer esfuerzo por mostrar un balance y de lo que representó el salinismo, la Universidad Iberoamericana publicó en 1995 un libro titulado *Balance del sexenio salinista. 1988-1994 Ilusión y*

desilusión,¹²⁸ que contiene una serie de ensayos de investigadores que muestran una visión desfavorable del ex presidente. Más allá de cuestionar si dicho balance es correcto o no, vale la pena observar cuáles son los términos con los que se refieren al ex mandatario. La razón de elegir esta obra como un discurso de referencia de Salinas de Gortari y su régimen, estriba en que en dichos discursos existe una expresión fuertemente emotiva para su evaluación, situación que se muestra desde el título del trabajo y, que además, se presenta en un contexto socio-económico muy difícil en el país. En la introducción, José Regil, el coordinador de la publicación, señala: “¿Un cuaderno de análisis sobre el sexenio pasado? ¿Para qué emplear tinta si Salinas ya está desacreditado? ¿Por qué volver la vista atrás si ya se descubrió a los culpables de “todos nuestros males” y, como cada seis años, ya se sabe que el actual sí es el gobierno que necesitamos?”¹²⁹

Regil, en tono irónico adjetiviza a la persona de Salinas y evalúa su régimen. El ciclo político parece continuar como en cada sexenio, con la particularidad de que el anterior parecía poner al país “a un paso del primer mundo”, por lo menos el discurso oficial así lo proponía.

Uno de los autores, Héctor Morales, en su texto “Para un balance de los derechos humanos durante el sexenio de Carlos Salinas de Gortari, 1988-1994” destaca lo que para él identifica al régimen salinista:

El gobierno del Presidente Carlos Salinas de Gortari (1988-1994) se caracterizó por la violencia, a pesar de que la realidad construida desde los discursos oficiales y de algunos medios de comunicación y sectores de la opinión pública apuntan hacia direcciones distintas. Todo tipo de violencia se ha manifestado durante el sexenio: golpes espectaculares al inicio del sexenio, movimientos revolucionarios, violencia institucional, agitación legal (en la que se incluyen los cambios a la

¹²⁸ José Regil (coord.), *Balance del sexenio salinista. 1988-1994 Ilusión y desilusión*, Universidad Iberoamericana, México, 1995.

¹²⁹ *Ibid.*, p. 9.

Constitución en materia agraria, educativa, la relación Iglesia-Estado, las reformas electorales, etc.), acciones del narcotráfico, conflicto fiscal, violencia económica (desempleo, caída salarial, concentración de ingreso, quiebra de la micro, pequeña y mediana empresa, etc.), reaparición de enfermedades del subdesarrollo como el cólera, la lepra; un violento cambio del modelo de desarrollo con sus respectivas políticas macroeconómicas (Tratado de Libre Comercio, apertura comercial y financiera, privatizaciones, élites monopólicas, etc.) redefinición del concepto de soberanía y de la política exterior del país, depredación del medio ambiente en función de la lógica de mercado, represión a los actores sociales y políticos de la sociedad en general, negación sistemática del acontecer cotidiano en los discursos del sistema, etc.¹³⁰

Desde la posición de Morales, la violencia se convirtió en el elemento característico de la presidencia de Salinas. Una violencia que afectó prácticamente a todas las esferas de la vida nacional y a casi todos los sectores sociales, salvo aquellos que se vieron beneficiados por las políticas económicas y los pertenecientes a las élites políticas. Si compartimos la tesis del autor, dicha violencia sólo pudo ser ejercida gracias a un sistema político que otorga al ejecutivo un poder absoluto sobre la vida institucional y la división de poderes de la República. Sin la condición anterior la vida institucional, los otros poderes de la Unión y las fuerzas de oposición hubieran sido un freno natural al exceso del poder y a la violencia ejercida desde el ejecutivo.¹³¹

¹³⁰ *Ibid.*, Morales Héctor, “Para un balance de los derechos humanos durante el sexenio de Carlos Salinas de Gortari, 1988-1994”, p. 78.

¹³¹ Una visión matizada del presidencialismo de Carlos Salinas que apoya en cierto sentido la postura arriba señalada, pero que además cuestiona la idea dominante que se tenía sobre dicho presidencialismo es la de Rogelio Hernández, “La transformación del presidencialismo en México” en *Una historia contemporánea de México*, Ilán Bizberg y Lorenzo Meyer (coords.), Tomo II, Océano, México, 2005, pp. 89-116. En esta apunta que: “Algunos autores han señalado que el gobierno de Salinas simplemente respondió a un cúmulo de problemas sociales y, en este sentido, intentó restaurar la estabilidad perdida. Aunque atractivo, el planteamiento sugiere que Salinas no hizo más que aplicar los mismos recursos que otros presidentes habían empleado. Sin embargo, ésta es una apreciación falsa porque, como se ha tratado de demostrar en las páginas anteriores, los presidentes, al margen de las particulares formas de considerar la política, no incurrieron en el debilitamiento de las instituciones del sistema, es decir, no rompieron el conjunto de prácticas y organizaciones que resolvían los problemas sociales y que preservaban la presidencia no sólo como máxima autoridad sino como la última para enfrentar los conflictos. No hay duda de que en el periodo analizado [1946-1988] los presidentes cometieron más de una arbitrariedad (la expropiación de tierras o la nacionalización bancaria por ejemplo) pero la actuación de Salinas rebasó los actos aislados para convertirlos en una práctica constante a lo largo de toda su administración en la que, además, impidió que otras instituciones (congreso, gubernaturas, secretarías de Estado) intervinieran en los ámbitos de su incumbencia. En rigor, Salinas decidió tomar parte activa en todos los conflictos que se presentaron, de tal manera que

Morales enfatiza el carácter violento del régimen para evaluarlo, por la necesidad de dar respuesta de un régimen apoyado en proyectos políticos y económicos que resultaron frustrados, por lo menos, ante las expectativas que habían generado. En el terreno de lo subjetivo, la violencia es un aspecto negativo que desacredita todo lo demás, al reducir a este carácter los significados del régimen y al titular del ejecutivo bajo la postura de Morales. En suma, la figura de Carlos Salinas para Morales, y para los otros autores del texto, es negativa. Dicha imagen, construida desde la academia a la vez es compartida con el imaginario social que se tiene de este presidente.

Un aspecto de la obra que resulta significativo es parte del título: “Ilusión y desilusión”. Como parte del carácter subjetivo de la cultura política ambas nociones son importantes para su análisis, pues es el resultado de una respuesta emotiva sobre Salinas y el régimen. La ilusión se puede entender en un doble sentido: el primero como “concepto, imagen o representación sin verdadera realidad, sugeridos por la imaginación o causados por engaño de los sentidos”; el segundo como “esperanza cuyo cumplimiento parece especialmente atractivo”.¹³² En cuanto a la primera acepción, el título de la obra sugiere la existencia de una imagen distorsionada de la realidad política que se representaba desde el discurso oficial y los medios de comunicación, a favor de un régimen que insistía, en que el camino tomado era el más viable para el país. En el caso de la segunda, más acorde al sentido que se le quiso dar al texto, existía un sentimiento de esperanza real de cambio económico,

anuló prácticas y responsables, pero también obligó a la presidencia a resolver asuntos que no debía. La sola exposición excesiva debilitó a la institución antes todo poderosa.” p. 102. Esta postura es por demás interesante, pues argumenta que las facultades del ejecutivo se ampliaron al allanar espacios de poder que no le correspondían para la solución de problemas que no le competían, sin embargo este mismo hecho, el aumento de su poder, llevó a vulnerar a la institución presidencial pues fue objeto de las críticas, que en otro momento, corresponderían a las instituciones encargadas de solucionar dichos problemas.

¹³² Definiciones tomadas del *Diccionario de la lengua española* consultado en <http://lema.rae.es/drae/?val=ilusi%C3%B3n>, última edición 2014.

político y social en beneficio de la colectividad. Esta expectativa fundamentada en los cambios macroeconómicos y las reformas políticas del sexenio salinista. Ilusión que se esfumó, generando el sentimiento de desilusión de algo que parecía posible.

En un esfuerzo interpretativo, si conjuntamos las dos definiciones de ilusión podríamos construir un sentido más profundo sobre el sexenio salinista. El resultado: la esperanza de un cambio significativo del orden económico, político y social, sustentado en una representación engañosa de la realidad. Interpretación que puede ser el resultado de un esquema del inconsciente colectivo.

Ilusión y desilusión connotan expectativas favorables y desengaños respectivamente. La desilusión, precedida evidentemente por una ilusión, como efecto psicológico colectivo, proyecta una imagen negativa del agente generador de la ilusión y de la posterior desilusión. Carlos Salinas de Gortari y su régimen político no escapó de dicha fórmula. Como resultado, su figura se degradó a partir de la sentencia social que reprobó su actuar como titular del ejecutivo.

Desde otro enfoque y bajo otros términos, Enrique Krauze presentó también una imagen de Salinas de Gortari; en su libro *La presidencia imperial*¹³³ señala respecto a la posición que debía asumir ante el cambio democrático y la sucesión presidencial del siguiente sexenio:

“Salinas debería decidir entre ser Calles o ser Cárdenas”, había dicho en 1991 un consejero muy allegado a Salinas. Si se decidía por Calles, instrumentaría un “salinato” (sucedáneo de maximato) y, tras vigilar estrechamente a su sucesor por seis años, podría volver a ser presidente en el año 2000, a sus tiernos cincuenta y dos años. Si se decidía por emular a Cárdenas, se retiraría del poder reservándose un ascendiente moral. Su decisión fue ser Calles.¹³⁴

¹³³ Krauze Enrique, *La presidencia imperial*, Tusquets editores, México, 2002.

¹³⁴ *Ibid.*, p. 473.

Más allá de compartir o no las especulaciones de Krauze, debemos resaltar el peso y el significado simbólico que se le otorga en la cita a Salinas. Nada alejado a las figuras construidas por Solares, la figura primigenia de los regímenes emanados a partir de 1929 se traslada simbólicamente y en la práctica al presidente en turno. También la figura del gran elector se le empata, como se verá más adelante, y se muestra esto al presentar la aspiración de regresar al poder al tener el control del sistema político y del Congreso para modificar las leyes y así poder cumplir con sus objetivos.

En esta apreciación se observa que el ejercicio del poder por parte del ejecutivo (para mantener el régimen) muestra las continuidades de un sistema que tiene profundas condiciones políticas que lo facultan, de manera formal e informal, para sostener su predominio. El régimen presidencialista se encuentra más vivo y sólido en este sentido, con la imposibilidad de romper sus límites y transgredir su fuerza

El poder totalizador del presidente no se agota en estas construcciones simbólicas con las cuales se ilustra la figura de Salinas. Si el plan armado por Salinas según lo dicho por Krauze, con un matiz maquiavélico, se hubiera realizado: “Sería el rey que inaugurara el milenio. No un presidente cualquiera sino el dueño y señor del sistema político mexicano”¹³⁵. Lo anterior parece, hoy en día, un exceso, en el marco político del momento la utopía salinista se veía como algo real. En este sentido, las especulaciones de Krauze como posibilidad política, nos muestra un conjunto de significados compartidos que permitían dar sustento a los planes de Salinas. En otras palabras, una cultura política autoritaria todavía muy arraigada en el consciente colectivo que permitió formular dichas especulaciones.

¹³⁵ *Ibid.*, p. 473.

Ahora entremos al análisis de la novela, sin dejar de hacer algunos apuntes sobre la obra de teatro, en la que se incluye un personaje que no aparece en la primera obra y, que le da otro ritmo a la lectura del guión.

2. El gran elector como una figura arquetípica de la cultura política mexicana

Tanto en la novela como en el guión teatral, Ignacio Solares repite la fórmula que le dio éxito y reconocimiento: al recurso literario de lo onírico, de la ensoñación, de la alucinación del personaje principal para traer al presente a un personaje histórico trascendental; nuevamente Madero. Sin dejar de lado el aspecto místico que caracteriza al Apóstol de la democracia, involucra a la historia y a la política como forma discursiva que sentencia la realidad de su presente.¹³⁶

La novela tiene dos personajes: el presidente como actor principal y el asistente como secundario, este último resulta importante en el acto reflexivo del primero. Ambos evocan la figura de Madero que se presenta como un personaje sin voz directa, pero con un peso importante como conciencia de la nación. La obra de teatro tiene cuatro personajes; al igual

¹³⁶ En cuanto a la obra teatral, ésta fue puesta en escena en agosto de 1993 bajo la dirección de José Ramón Enríquez, el mismo director que montó dos años antes la obra *El jefe máximo*. En el reparto estaba Ignacio Retes con el papel del Sr. Presidente, Antonio Crestani como Domínguez, quien era el asistente del primero, Emilio Guerrero como el Interrogador y Augusto Molina como Madero. De estos actores, el único que formó parte del reparto en las dos obras fue Antonio Crestani. Este actor, después se convirtió un colaborador muy cercano de Ignacio Solares, en varios proyectos culturales, como la edición de la *Revista de la Universidad de México*, tanto en su versión impresa, electrónica y televisiva. De José Ramón Enríquez se conoce su postura respecto de las obras de Solares y el discurso que la sostiene, ya que como se mostró en el segundo capítulo, es un agente activo que crea referentes de interpretación de la obra por medio de las entrevistas que otorga en el periodismo cultural. Esto último es importante señalarlo porque se involucra de forma significativa por medio de sus declaraciones para afectar la interpretación del discurso solariano. Cabe mencionar que Enríquez perteneció al Partido Comunista Mexicano (PCM) y a partir de las elecciones de 1988 ingresó al Partido de la Revolución Democrática (PRD). Mencionar su filiación partidista permite observar desde donde enuncia e interpreta la obra de Solares.

que en la novela son significativos tanto histórica como simbólicamente. El personaje principal es el presidente de la República. Éste representa a todos los presidentes emanados de la revolución institucionalizada y el poder monolítico del sistema político mexicano. El segundo personaje es Domínguez, el asistente personal del presidente, quien simboliza, por momentos, a todo el aparato burocrático estatal, o bien al partido oficial y su estructura. Con una actitud servil asiste al presidente en todo lo que lo aqueja. El tercer personaje es el Interrogador, que juega un papel fundamental en la trama, ya que se representa como conciencia nacional civil. El último es Francisco I. Madero, el juez y la conciencia histórica que sentencia la realidad política del país. Durante el análisis de las obras observaremos el papel que juega cada uno de los personajes en la trama y así, poder dilucidar con mayor claridad la cultura política que muestra el pensamiento solariano. Cabe mencionar que en el caso de la novela se prescinde del personaje del Interrogador y su función la ocupa el narrador que, en gran parte de la obra, corre a cargo del mismo asistente.

Las obras hacen una crítica frontal al sistema político y los excesos del ejercicio del poder que ejecutan los presidentes en turno. Engloba en un solo personaje, el presidente, el ejercicio del poder de todos los ejecutivos priistas. Presenta una serie de actitudes propias de este actor político en el ejercicio del poder que escapa a su nombre y apellido. No importa la persona sino el cargo y la investidura, que se encuentra inmerso en un sistema político que lo faculta y le da la capacidad de gobernar bajo códigos políticos autoritarios.

Ignacio Solares establece una configuración política del sistema y del detentor del poder ejecutivo, que expresa una cultura política propia de la época bajo referentes que más adelante señalaremos.

Evidentemente, el género teatral tiene su propia lógica y narrativa. La obra de teatro generó mayor impacto que la novela, ya que las reseñas de la época enfatizan la pieza teatral más que la novela. Sin embargo, nuestro análisis sobre la cultura política de las obras solarianas, corresponde al discurso novelado.

Las obras comienzan con el presidente de la República en un escenario oscuro en medio de una carcajada abierta. El señor presidente tiene un mechón blanco en el cabello que simboliza la vejez del sistema político. En la historia aparece el fantasma de Francisco I. Madero. El presidente se torna nervioso por la sorpresa de verlo en pleno 1993. Madero, sentado en una mesa de la oficina presidencial de Palacio Nacional, es obligado a pararse por el presidente, a manera de afrenta; como respuesta, Madero le da un beso en una de las mejillas. En un principio, el presidente parece anonadado y responde con una risa histérica. Inmediatamente entra su asistente, Domínguez, y el presidente le comenta que vio un fantasma, que simbolizan los fantasmas de la historia con quienes gobierna. En este sentido, parece que al sistema mismo como a sus representantes los asedian los ideales con los que discursivamente sustentan sus gobiernos. Lo anterior parece evidente por lo que simboliza Madero en la historia del país.

Después, en un diálogo consigo mismo, el asistente se queja que lo trate de “pinche Domínguez”, en tantas ocasiones a lo largo de sesenta años de su mandato. Esto resulta relevante ya que “el pinche Domínguez”, en un primer momento, parece simbolizar el sistema burocrático del Estado. Una burocracia que es menospreciada pero a la vez necesaria.

Domínguez asiste al presidente, quien se presenta enfermo y fuera de sí mismo. Lo nota angustiado y sin la fuerza para gobernar. El asistente corrobora el diagnóstico hecho por los médicos. Sus males parecen incurables pero soportables, males que son físicos pero que repercuten con mayor fuerza en lo emocional por las crisis nerviosas recurrentes. Desde este momento se construye un perfil del presidente: un ejecutivo enfermo tanto física como emocionalmente, cansado, viejo y autoreflexivo.

El presidente, bajo su estado de enfermo político, despacha la agenda bajo la fórmula del poder absoluto, no disperso sino instituido en una unidad y con la conciencia histórica de su poder:

[...] sentirse jefe del poder ejecutivo, legislativo y judicial, del ejército de la fuerza aérea, de la marina, de la policía, del partido oficial, de la paz y de la guerra, de los medios de comunicación, de los treinta y un estados de la República y de un Distrito Federal, de los ríos, del suelo y del subsuelo, del transporte, del presupuesto, de los bancos, de los créditos, de los salarios y de los precios, del perdón y de la condena, de innumerables empresas, de muchísimas universidades y escuelas, de las tierras, de las aguas, de los cielos, del petróleo, de la electricidad y de la siderurgia, de los mayores favores que alguien pueda recibir y también de los mayores ruegos con que alguien pueda pedir algo, del dolor y de la vida de los mexicanos que él señalara...

En alguna ocasión lo encontré ante el gran espejo de su salita de descanso, gesticulando y diciéndose a sí mismo: Presidente, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, Primer Mandatario, Jefe del Ejecutivo, Primer Magistrado, Jefe Nato de las Instituciones, Primer Jefe, Ejecutivo de la Nación, Jefe de los Poderes Legítimamente Constituidos, Jefe Máximo, Siervo de la Nación, Cabeza de Estado, Primer Mexicano, Líder Natural del Pueblo de México, Hijo Dilecto de la Patria, Supremo Dador, Señor del Gran Poder, Padre Nuestro[...].¹³⁷

La figura totalizadora, que abarca y controla todo bajo un poder continuo que se extiende en el tiempo de sesenta años, en un espacio que le pertenece con todo lo que le contiene, se convierte una figura arquetípica que entra en crisis.¹³⁸ En el último párrafo se muestra una

¹³⁷ Solares, 1993, *Op. cit.*, pp. 20-21.

¹³⁸ Como referente de interpretación, analogía y premonición a la vez de la crisis de la figura del último gran elector es importante señalar la postura de Meyer: “La crisis económica de 1982 fue una catástrofe política

escena en la cual el gran elector se deidifica, en una clara señal de delirio del “César mexicano” a causa del poder absoluto del que es consciente. El gran elector encarna en su figura a la “dictadura perfecta” a la que refirió Mario Vargas Llosa. Por lo tanto es él, el sistema político, el jefe máximo, y todos los presidentes hasta Carlos Salinas. Por momentos, el presidente evoca alguna de sus caras y refiere a lo dicho por alguno de ellos:

- A la izquierda o a la derecha, populistas o liberales, austeros o frívolos, lo mismo gobernamos con saliva que con sueños, pero siempre, en el fondo, hemos sido uno y el mismo, ¿verdad, Domínguez?

-Uno y el mismo señor...¹³⁹

El personaje parafrasea lo dicho por Adolfo López Mateos, resucita la frase “A mi izquierda y a mi derecha está el abismo”.¹⁴⁰ Como arquetipo es uno y es todos, la piedra angular del sistema político que concentra el poder en su figura; que sin embargo, deja entrever alguna particularidad de los ejecutivos que lo encarnan. Esto le ocasiona que por momentos se encuentra en un problema de identidad, sabe que es uno y todos pero también se pregunta “¿Quién soy Domínguez?”, en otra escena. Para este momento, ha abstraído la

para la presidencia, y los resultados dudosos de las elecciones de 1988 no contribuyeron en nada a mejorar la situación. Carlos Salinas, en un esfuerzo audaz para recuperar y recomponer el poder presidencial, decidió asumir directamente el control de todos los procesos claves. Como bien lo muestra Rogelio Hernández, la recuperación de poder y control por parte del presidente requirió debilitar a algunos de los instrumentos auxiliares de la presidencia: al gabinete (casi un centenar de cambios), a los gobernadores (diecisiete cambios), a las grandes organizaciones corporativas (en particular a los sindicatos y a la CNC), al partido del Estado (el PRONASOL, y ya no el PRI, fue la gran gestoría de los intereses populares). Cuando la rebelión armada de Chiapas y el asesinato del candidato presidencial del PRI, pusieron un abrupto fin al proceso de reconstrucción del presidencialismo autoritario, se hizo evidente que el debilitamiento de la red de instituciones auxiliares de la presidencia —gobernadores fuertes, secretarios fuertes, sindicatos fuertes, etcétera— había dejado al presidente en una situación en extremo vulnerable. Entre 1988 y 1994, la presidencia autoritaria llegó a su límite.”, Meyer, 1995, *Op. cit.*, p. 57.

¹³⁹ Solares, 1993, *Op. cit.*, p. 24.

¹⁴⁰ En el marco político internacional de la expulsión de Cuba de la Organización de Estados Americanos (OEA), promovido por los Estados Unidos de América, el presidente Adolfo López Mateos se opuso a tal hecho. Como resultado de una política internacional neutral que promovió el entonces presidente de la República, y para dejar clara la oposición de que Cuba dejara de pertenecer a este organismo y como respuesta a la “solidaridad de los mexicanos con la revolución cubana” marca sus distancias y pronuncia la frase “A mi izquierda y a mi derecha está el abismo”. En el caso de la novela, dicha frase se habilita para dar a entender que ni las posiciones ideológicas de izquierda o derecha que no son representados por él, son opción de gobierno. Véase Scherer y Monsiváis, 2003, *Op. cit.*, 160.

esencia de esa “dictadura perfecta”, sin nombre ni apellido centrada en un solo personaje: el gran elector.

A pesar de que el presidente tiene el poder absoluto de los designios de país, comprende que la relación que tiene con otros agentes de oposición, merecen una atención diferenciada para contener su influencia. La relación que establece el ejecutivo con los artistas y periodistas es una parte importante en la historia. Dicha relación se presenta de forma conflictiva. Estos actores sociales resultan personajes incómodos para el sistema, pues representan la conciencia de la sociedad que lucha por la democratización del país. Estos actores sociales hablan y actúan con una carga simbólica que pretende romper con el sistema desde una crítica que resulta incómoda para el presidente.

Aunque parezca paradójico, el presidente los ve con cierta admiración sobre todo aquellos que le son más perniciosos. Se menciona a José Vasconcelos y a José Revueltas, reconociendo sus textos como documentos de alto valor intelectual, pero es su presencia y su acción política la que “detesta”. Se señala que a Revueltas con cualquier pretexto “lo refundía en la cárcel”. Llama la atención que Solares elija a estos autores, ya que son escritores que se esforzaron por derrocar al sistema político imperante, pero que en voz del presidente existe un reconocimiento a su labor política y valentía para enfrentarlo. Finalmente, representan un reto a la permanencia del sistema y que han sabido contener por medio de diferentes mecanismos.

Además de estos autores, se menciona también a Martín Luis Guzmán, que como señala el texto, fue un escritor con el cual el presidente tuvo fricciones y encono, pero que al final logró cooptarlo, pues se integró al sistema al grado que sostuvo comentarios a favor del presidente en turno después de los acontecimientos del 68. Domínguez remata señalando

“tal parece que fuera un desprestigio para el intelectual hablar bien del señor...”. Otro tipo de relación que se establece con estos actores sociales es el que a continuación se apunta:

[...] Pero sabe que con los periodistas y los artistas lo mejor es la indiferencia. Aguantarse y hacer como que no le importa. Invitarlos a una ceremonia oficial y aparentar que no los conoce (con lo cual los purga). O de plano no invitarlos nunca a nada por más prestigio que tengan. O invitar a unos sí y a otros no, según los grupos, malquistándolos. De un escritor era amigo pero cuando supo que lo llamo "Prinosaurio", se enfureció - soporta las críticas a fondo, dice, y hasta a veces las toma en cuenta, pero las burlas lo sulfuraron- y lo descartó de un plumazo para una embajada que planeaba darle y ya ni siquiera volvió a incluirlo en las invitaciones para giras. "Si les damos todo. Si les hemos dado todo durante estos años, hasta una atención excesiva e inmerecida: libertad de que escriban, pinten o compongan lo que quieran, becas mejores que las extranjeras, editoriales que publican un libro diario y todos los sitios posibles para exposiciones o conciertos, homenajes con bombo y platillo en Bellas Artes... por qué carajos entonces nos responden así, Domínguez. Ya los quisiera ver en Cuba o en Rusia..."¹⁴¹

Respecto a la forma de relación entre el sistema político y estos personajes se distinguen tres tipos: el acoso y la violencia política, la captación y la integración o la indiferencia. Dichas relaciones se formulan a partir del grado de demandas y los términos de las críticas que los intelectuales hacen al sistema y a las élites políticas, y si éstos operan de manera directa o no como agentes políticos disidentes. Lo anterior depende, por supuesto, del grado de relación que estos actores tienen con el sistema político que nos lleva nuevamente a la referencia del intelectual comprometido y/o independiente del que hablamos en el capítulo primero. Sin embargo el que determina el trato que se les dará a estos actores, es el gran elector. Más allá de las libertades que se les conceden de acuerdo a la cita, estos actores sociales aparecen como un agente de cambio político-social con el cual el sistema debe lidiar de manera diferenciada según el peligro que representen. Cabe mencionar que el presidente recalca que la situación podría ser peor para los intelectuales, si se compara el trato que se les da en otro tipo de dictaduras como las militares en sudamérica; una especie de concesión de la cual deberían estar agradecidos.

¹⁴¹ Solares, 1993, *Op. cit.*, pp. 28, 29.

Esto último es relevante si consideramos que en este juego de relaciones, se evidencia el peso que los intelectuales tienen a favor o en contra del sistema. Los voceros de lo público, los constructores de significados de lo público, representan una fuerza democratizadora que mantiene atento al gran elector. Abro un paréntesis para señalar que el autor se presenta como uno de sus continuadores.

Se puede observar un doble juego discursivo: por un lado se muestran mecanismos claves de coacción, integración o indiferencia hacia estos personajes, mientras que, por otro lado, expresa una supuesta libertad que les permite un campo de acción política. Además, se destaca la capacidad del Estado para mantener al margen o a favor a estos actores sociales y justifica al sistema como un sistema permisivo negando niveles extremos de autoritarismo en voz del gran elector. Dicha praxis política coadyuva al mantenimiento del sistema y lo legitima al mismo tiempo.

El sistema político encarnado en el gran elector, tiene la autoconciencia de su autosuficiencia al mantener un sistema cerrado y con la capacidad de regenerarse. Cerrado en el sentido de que todo se decide y ejecuta desde dentro, por medio de la figura dominante que concentra todo el poder: el presidente de la República. Este sistema cerrado no le ha permitido a la sociedad civil impactar con su crítica y acción en la reforma del mismo, en gran parte de los sesenta años de existencia del presidente. La ideología revolucionaria corre la misma suerte, pues solamente se adecua a los nuevos tiempos o a sus diversos presentes. "Ideológicamente, me alimento de mí mismo, y sólo de mí mismo", sentencia una frase en el texto. Una práctica que se prolonga desde la fundación del partido hasta el presente de 1993. Para reafirmar lo anterior, el autor expone parte del discurso del

presidente de los años treinta, con la intención de apuntar la vigencia que tiene el discurso para los años noventa como una especie de reciclaje discursivo:

-¡Compatriotas! La crisis social y económica que vive en estos momentos el país ha venido a marcar el momento histórico preciso en que el centro de gravedad de la Revolución deberá pasar del campo de lo social al campo de lo económico. Vivimos momentos históricos. La lucha ha cambiado de naturaleza y objetivos; en lo sucesivo las conquistas que se han efectuado en el terreno social se irán ampliando y confirmando por la sola inercia de los intereses creados; por lo tanto, es en el terreno económico en donde la Revolución deberá concentrar todo su dinamismo y su poder de organización.¹⁴²

Esta cita es relevante si se lee en el contexto de la implementación de las políticas económicas neoliberales de Miguel de la Madrid y de Carlos Salinas. Este discurso, en voz del presidente, pretende justificar y destacar dichas políticas económicas por medio de un discurso político, aparentemente anquilosado, pero que se torna vigente en un nuevo contexto nacional. Un círculo discursivo que recicla constantemente los mensajes y los adecúa a las nuevas condiciones. Sin embargo, en esta conciencia de sí mismo y autosuficiencia, el presidente reflexiona y entiende el peso de las palabras: lo que puede aplicar a la actualidad y lo que no. Veamos la siguiente cita:

-No me acuerdo. No me importa. Es más de la media noche y me está dando sueño. Lee ya eso del treinta y seis.

-Es fundamental ver el problema económico en su integridad y advertir las conexiones que ligan cada una de las partes con las demás. Sólo el Estado tiene un interés general y de justicia y, por eso, sólo él posee una verdadera visión de conjunto. Así, la intervención del Estado ha de ser cada vez mayor, cada vez más frecuente y, sobre todo, cada vez más a fondo.

-Imagínate hoy, en pleno adelgazamiento del Estado y cuando más que meternos a fondo lo que queremos es salirnos. Ah, pero la continuidad, descubre la continuidad, no seas perezoso. Piensa en aquello y en lo que hoy somos y tenemos. Si podemos salirnos es porque ya estuvimos ahí dentro. Entonces, ¿mil novecientos treinta y tantos, dices? Sin despertar aún de la pesadilla de los cuartelazos, con un campo como chinampina y sin verdaderas instituciones. ¿Lo

¹⁴² *Ibid.*, pp. 30, 31.

has meditado, Domínguez? Hubo desde que inventar un nuevo lenguaje para mis discursos.¹⁴³

En el caso de la obra teatral, el Interrogador continua la idea del reciclaje del discurso del gran elector y en un esfuerzo de conciencia nacional señala: "Total, después de sesenta años de autoplagios, uno más... Con tal de que de veras sea el último..."¹⁴⁴ Para este momento existe el anhelo de que el gran elector por fin deje de serlo, un sentimiento respecto al sistema político que muestra el tipo de cultura política que tiene un sector de la sociedad hacia ella.

En cuanto a los saldos arrojados por los más de sesenta años de gobierno priista, el autor alude a la vieja fórmula discursiva de "los logros de la revolución" que tanto pronuncia el ejecutivo: la materialización de las nuevas condiciones de vida, el engrosamiento de una clase media más participativa pero que desprecia, la contención de una clase adinerada que se hace cada vez más rica, una economía que se presume estable pero que desde principios de los ochenta se tambalea (aunque se debe de reconocer que para 1993 parece indudable el paso al primer mundo según los indicadores macroeconómicos), la relación con los Estados Unidos que "a pesar de presiones y atropellos podemos mirar al gigante junto con el que habitamos con mayor tranquilidad y seguridad en nosotros mismos, sin el temor a que se enoje y nos aplaste"¹⁴⁵. Éstos, entre otros, se presentan como los grandes logros del senil gran elector. Sin embargo, es el Tratado de Libre Comercio (TLC) con los Estados Unidos y Canadá, el que le parece más plausible al señor presidente. Este tratado es la señal de su madurez y su poder, pues se firmó a pesar del descontento social que generó. La senilidad del presidente tiene también otro significado: hace referencia al

¹⁴³ *Ibid.*, pp. 33, 34.

¹⁴⁴ Soares, *Op.cit.*, 2003, p. 84.

¹⁴⁵ Solares, *Op. cit.*, 1993, p. 37.

adelgazamiento del Estado, que privatiza o quiebra empresas públicas, y a la cada vez menor intervención frente a las nuevas relaciones económicas del mercado global a la cual el Estado mexicano por medio de su presidente promueve.

El costo de los logros de los gobiernos del presidente, expone el Interrogador en el caso de la obra de teatro y Madero en la novela, lo ha pagado el país aceptando los altos niveles de corrupción en los que se maneja el sistema político y económico, además del autoritarismo que ha contenido la participación efectiva de la sociedad civil.

En las siguientes páginas, el autor hace una analogía de la salud física del presidente con la forma que adopta su gobierno en diferentes periodos de su mandato en voz de su asistente. Lo anterior permite observar el ánimo con el cual despacha los asuntos de gobierno a partir del estado mental o físico en el que se encuentre:

¿La salud del Señor Presidente? La calificaría de perfecta si no fuera por esas crisis —¿estarían de acuerdo en que a partir de este momento las llamemos espirituales?— y la gastritis intermitente, que por lo demás es una condena desde hace muchísimos años [...] Hubo épocas, ustedes lo recordarán, en que se jactaba de ser medio glotón, o comer lo que fuera en cualquier parte, muy especialmente cuando las largas giras por el interior del país en los años treinta. Se metía a los jacales más humildes y festejaba lo que le sirvieran. Pero luego empezaron la indigestión y la acidez y tuvo que cuidarse. En los sesenta literalmente tomaba las decisiones con el estómago —aunque en el mero mero sesenta y ocho más bien diría que era con el hígado —y por eso necesitaba del carbonato tres veces al día y al poco tiempo hasta un tumor canceroso tuvieron que extirparle de por ahí. Pero lo superó. Y unos años fueron las migrañas, una pesadilla peor que le provocaba una tensión insufrible.¹⁴⁶

Sus males físicos —espirituales— son el reflejo de su ánimo de gobierno, graduando el autoritarismo y la violencia cada vez más altos. Los remedios son sólo placebos que logran momentáneamente, contener sus padecimientos, pero sus patologías se vierten hacia la sociedad en formas de gobernar más agresivas. Posteriormente, Domínguez destaca la

¹⁴⁶ *Ibid.*, pp. 42,43.

capacidad del gran elector, del sistema político, de regenerarse históricamente sobre todo en los momentos de crisis política.

Qué capacidad de trabajo, le digo, de entrega, de vocación de servicio. Por eso también cuanto más ciertos parecen los rumores de su muerte algunos días, más vivo y autoritario se le ve reaparecer para imponerle rumbos imprevisibles a los destinos de la patria. "Salvar a los mexicanos de sí mismos", le dice al historiador José C. Valadés que confesó el Señor Presidente en una reunión entre amigos allá por los años treinta.¹⁴⁷

La vitalidad del presidente radica en la capacidad de imponerse, de perpetuar el sistema por medio de la violencia. El autoritarismo le permite reconstituirse, tomar fuerza ante cualquier afrenta que pretenda trastocarlo. El gran elector, la dictadura perfecta, sabe que con la violencia política, el acoso personal o de grupos reaccionarios o revolucionarios puede contener las fuerzas antagónicas y entrar en una nueva etapa de estabilidad política y mantenimiento del régimen.

En realidad, lo que le preocupa al gran elector es la participación electoral. Paradójicamente, la fuente de su poder es la capacidad de reelegirse continuamente, de actuar directamente sobre el sufragio, de controlar a su placer los resultados electorales.

Quizá también por eso últimamente su mayor preocupación, su verdadera preocupación —más, mucho más que el Tratado de Libre Comercio, el pago de la deuda o el control de la inflación—, es todo lo que tenga que ver con las votaciones y elecciones del país— aunque omita el tema en los discursos y entrevistas periodísticas y en privado haga la broma esa de llegar al año dos mil [...] Antes, ¿no a raíz de algún leve conflicto electoral —antes siempre eran leves— llegó a calificarlos de melindres frente a los problemas verdaderamente graves del país? ¿Será entonces que ya se cansó —los melindres se le han vuelto toda una representación— y hasta está dispuesto a que en las próximas elecciones presidenciales el pueblo elija libremente, como le insinuó al hombrecito ése, y por eso también prepara el terreno propicio: Baja California, Guanajuato, San Luis Potosí, Michoacán, además del arreglo que hizo con Chihuahua? El mero fondo, sólo él sabe. Pero bueno, uno se entera de algo quiera que no, estando todo el tiempo a su lado. Al candidato a gobernador por Chihuahua lo mandó llamar justo el día de las elecciones —después de que el pobre se había tomado muy en serio su campaña, hasta

¹⁴⁷ *Ibid.*, p. 44.

ternura me dio— y le dijo: tenemos que perder, no me importa lo que digan las urnas tenemos que aprender a perder y que los mexicanos sepan que estamos empezando a perder, que no somos eternos; además, sólo así podremos ganar en donde no podemos perder.¹⁴⁸

Lo anterior nos muestra varios niveles de la cultura política que exhibe Solares ya en estos momentos de la novela. Por un lado, que la cultura democrática y su expresión más visible, la electoral, ya se enquistaron en la acción democrática de la sociedad. Por otro lado, que el gran elector tiene conciencia de tal hecho y que en esta capacidad regenerativa opera de forma práctica para no perder lo que no se debe perder. Además en otra parte del texto, Solares expresa un sentimiento aspiracional, el cambio de régimen en el año 2000, como consecuencia de la experiencia vivida en 1988. Hoy en día podemos señalar, que Solares hace una adecuada lectura de las condiciones de su presente, detecta las pulsiones de los cambios políticos a futuro y hace una interpretación adecuada de los tiempos electorales. Sabe que menguar la capacidad de reelección por parte del gran elector es una tarea gradual, y que bajo las condiciones de la situación político-electoral de su presente, tal hecho tomaría todavía más tiempo.

A la mitad de la novela ya se trazó la esencia del perfil del gran elector y de los males que le aquejan. En este momento entra en escena el personaje incomodo que se muestra entre las multitudes que protestan fuera de Palacio Nacional y que el presidente observa desde su balcón: Francisco I. Madero.

El presidente un día observó al "hombrecito", como él lo llama, entre "petroleros, profesionistas, michoacanos, pescadores, tabasqueños, refresqueros", etc. que protestaban en la plancha del zócalo. El diálogo entre el presidente y su asistente apunta:

¹⁴⁸ *Ibid.*, pp. 45,46.

—¿Ves el tercer grupito de izquierda a derecha, cerca de la carpa anaranjada de los petroleros, Domínguez? Trae una manta que dice algo de "Agüichapan protesta".

—Más o menos, señor- cuando no está uno seguro de algo mejor confesarlo desde el principio porque si no luego resulta contraproducente.

—Al centro hay un hombre vestido de negro, sentado junto a la manta.

—Ah jijo, ése no alcanzo a verlo.

La pregunta me mareaba. Con esfuerzos lograba ubicar el grupo y la manta con las letras rojas, confundiéndose entre muchas otras, pero me resulta imposible distinguir a una persona en particular. ¿No son admirables a su edad los ojos del Señor Presidente, que ven lo que nadie más? Nomás por sus ojos me parece un predestinado de Dios.

—¿Ves la manta?

—La manta sí.

—Exactamente abajo, al centro.

—Hay varios al centro, señor -contesté con toda la pena del mundo.

—Pero el del mero mero centro, pendejo. ¿Estás ciego? Fíjate bien, trae hasta chaleco oscuro y contrasta con los trajes de manta de los campesinos como una mosca en la leche. ¿Ya lo viste?

—Ahora sí, señor -aunque más bien quería hacerme creer a mí mismo que lo había visto- Claro es notoria su diferencia.

—Averíguame quién es y por qué está ahí, pero sin molestarlo a él. Habla con la gente que lo acompaña. Quiero detalles, todos los detalles. Y enseguida.¹⁴⁹

Nuevamente, Solares ofrece ciertas coordenadas de interpretación dentro de la cultura política que expresa. Comienza por citar a un tercer grupo de izquierda a derecha. No está por demás obviar que representa los extremos ideológicos en el espectro político contemporáneo. En el tercer grupo, que representa el centro, se encuentra Madero: "el hombrecito". Pero este personaje que se encuentra, reitero, en el tercer grupo, no sólo se sitúa al centro sino en el "mero mero centro". Lo anterior permite dilucidar el posicionamiento solariano respecto al personaje y su significado en la cultura política que configura. Madero como símbolo de la democracia se posiciona al centro de la vida política sin importar los sesgos ideológicos. En este sentido, el centro da cabida a la izquierda y a la derecha política pero, además, aparece como la vía que permite no sólo la convivencia política, sino que representa el orden con el cual disminuirá el poder con el que se sostiene el gran elector. En las últimas líneas citadas, Solares expresa que no sólo su

¹⁴⁹ *Ibid.*, pp. 49,50.

importancia radica en su significado simbólico, sino también en el práctico, porque los que lo acompañan se encuentran contagiados y convencidos de que la democracia es el único orden posible para el cambio político en el país.¹⁵⁰ Por ello, el gran elector no quiere que lo molesten, no quiere darle importancia al fantasma de la democracia, quiere saber de él por medio de los hombres que le siguen y han sido afectados por su pensamiento. Quizá, esto representa el olvido de los valores democráticos maderistas como proyecto político de la revolución que abanderó ideológicamente los gobiernos priistas, y que ahora como praxis cívica se le presenta como uno de los grandes problemas por resolver.

Hay que considerar que Solares confiere un sentido de neutralidad al orden democrático para, posteriormente, dotarlo de un mayor contenido y, este contenido no lo limita al sufragio, sino que lo extiende a una democracia con justicia social. De allí que la democracia se encuentre al centro, pues se reivindica como una expresión de las libertades individuales por medio del voto, a la vez que se adjetiviza con un principio propio de la izquierda: la justicia social.¹⁵¹

¹⁵⁰ En este sentido podemos rescatar lo dicho por Soledad Loaeza: “La sociedad mexicana de finales del siglo XX dejó a un lado el conformismo y la pasividad que le fueron característicos durante casi toda la segunda posguerra. Estas actitudes cedieron el paso a la participación, la diversidad social se impuso al ideal de la homogeneidad nacionalista, así como el debate a la manufactura de unanimidades, el pluralismo a la democracia mayoritaria y los procesos electorales a la designación autoritaria de los gobernantes. Surgieron nuevos patrones de comportamiento político: las tasas de participación electoral aumentaron en forma significativa; también se extendió la convicción de que la oposición es un componente necesario de la democracia. En un tiempo relativamente breve los mexicanos desarrollaron el gusto por el debate, perdieron el miedo a la diferencia política y aceptaron sus divisiones internas como signo de la normalidad democrática, más que como una amenaza a la estabilidad o integridad nacional.”, Loaeza, 2010, *Op. cit.*, p. 28.

¹⁵¹ El orden democrático se convierte en una prioridad para diferentes sectores, y bajo este hilo conductor los diferentes grupos políticos de oposición centran sus demandas. Soledad Loaeza señala que: “La democratización mexicana tuvo sobre las identidades políticas el efecto de un prisma: descompuso sus perfiles diversos y puso al descubierto una nueva complejidad en la que los defensores de las tradiciones sociales promovían el cambio político adelantándose al futuro, mientras que los adalides de la sociedad progresista exigían la conservación de los usos y costumbres políticos del pasado en nombre de la tradición.”, *Ibid.*, p. 51. En este sentido la postura de Solares cobra mayor relevancia, pues se funde en una moral cristiana que no deja de lado posturas de izquierda que escapan a visiones tanto conservadoras como liberales de la política.

Los líderes de los movimientos democráticos que han enfrentado a los presidentes en turno a lo largo de la historia contemporánea, fueron perseguidos o eliminados de la arena política bajo los mecanismos propios de la violencia que ejerce. Sangre de vasconcelistas y quiñonistas se refieren en la obra.

En este caso, Solares presenta otra cara de la cultura política tan arraigada en el sistema político mexicano: la violencia como medio efectivo para la solución de los problemas políticos. El poder del gran elector deriva su capacidad coercitiva más que en su poder de reelección, en todo caso el primero sustenta al segundo. De forma dramática el autor narra la manera en que el sistema político opera a través de la utilización de la tortura como método eficaz para la obtención de información de sus adversarios. Tortura que ha llegado a grados admirables de sofisticación como medio efectivo de coacción. Desde la postura del gran elector, la tortura y el asesinato se muestran como medios efectivos para el rescate del país: un rescate de México de los propios mexicanos. El autoritarismo y su expresión más extrema, la violencia física, parecen justificar el fin último del sistema político: la estabilidad del país y el mantenimiento del régimen.

Por algún medio, Domínguez posee el cuadernillo de Madero, que lee detenidamente al presidente para averiguar las intenciones del mártir de la democracia. En el cuadernillo, Madero registra una serie de incidentes violentos que protagoniza el gobierno en contra de grupos democráticos durante el mandato del gran elector y que el secretario narra a su jefe. Nuevamente se retoman los incidentes que sufrieron los vasconcelistas y se agrega a la

narrativa el caso Juan Andrew Almazán, destacando el grado de violencia con la que fueran contenidos estos movimientos políticos, a sus líderes y seguidores.¹⁵²

La instrumentación y mantenimiento del sistema requiere de ciertos personajes que le permitan al gran elector el mantenimiento del régimen. Un actor y figura representativa que acompaña al gran elector y al sistema político en todos estos años, se representa en la persona de Gonzalo N. Santos.¹⁵³ El salvador de por lo menos tres períodos en el régimen posrevolucionario según la voz del presidente. En la obra se muestra como una pieza fundamental y característica del régimen, su figura se convierte en símbolo del autoritarismo y la violencia, un operador político parte del armazón del sistema. No solamente es un personaje clave del un periodo, sino que es el símbolo coercitivo y del miedo de los regímenes posrevolucionarios. Una figura que se construye y que opera bajo la impunidad absoluta. Esta figura se extiende hasta el presente de enunciación de la obra si consideramos el mito que se formó en la figura de Córdoba Montoya.¹⁵⁴ Bajo el auspicio

¹⁵² Los episodios históricos a los que se hace referencia, son las elecciones presidenciales de 1929 y 1940. En la primera, José Vasconcelos contienda por la presidencia de la República en contra Pascual Ortiz Rubio, el candidato de Plutarco Elías Calles. En la segunda, el general Juan Andreu Almazán, candidato por una coalición de partidos, compite ante el candidato oficialista el general Manuel Ávila Camacho. En ambas campañas, los candidatos y sus simpatizantes fueron agredidos violentamente durante y previo a las elecciones presidenciales.

¹⁵³ Político y militar potosino que luchó a favor de Francisco I, Madero. A la muerte de éste, se incorporó al ejército constitucionalista. Fue gobernador de San Luis Potosí (1943-1949), estado que controlaba desde 1939, convirtiéndose en uno de los caciques más importantes y violentos del país. Se considera uno de los operadores militares más importantes para el régimen instaurado por Calles. Las operaciones violentas en contra de los simpatizantes y candidatos Vasconcelos y Almazán se le atribuyen a él. Además, en las elecciones para gobernador de 1961 del estado que controlaba, impuso a un candidato de su simpatía en contra del Dr. Salvador Nava. El resultado fue una contienda muy cuestionada, el candidato oficial ganó las elecciones por medio de las operaciones violentas que caracterizaban a Gonzalo N. Santos. Para mayor información y en contraste con la leyenda negra que se formó véase, Gonzalo N. Santos, *Memorias. Una vida azarosa, novelesca y tormentosa*, Grijalbo, México, 1998.

¹⁵⁴ Político mexicano de origen francés, José Córdoba Montoya fue uno de los colaboradores más cercanos de Carlos Salinas de Gortari. Fue el jefe de los asesores de la presidencia. A este personaje se le atribuyen muchas de las operaciones políticas en contra de la disidencia dentro del partido oficial y fuera de ella. Para mayor referencia véase Héctor de Mauleón, "El asesinato de Luis Donaldo Colosio", *Nexos*, <http://www.nexos.com.mx/?p=15685> Además, en un tono periodístico un poco sensacionalista, se presenta un perfil de la figura de José Córdoba Montoya: <http://cronicas-de-spectator.blogspot.mx/2010/04/el-extrano-que-vino-de-francia.html>

de Carlos Salinas de Gortari, se convirtió en el principal operador político y se especula, estuvo detrás de la persecución y violencia política durante su mandato. La presencia de estas figuras resulta estratégica y navegan bajo un halo que se devela cuando resulta necesario para el régimen. El miedo se convierte en un freno para la acción política, sin embargo Solares sentencia y expone su postura vía Madero por medio de una frase que resulta significativa:

Y aquí pone el hombrecito una acotación: sólo una sociedad sin miedo, libre, digna y enterada puede ejercer plenamente el voto, porque quizá finalmente el problema del voto no es tanto de elección sino de conciencia.¹⁵⁵

Dicha frase expresa de forma relevante los aspectos en los que Solares piensa a la democracia, primero señala las condiciones en las que se debe encontrar la sociedad mexicana para instaurar el orden democrático, sin miedo, libre, digna y enterada. En otras palabras, una sociedad madura, una sociedad civil informada con la conciencia del significado real de la democracia que no se agota en las urnas, sino que se extiende en una serie de prácticas materiales y simbólicas de trascendencia mayor.

El diálogo entre Domínguez y el presidente motivado por los apuntes de Madero continúa reseñando pasajes de la historia en donde el Estado se torno violento en contra de los opositores: la matanzas en 1952, en 1968 y en 1971 se apuntan. Lo que Solares quiere resaltar es que la figura del gran elector opera del mismo modo independientemente del presidente que lo encarna a través de sus operadores políticos. Su *modus operandi* es el mismo y se justifica siempre a favor de la estabilidad del país y de los logros de la revolución. Una revolución que ante sus ojos no ha sido traicionada, entre otras cosas,

¹⁵⁵ Solares, 1993, *Op. cit.*, p. 71.

porque la revolución es él mismo, mientras que para los ojos de Madero todos sus ideales han sido violentados junto con los personajes políticos que han luchado a su favor.

Nuevamente, Solares fiel a sus intencionalidades trae el pasado para pensar, evaluar y sentenciar su presente. El referente histórico inmediato para cuestionar el papel del Estado y al gran elector en cuanto a la violación de los derechos políticos, son las elecciones de 1988. Este proceso electoral, desde la posición del autor, concentra las prácticas identificables del sistema político para el mantenimiento del poder. Además, reconoce a la capital del país, al igual que en otros pasados, como un bastión importante para el fomento del orden democrático. El personaje del presidente reafirma tal postura, ya que es bajo su voz en que se reconoce los diversos fraudes electorales y la importancia de la capital como promotora del cambio democrático.

Para este momento el autor comienza a manifestar de forma clara, su posicionamiento y su visión de lo acontecido en el proceso electoral de 1988. Solares expone, vía Madero, el fraude electoral haciendo patente el acarreo de votantes, robo de urnas, llenado de las mismas, el chantaje político, la intimidación, la compra y el robo del voto. Resulta importante la imagen que el autor trae a colación respecto a la suerte de los votos, que terminan por los ríos del país corriendo a la deriva y desembocando al mar. Un significado que en el imaginario social del periodo es compartido. Este hecho parece el culmen de algo que parece insostenible en un sistema que se pretende democrático y que la opinión pública no dejó pasar. Domínguez narra nuevamente lo que hay en el cuadernillo de Madero ante la réplica inmediata del señor presidente:

—"El seis de julio del ochenta y ocho representa, por fin -después de tantos años de adormecimiento- el resurgimiento del México inviolable, rebelde y participativo, que intuye su destino más allá de fluctuaciones fugaces de lo económico o de lo

político. ¡México va más allá de eso!" —otra vez lo del más allá, señor—. "¡No sólo de pan y política vive un pueblo!". Todo esto está lleno de signos de admiración.

—Tenía que ser. Es el fondo de su sueño: rebeldía, sacrificio, trascendencia de la política para acceder "a más altos planos del espíritu". En ese sentido su discurso de mil novecientos nueve en Orizaba es inefable: "Sólo la fe no hará libres. Estamos todos, desde siempre, en donde sin saberlo deberíamos haber estado, pero hay que ir más allá del yo, más allá del tiempo. Por eso es bueno que en esta reunión tan numerosa y netamente democrática, de entusiastas trabajadores mexicanos, demostréis al mundo entero que vosotros no queréis sólo pan, queréis por sobre todas las cosas libertad..." En fin, te estoy citando de memoria. ¿Qué te parece?

—Como para Fidel Velázquez. Continúo: "No importa que el fraude volviera a perpetuarse y la voluntad del pueblo fuera burlada. La semilla ha sido sembrada y habrá de germinar. La reforma política, habiéndola creado el mismo gobierno como una estrategia más de perpetuación, se le ha revertido y ha sido un ácido corrosivo del que no podrá reponerse. Es verdad, son muchas sus limitaciones (¿podrá haber sido de otra manera habiendo surgido de donde surgió?): un sistema electoral diseñado para mantener la hegemonía del partido oficial, con todos los caminos despejados para el fraude y la ilegalidad; una representatividad de partidos mañosa e injusta; un régimen legal de empadronamiento absurdo y obsoleto, etcétera.¹⁵⁶

Madero aparece como parte de la conciencia nacional que reconoce la trascendencia y el peso histórico de las elecciones del ochenta y ocho, pero más importante aún, es que su presencia reprueba el proceso electoral y sus resultados, legitimando la lucha democrática de la sociedad civil que ha tomado conciencia de lo que significa la democracia. Este momento electoral es reconocido como la manifestación que sintetiza las luchas democráticas de los diferentes sectores y en los diferentes periodos del país durante el mandato del gran elector. Este parteaguas histórico es para Solares, la muestra de que el régimen se encuentra en quiebra. Las expectativas a futuro auguran un sistema democrático en el cual el fantasma del fraude electoral no deja de estar presente, sin embargo puede ser contenido por la participación activa de la sociedad civil. Para el autor, aparece como la muestra categórica de que el partido oficial se encuentra desahuciado, gracias a los excesos del poder que en otros tiempos lo mantuvieron de pie. En este sentido

¹⁵⁶ *Ibid.*, pp. 86,87.

la sociedad enfrenta al Estado y al sistema político abortando la idea de la lucha armada y abanderando la lucha democrática organizada. Solares remata con la siguiente cita en el que Madero expone:

—"Derrotado en las casillas, recurrió a toda la gama de trampas que conoce, y que no son pocas (¿quién podría ganarle en cualquier otro lugar del mundo?). La expulsión descaradas de casillas a representantes de la oposición. Las brigadas de votantes falsos multiplicando el voto oficial. La inutilidad de la 'tinta indeleble'. La acción de 'auxiliares electorales' al servicio del partido oficial. La parcialidad o abierta complicidad de presidentes y funcionarios de los comités distritales en favor de las maniobras fraudulentas. Quedarán los cadáveres de Francisco Xavier Ovando y Román Gil Heráldez —colaboradores del PRD— mandados a asesinar impunemente por el gobierno [...]"¹⁵⁷

Si el gran elector se encuentra en un estado senil y enfermizo, ¿cómo pudo recurrir a todas las trampas para al final manipular los resultados electorales y mantenerse en el poder, o será esta la muestra de su decrepitud ya que recurrió a todas sus argucias conocidas y hasta las no conocidas hasta ese momento (la caída del sistema de cómputo) para mantener su dictadura perfecta? O bien ¿su senilidad radica en que no tiene la capacidad de ocultar el fraude electoral y contener el movimiento ciudadano, que lo orilló al final, a reformar el sistema electoral para dar muestra de la existencia de un cambio democrático del cual no está de acuerdo en una especie de concesión que en otros tiempos era impensable?

Estas son cuestiones que Solares pone sobre la mesa de discusión. Parece que son los últimos días del gran elector, por lo menos de como se le conoce. Se encuentra agotado y por más remedios "caseros" que se le suministren sólo son paliativos que no le van a permitir su regeneración.

Al gran elector le duele todo, sus funciones vitales se menguan, pero sobre todo su salud mental se encuentra afectada. Ve fantasmas. Madero y la democracia, a diferencia de otros

¹⁵⁷ *Ibid.*, p. 88.

tiempos, lo atormentan. El "hombrecito" para el final de la obra es inversamente proporcional a su tamaño en cuanto a su legado e influencia. En estos momentos, podemos decir, que el autor muestra una nueva cultura política en emergencia. La imbatibilidad del gran elector se encuentra en entredicho y ve la posibilidad como expectativa a un futuro, no muy lejano, su derrota oficial. Derrota que en el imaginario social fue un hecho en el convulso 1988.

El gran elector se muestra consciente de esto al grado que las explicaciones terrenales no le son suficientes y los lleva al terreno de lo espiritual. La salvación histórica se traduce en una salvación espiritual, pues el espíritu de Madero lo lleva a cuestionarse ello.

—¿O será que con tu silencio quieres darme a entender que yo soy lo de menos? Es posible. Pobre iluso, me arrego un mérito que no merezco. ¿Igualarme a ti? Cómo pude soñarlo. Tus altos ideales están por encima de un solo hombre —y en especial de un hombre como yo— y van más allá de este mundo miserable. Cuando haya desaparecido y me pudra en el olvido o en el despiadado juicio de la historia —¿qué seré?— una circunstancia irremediable, un accidente más, una coyuntura que se superó—, tú continuaras en lo mismo con tu halo permanente. Una y otra vez y siempre. Regresarás aquí, quizás a este mismo despacho, a mostrarles a otros la altivez de tu silencio, el desprecio a nuestra bajeza y nuestra abyección. Bah. ¿Quién te crees? Decías que en la otra vida hay varios planos astrales, como estrellas por habitar. ¿Por qué no te marchas a la más lejana y nos dejas en paz?¹⁵⁸

Al final de la obra, el presidente se enfrasca en un soliloquio en presencia del espíritu de Madero, que pretende justificar su actuar por más de setenta años. Una justificación que sólo sirve para sí mismo y su salvación ya que su supuesto interlocutor, lo ignora y compadece. El espíritu de Madero se mantiene mudo, como si cada razón expresada por éste sólo tuviera el efecto contrario condenándolo y hundiéndolo más en la sentencia histórica. Un sistema antidemocrático que se ejerce a favor de la estabilidad, la violencia como mecanismo para contener el caos, el mantenimiento del régimen político para salvar a los mexicanos de sí mismos, parecen ser frases que por el sólo hecho de ser enunciadas lo

¹⁵⁸ *Ibid.*, pp. 100,101.

desacreditan en una constante que denota la senilidad y la enfermedad del mandatario. Cada palabra construye una lápida que lo sepulta bajo los ojos de su contraparte simbólica y de la conciencia de una nueva ciudadanía emergida en 1988, o en todo caso construida durante tantos años. Al final la novela culmina con un acto por demás simbólico:

Tanto estuve preocupado por el Señor Presidente, que no me percaté: el hombrecito se había puesto de pie y movía la cabeza a los lados, con gesto compungido y los ojos muy rojos y llorosos. Así, con esa actitud de aflicción, avanzó unos pasos, se acercó lo más posible al Señor Presidente, lo miró fijamente como hipnotizándolo y por último le dio un beso -fugaz y pleno a la vez- en la mejilla. Fue tan intempestivo que ninguno de los dos -ni el Señor Presidente ni yo- alcanzamos a reaccionar. Yo hasta subí los puños y me acerqué un poco más a ellos, pero no había para qué: lo inofensivo del hombrecito era evidente y, bueno, un beso es algo que desconcierta y confunde a cualquiera. El Señor Presidente primero lo miró rarísimo, estremeciéndose y respirando hondo; luego sacudió la cabeza y echó el cuerpo hacia atrás cuando ya ni caso tenía. Entonces empezó a ganarle la risa, y siguió riéndose, como decía al principio de este informe, aun cuando el hombrecito se hubo marchado.¹⁵⁹

3. El Gran elector en quiebre: una expresión dominante de la cultura política

En agosto del mismo año de la publicación de la novela, el poeta Javier Sicilia, en una reseña crítica, comenta los trabajos históricos de Ignacio Solares:

Los cinco años que van de *Madero, el otro* a *El gran elector*, son en este sentido un espacio cuya extensión alberga un mismo misterio cuyo centro obsesivo es la libertad, la ética y la democracia. Pero este centro no aparece en el universo de Solares como puro cuerpo político, sino como lugar en el que una realidad espiritual, ubicada en el transmundo, pero impresa en el alma de los hombres, se confronta con el acontecer histórico y una libertad sin referentes éticos que la niega. El cuerpo político deja de ser entonces una pura materia orgánica, corroída por tumores sociales, gangrenas históricas y purulentas corrupciones, para convertirse en un cuerpo complejo en donde la negación del universo del alma es el origen de su enfermedad.¹⁶⁰

¹⁵⁹ *Ibid.*, p. 113.

¹⁶⁰ Javier Sicilia, "La teología civil de Ignacio Solares", en *La Jornada Semanal*, número 220, 29 de agosto de 1993, p. 40.

La lectura de Sicilia nos ubica en el espacio en el que se encuentran contenidas las esferas temáticas que aborda Solares. Sin embargo, para los objetivos que persigo, hay que graduar y ubicar la constelación narrativa de nuestro autor en el universo de la cultura política. Para ello se consideró hacer una lectura en donde el hilo conductor de las obras solarianas debe de ser la esfera política, desde donde emergen ciertas representaciones simbólicas que le dan sentido a las interpretaciones del pasado y los personajes históricos. No podemos dejar de atender y resaltar la esfera espiritual que Solares le imprime a sus obras, pero ésta debe de ser abordada desde la política porque le dar un sentido trascendental a esta esfera del quehacer humano.

En este sentido, consideramos que *El gran elector* es el trabajo de Solares que de forma explícita asume una postura y crítica del sistema político. Sus textos van graduando la esfera espiritual y la crítica política. Si observamos a *Madero, el otro*, compartimos la idea de Sicilia respecto a la idea de que el gran mal de la política mexicana radica en que exenta las cuestiones morales a favor de una practicidad política que llevan a la derrota de los ideales maderistas sobre la democracia. Si del mismo modo observamos el último texto analizado en este capítulo, nos daremos cuenta que esta crítica la da casi por hecho, porque existe un diálogo intertextual con la primera novela y se enfoca en representar al ejecutivo, al sistema político y a cuestionar los excesos del poder que le ha permitido mantener al régimen dominante posrevolucionario.

Por ello, es importante rescatar la idea de una teología civil solariana a la que hace referencia Sicilia, que pone como primer referente lo espiritual al inicio de su constelación narrativa, para posteriormente aumentar la graduación hacia la crítica de la praxis política y la participación ciudadana como método infalible en contra del autoritarismo y el poder del

gran elector. Por lo tanto, la primera representación de Madero y sus ideales se basan en una concepción más espiritual de la política, una concepción católica heterodoxa señala Sicilia: “Solares ha hecho de Madero un Cristo civil.” Mientras que en el último texto la representación de Madero, sin dejar de lado lo espiritual, se centra en la imagen de un actor social que sentencia la realidad política y reconoce la toma de conciencia de la sociedad civil para ejercer sus derechos políticos por medio del voto y la defensa del mismo.

Pero sin duda este es el primer paso para el Madero de Solares, el ejercicio del sufragio, después la toma de conciencia de que la democracia es parte de la ética de la vida humana que llevará a los hombres a un estado de gracia, sin las contradicciones que la libertad le podría acarrear. Las obras de Solares van de lo espiritual a lo terrenal y/o de lo terrenal a lo espiritual de manera cíclica, en dónde lo político se enlaza por medio de una moral cristiana.

Al final de la novela de *El gran elector*, en unas notas que presenta como apéndice, Solares hace mención del referente literario con el cual construye la imagen del gran elector y la relación que tiene con Madero y que Sicilia retoma en su reseña crítica:

Esta novela de la que Solares ha hecho también una versión para teatro, es una paráfrasis de “El gran inquisidor”, capítulo que Dostoievski intercala en su novela *Los hermanos Karamazov*. “El gran inquisidor” es una alegoría que Iván cuenta a su hermano Aliosha para mostrarle que la iglesia ha traicionado a Cristo. En ella, Cristo desciende un momento, durante el siglo XVI, a Sevilla, para mezclarse con el pueblo que padece y sufre. Llega a la plaza en donde han sido quemados “cerca de cien herejes” [...] En ese momento pasa por la plaza el cardenal, inquisidor mayor, un anciano de cerca 90 años. Lo mira y manda a aprenderlo.

En un calabozo del edificio del Santo Tribunal, el inquisidor lo interroga. Cristo, como ante Pilatos, semejante al Madero que se enfrenta a Calles en *El Jefe máximo*, no responde [al igual que en *El gran elector*]. Es el propio inquisidor

quien en un largo monólogo interroga y responde por Cristo [...] Después de otras largas y espeluznantes justificaciones lo envía a la hoguera.¹⁶¹

La construcción de la trama y de los personajes en *El gran elector* sigue el arquetipo de “El gran inquisidor”. Una de las diferencias significativas es que a diferencia del Cristo quemado en la hoguera, Madero se despide y se esfuma de la presencia del presidente. Lo anterior resulta importante en el sentido que el símbolo de Madero y sus ideales siguen y seguirán presentes para atormentar al gran elector. Gracias a la toma de conciencia de la ciudadanía Madero continúa vivo. La traición que por tantos años han hecho los regímenes posrevolucionarios y sus representantes ejecutivos a los preceptos maderistas, son revividos y abanderados por una sociedad civil que ha llegado a otro estadio.

Retomando el final de la novela, Madero se despide del presidente con un beso en su mejilla, el primero se encuentra en un estado de locura provocado por la presencia de la máxima figura histórica de la democracia. Sicilia señala al respecto:

Ese beso es un signo y una doble declaración. Es el signo invertido del beso de Judas, y la declaración del perdón y de la verdad. Porque ésta, a diferencia de todo el discurso con el que el gran elector busca justificar su cinismo político, no es, y ésta es la declaración del piadoso y conmovido silencio con el que Madero los recibe, un ruido en la boca, un discurso, sino el amor que une las diferencias y concilia los opuestos.¹⁶²

Amplíemos la interpretación en los términos de la cultura política e interpretemos ese beso no sólo como lo hace Sicilia; ese beso sí es un beso piadoso, pero el que se le da al desahuciado. Las expectativas de Solares ante la realidad que vive y critica es la que ve en un futuro no muy lejano, la caída del sistema político tal y como lo conoce. Reconoce en la novela a un presidente que representa al sistema político, enfermo de gravedad. Su diagnóstico se basa en las elecciones del ochenta y ocho y la participación ciudadana. En

¹⁶¹ *Ibid.*, p. 43.

¹⁶² *Ibid.*, p. 44.

los términos de la cultura política se expresa un sentimiento de desaprobación hacía la estructura política imperante y se manifiesta la ilusión de su caída. La especulación de la muerte del presidente se ve como una realidad más cercana a pesar de la larga espera de más de sesenta años. De allí la ilusión y la expectativa hacia el futuro. Una interpretación distinta de lo que simboliza este beso, es la de Renato Prada Oropeza que también cabe en los términos de la cultura política:

El círculo del poder absurdo, omnipotente en su capricho, sólo puede ser derrotado por esa actitud de entrega absoluta, que simboliza el beso al traidor, a una causa vital para un pueblo digno, que tenga el decoro de decidir por sí mismo no sólo su forma de gobierno y leyes, sino de afirmar su idiosincrasia, su lealtad a la tradición que le dio origen, que debe afirmarla y hacerla motor de su historia, de los cambios del reto del tiempo y de la situación político-social imponen.¹⁶³

Solares fusiona los diferentes horizontes en su obra: presenta un pasado desmoralizante por los excesos del poder que se reflejan en una actitud autoritaria, violenta y corrupta del régimen; observa un presente en el que se ha tomado conciencia y se ejerce la participación activa de la sociedad civil; por último tiene la expectativa de un futuro en donde la práctica de los valores democráticos dominarán permitiendo el cambio en la estructura y el sistema político mexicano, en una visión, hasta por momentos, escatológica del porvenir. Por lo tanto, las obras de Solares nos permiten observar la historicidad en la constitución de la cultura política que expresa en base a un pasado político que cuestiona y critica, un presente en el que pretende influir desde el cual reflexiona este pasado y agrega un futuro que le parece alentador.

4. Los componentes prefigurados en la cultura política de las obras solarianas

Para finalizar el análisis de la cultura política expresada en las obras de Solares se analiza bajo qué tipos de relatos y estructuras narrativas se sustentan. Es decir, cómo estructura la

¹⁶³ Prada, 2003, *Op. cit.*, p. 304.

trama, construye, presenta y representa a los actores y los hechos del pasado en una historia literaria de ficción con elementos prefigurados que forman una unidad de sentido y, que muestra las expectativas que tiene el autor con respecto a su realidad política. Establecido esto, permite explicar cómo se configura la cultura política de Solares, a través de elementos metahistóricos que muestran las finalidades ético-políticas y los significados histórico-políticos en las obras.

Para analizar la estructura narrativa que contiene los significados culturales sobre la política de Solares utilizo la propuesta de Hayden White de los modos de explicación por la trama y de explicación por implicación ideológica. Quiero ser muy cauto al respecto, pues el trabajo de White se enfoca en el análisis de trabajos de grandes pensadores del siglo XIX y no de relatos históricos de finales de siglo XX. Además su trabajo es de corte estructural, pero lo que se puede aportar con la inclusión de este enfoque, es presentar la trama como vehículo que contiene las formulaciones culturales sobre la política y así, poder analizar el “régimen de historicidad” en el que se fundamenta la conciencia histórica de Solares.

Este autor precisa que: “Se llama explicación por la trama a la que da el ‘significado’ de un relato mediante la identificación del *tipo de relato* que se ha narrado”.¹⁶⁴ Son cuatro los modos arquetipos que White establece para su análisis: el romance, la tragedia, la comedia y la sátira.

Aunque el autor hace un análisis sobre textos de corte histórico en el siglo XIX, no exenta la imaginación creativa como elemento propio del historiador. En el caso de la novela histórica, se puede utilizar sus formas de explicación ya que la manera de tramar los

¹⁶⁴ Hayden White, *Metahistoria*, FCE, México, 2002, p. 18.

hechos históricos pretenden tener un efecto sobre la interpretación del pasado y el presente de enunciación.

Para las tres novelas es posible elaborar una serie de combinaciones de explicación por la trama. El carácter posmoderno de la novela solariana le permitió al autor provocar diferentes efectos explicativos según los personajes y el papel que éstos juegan con respecto a la realidad histórico-social que construye. En las obras se ubican una o dos formas de tramar las historias. En el caso de *El jefe máximo*, la pieza se trama de forma trágica y satírica a la vez, o en todo caso, se encuentra entre la frontera de las dos. Estas formas de tramar son entendidas como:

[...] la sátira, [...] es, en realidad, un drama de desgarramiento, un drama dominado por el temor de que finalmente el hombre sea el prisionero del mundo antes que su amo, y por el reconocimiento de que, en último análisis, la conciencia y la voluntad humanas son siempre inadecuadas para la tarea de derrotar definitivamente a la fuerza oscura de la muerte, que es el enemigo irreconciliable del hombre.

[En la tragedia] la caída del protagonista y la conmoción del mundo en el que habita que ocurre al final de la obra trágica no son vistas como totalmente amenazantes para quienes sobreviven a la prueba agónica. Para los espectadores de la contienda ha habido una ganancia de conciencia. Y se considera que esa ganancia consiste en la epifanía de la ley que gobierna la existencia humana, provocada por los esfuerzos del protagonista contra el mundo.¹⁶⁵

En la obra referida, el personaje principal, Plutarco Elías Calles, al final se encuentra en un vacío existencial, derrotado por su condición de humano despojado de todo poder, del poder político, del poder sobre sí mismo y ante el temor de la muerte que es inevitable. No le queda ni su condición de ser social, pues nadie lo acompaña y sin la investidura presidencial o de jefe máximo se encuentra olvidado, inexistente ante la colectividad. Sin embargo, la intervención del padre Pro y su caracterización de Francisco I. Madero permite que haya una ganancia de conciencia a partir de la sentencia que se le hace al protagónico.

¹⁶⁵ *Ibid.*, pp. 19-20.

En la novela, el padre Pro representa a la sociedad misma, que cuestiona el modo en que ejerció el poder el jefe máximo. Esta operación, que consiste en el hecho de evaluar y criticar el mandato del personaje, se realiza como un acto reflexivo que evidencia la toma de conciencia de una sociedad que está harta de estos tipos de actores políticos.

En el caso de la novela *Madero, el otro*, existen dos formas de tramar la historia de acuerdo al Madero al que se haga referencia: una de forma romance y otra que corresponde a la tragedia. La explicación por la trama romance es entendida:

[...] fundamentalmente un drama de autoidentificación simbolizado por la trascendencia del héroe del mundo de la experiencia, su victoria sobre éste y su liberación final de este mundo, el tipo de drama asociado con la leyenda del Santo Grial o con la resurrección de Cristo en la mitología cristiana. Es un drama del triunfo del bien sobre el mal, de la virtud sobre el vicio, de la luz sobre las tinieblas, y de trascendencia última del hombre sobre el mundo en que fue aprisionado por la caída.¹⁶⁶

El caso del Madero embargado por su aspecto más mundano y profano, envuelto en un mundo gobernado por los intereses más mezquinos de los hombres, termina derrotado por las condiciones que parecen inalterables y eternas. La lucha por el poder político y militar resulta un aspecto del ser humano que el Madero vivo no puede sortear, por lo menos de manera favorable a pesar de su victoria momentánea. La vorágine de la violencia y de las contradicciones del hombre son aspectos desfavorables para sus intenciones democratizadoras. Sin embargo, esta trama se lleva a la par del modo romance, ya que el otro Madero trasciende por sus ideales democratizadores que pretenden liberar al hombre de sus condiciones de esclavitud mental. Es su legado y su martirio el que le permite al héroe la liberación final de este mundo a grados apoteósicos. Este Madero es el “Cristo civil” del que habla Sicilia, por su construcción de apóstol y mártir de la democracia. El

¹⁶⁶ *Ibid.*, p. 19.

Madero omnisciente lleva su victoria sobre los hombres y la sociedad de manera trascendental, liberándose de las ataduras de lo mundano. Pertenece al espíritu rector de los hombres, que en cada periodo de crisis aparece para mostrar el camino que libera a la humanidad.

En *El gran elector* la configuración por modo de tramar resulta también compleja ya que esta depende del agente-personaje al cual se haga referencia y del final que se le augura en el futuro inmediato o a mediano plazo. Aquí se combina los modos tragedia y sátira. Nuevamente como en *El jefe máximo*, el presidente como actor político, como personaje en su condición de senilidad, se encuentra derrotado ante su eminente muerte, ante una caída que parece inevitable y que abre la posibilidad, ante su final, de permitir otro orden del mundo político de los hombres. Así, encontramos elementos de la trama trágica cuando se hace referencia al futuro que se le augura al orden social a partir del cumplimiento de la ley y el ejercicio de los derechos políticos. Se manifiesta la sociedad civil como actor que participa activamente en el cambio democrático y al mismo tiempo es el receptor de este cambio. Se presenta como un sujeto que reconciliará el mundo social, que armoniza el orden político por medio de la concientización de sus derechos civiles y la práctica de ellos en un mundo en el que se modifican los elementos a favor de la colectividad. Todo ello mediado por la figura de Madero que en su trama romance, previamente establecida en otra obra, sustenta la toma de conciencia ciudadana a partir de su legado y mensaje que ha afectado a la sociedad.

El modo comedia no es un modo en el que trama Solares sus historias, porque el ánimo festivo aparece muy poco en las novelas y la reconciliación de las contradicciones de los

mundos social y natural es prácticamente nula.¹⁶⁷ Sin embargo, existen episodios donde aparecen las condiciones propias de este modo sin ser significativas para tratarlo así. Las ocasiones festivas en los procesos electorales en *Madero, el otro* y el de 1988 referido en *El gran elector* son un ejemplo de ello, pero a la postre el ánimo festivo se nubla por la victoria parcial de las fuerzas antidemocráticas representadas por los personajes que simbolizan al sistema político imperante.

Otro de los modos explicativos a los que White alude es el modo por explicación ideológica, modo que resulta pertinente para observar hacia dónde está dirigida la cultura política que Solares expresa. White señala que:

Las dimensiones ideológicas de una relación histórica reflejan el elemento ético en la asunción por el historiador de una posición particular sobre el problema de la naturaleza del conocimiento histórico y las implicaciones que pueden derivarse del estudio de acontecimientos pasados para la comprensión de los hechos presentes. Con el término “ideología” quiero decir un conjunto de prescripciones para tomar posición en el mundo presente de la praxis social y actuar sobre él (ya sea para cambiar el mundo o para mantenerlo en su estado actual) [...] ¹⁶⁸

White distingue cuatro tipos de posiciones metapolíticas: anarquista, conservador, radical y liberal.¹⁶⁹ Estos tipos gradúan el nivel de “deseabilidad de mantener o cambiar el *statu quo* social”, señalar los medios para lograr lo anterior, así como las “orientaciones temporales”

¹⁶⁷ White define el modo comedia como: “En la comedia se mantiene la esperanza de un triunfo provisional sobre su mundo por medio de la perspectiva de ocasionales *reconciliaciones* de las fuerzas en juego en los mundos social y natural. Tales reconciliaciones están simbolizadas en las ocasiones festivas en que el escritor cómico tradicionalmente utiliza para terminar sus dramáticos relatos de cambio y transformación.” *Ibid.*, p. 20.

¹⁶⁸ *Ibid.*, p. 32.

¹⁶⁹ White sigue el modelo de Mannheim para caracterizar y diferenciar los tipos de posiciones políticas: “los conservadores tienden a ver el cambio social a través de la analogía de graduaciones de tipo vegetal, mientras que los liberales (al menos los liberales del siglo XIX) se inclinan a verlo a través de la analogía de ajustes, de “afinaciones” de un mecanismo. En ambas ideologías la estructura fundamental de la sociedad es considerada como sólida, y hay algún cambio que parece como inevitable, pero se considera que el cambio mismo es más eficaz cuando cambian partes particulares de la totalidad, antes que *relaciones estructurales*. Sin embargo, radicales y anarquistas creen en la necesidad de transformaciones estructurales, los primeros con el fin de reconstruir la sociedad sobre nuevas bases, los segundos con el objeto de abolir la “sociedad” y sustituirla por una “comunidad” de individuos que se mantengan unidos por un sentimiento compartido de su “humanidad común”. *Ibid.*, p. 34.

en donde están sustentados dichos anhelos (pasado, presente o futuro). Los modos por explicación ideológica en las obras de Solares se encuentran enmarcados en las posiciones liberal y radical aunque son modos que se presentan contradictorios. Todo esto depende del significado del sistema político mexicano que se maneje, así como del nivel de efectividad que tiene el marco legal que norma la vida institucional del país como reflejo de la “realidad” política en las obras.

El modo liberal favorece “el ritmo llamado social del debate parlamentario, o de los procesos educativos y contiendas electorales entre partidos comprometidos a la observancia de leyes de gobierno establecidas”. En este sentido, los cambios que augura y tiene como expectativa Solares, son los que se encuentran sustentados en una estructura y sistema democrático ya establecido. Además, se remite a una sociedad ya consciente y educada en las normas de convivencia política formal, aunque existan desajustes entre las condiciones jurídicas y la dinámica social. Por lo tanto, la estructura jurídica es adecuada para el sistema político y no hace falta más que una reforma que permita tener mayor control de la esfera electoral para poder, ahora sí tener una vida democrática. Afinar las partes como necesidad urgente para que el mecanismo funcione es una tendencia que se esfuerza por lograr la congruencia política tomando como base una estructura ya preestablecida.

Por otro lado, el modo radical se sustenta en una visión utópica que; sin embargo, se observa como “inminente” y que el cambio se debe realizar en el presente, en el ahora de las expectativas. Este cambio tiene que modificar la estructura imperante, para lograr un nuevo comienzo en el cual los hombres se deban gobernar bajo nuevas formas de convivencia, en este caso políticas. Si se remite a las figuras del jefe máximo y del gran elector como representaciones del sistema político, éstas deben ser abolidas para lograr una

mayor trascendencia social. La imagen del sistema político como una “dictadura perfecta”, dominada por un solo personaje sustentado en el poder que le confiere la investidura presidencial, es una estructura de poder que tiene que ser abolida y, en consecuencia, es su anulación del principio de un nuevo orden.

Estas son las razones para argumentar que dichos modos se observan en la postura solariana. Si se amplía la interpretación aún más, se puede sostener que lo que expresa discursivamente las obras de Solares se puede reducir, empatando los dos modos ideológicos, en la necesidad de hacer efectivos los derechos democráticos que en lo formal existían pero que, sin embargo, en la dinámica política todavía se veía como una utopía a alcanzar hasta la caída del sistema político dominante.

El efecto explicativo que logra Solares con la manera de tramar las historias y la prefiguración ideológica, es el resultado de una conciencia histórica que reconfigura los significados de los personajes y los hechos históricos en su presente, para mostrar las nuevas dinámicas sociales así como la toma de conciencia de una sociedad que finca sus expectativas en el cambio del sistema político.

Todo lo dicho, conduce a reflexionar en torno al régimen de historicidad que Solares configura en sus trabajos y que explican, en parte, la conformación de la cultura política que expone. Para enmarcar y explicar este régimen se utiliza la propuesta de François Hartog, que sobre este punto señala que:

[Los regímenes] están allí como metáforas, evocando dominios algo diferentes pero que tienen al menos en común el organizarse alrededor de las nociones de más o de menos, grado, mezcla, compuesto y equilibrio siempre provisional o inestable.

Un régimen de historicidad sólo es una manera de engranar pasado presente y futuro o de componer una mixtura de tres categorías [...]¹⁷⁰

El régimen de historicidad de Solares se teje al menos en dos planos: el que contienen las obras en sí y las del horizonte de enunciación que; sin embargo, se traslapan con la conciencia temporal en la que fluye su experiencia narrativa. Para explicar esto último, es necesario remitirse a la obra *El gran elector*, porque es en ella que el engranaje de las temporalidades cobra una configuración especial.

Solares dilata el presente, lo que le permite contener el pasado y exponer su perspectiva sobre futuro como un acto reflexivo. La figura del gran elector, la representación del sistema político, así como las expresiones civiles de descontento y participación y el proceso electoral de 1988 son el presente político: “el presente del presente” en el cual centra su atención. El presente político y social necesita del pasado en el presente, porque es en ese tiempo en donde acontece toda la trama. Para ello, se vale de la figura de Madero y de la memoria de los postulados maderistas, que trae al presente del gran elector como fantasmas históricos que lo cuestionan. Esta memoria, por un lado, es la historia oficializada en la cual se cimentó la ideología de la revolución pero que se olvidó, gracias al proyecto de nación que los regímenes posrevolucionarios proyectaron para el país. Ideales que en el discurso se rememoran pero que, en la praxis política, era letra muerta. Por otro lado, es la memoria de lo que se omitió en la historiografía dominante y que el autor completó por medio de la ficción narrativa para dar mayor contenido a los postulados maderistas. En este sentido, la memoria del pasado revolucionario resulta aleccionadora en el presente de enunciación de la obra.

¹⁷⁰ François Hartog, *Regímenes de Historicidad*, Universidad Iberoamericana, México, 2007, p. 15.

En cuanto al presente del futuro, el porvenir solariano vaticina la caída del sistema político presente a través de los acontecimientos que experimenta en su actualidad. Atento a las condiciones de su presente se mantiene a la espera del cambio tanto gradual como radical. Este futuro no se observa lejano, lo acarrea a su presente, o en otras palabras, lo acerca a su horizonte actual, lo ve como algo inminente en el aquí y ahora de su presente. Por esto, el modo de tramar por implicación ideológica se muestra de modo liberal y radical. Las condiciones estructurales jurídicas del sistema político que permiten un orden democrático existen, sólo basta afinarlas y hacerlas efectivas y así esperar la caída del sistema presidencialista de manera drástica, ya que la conciencia ciudadana ha cambiado su relación con las figuras de poder autoritarias.

El modo que Hartog señala sobre el régimen de historicidad ordenado desde el presente, es aplicable parcialmente en las obras de Solares, sí se entienden como: “memoria (presente del pasado), la atención (presente del presente) y la espera (presente del futuro)”.¹⁷¹

Pero pensar que el presente dilatado, como régimen de historicidad, en las obras de Solares caiga en un presentismo, parece un error de interpretación que hay que sortear. Si el presentismo es el “presente omnipresente” que como se ha argumentado, todo contenido en su dilatación, el pasado queda reducido como categoría explicativa del mismo presente.

Creo que la mixtura, que pone como categoría explicativa de la realidad presente al pasado es de suma relevancia. Aquí el modo sería la que se configura como “el pasado del presente”. Es el pasado revolucionario, bajo el legado ya preestablecido del maderismo, el que cobra relevancia. Por ello, las obras solarianas que critican su realidad se sustentan en la mirada hacia el pasado, no sólo la de la memoria, sino también, de un pasado ya

¹⁷¹ *Ibid.*, p. 16.

establecido y compartido: de una historia revolucionaria. Recuperar la historia revolucionaria o la parte sustantiva para el autor de esta historia en base a Madero, lo que pretende es ponerla en vigencia, bajo un horizonte que parece propicio para su resignificación.

Además, Solares hace uso de las formas arquetípicas del héroe y mártir para construir a Madero en una de sus facetas en la novela *Madero, el otro*. Este Madero resulta un modelo ético y moral a reproducir. En este sentido, es el pasado maderista o una versión de este pasado, el que se tiene que recuperar y, por su parte, los actores políticos deben emular para lograr el orden ideal. El tiempo del héroe y del mártir, en este caso el de Madero, es un tiempo sustentado en un pasado mítico, que se encuentra en una especie de anacronismo, pues su tiempo son todos los tiempos de la humanidad. El orden mítico recorre de forma cíclica todos los tiempos con la función motora de crear y justificar identidades, los órdenes establecidos y el restablecimiento de una pasado ideal en el futuro, pero es el pasado desde dónde opera la sujeción de los otros tiempos. El Madero apoteósico de Solares es el encargado de reestructurar este orden.

Por lo mismo, Solares no encuentra mayor referente de interpretación de los fenómenos y acontecimientos de su presente, que los que encuentra en el pasado revolucionario. Para el autor, la historia es ese tribunal desde donde se enjuicia, desde donde se establece unidades de sentido con las que evalúa la realidad presente y las expectativas a futuro.

La cultura política expresada en las obras de Solares se encuentra fuertemente organizada en simbolismos, principios y valores prefigurados del pasado histórico que logran una activación, si se quiere novedosa por las operaciones literarias, en un presente que dilata en

el acto narrativo. Al mismo tiempo, dicha cultura política, se encuentra en cambio bajo las nuevas dinámicas político-sociales de su realidad presente, creando una urdimbre simbólica que significa la esfera política bajo nuevos modos de relación entre la sociedad y las figuras de poder.

Conclusiones

En el primer capítulo analicé la figura del intelectual como un productor de bienes simbólicos que, a través de ellos, expresa parte de la cultura política de su horizonte político-social en base al paradigma del intelectual al que se sujetan. En consecuencia, abordé las figuras del intelectual comprometido y del intelectual independiente que dominaron las discusiones de principios de los años setenta, teniendo como eje la definición de la categoría intelectual en voz de Gabriel Zaid. Para ello, propuse un marco teórico-conceptual de la cultura política desde la historia cultural y la antropología social. Lo anterior permitió construir un entramado de relaciones entre el intelectual como actor social, sus producciones literarias y el vínculo, en diferentes graduaciones, con el colectivo social y el sistema político.

De acuerdo a los dos paradigmas de intelectual ¿en cuál ubicamos Solares a partir de su producción literaria y su participación en la prensa, considerando la propia historicidad del actor social conocido como intelectual y de la conciencia histórica con la que construye sus representaciones sobre la política?

Los paradigmas del intelectual independiente y comprometido, como modelos ideales, resultan coordinadas necesarias para entenderlo. Presenta características de ambos y en ciertos momentos uno domina al otro. En una entrevista publicada en la página del Instituto Nacional de Bellas Artes, Solares declaró:

Yo creo que la literatura no tiene función social y quizá no sirve para nada; por eso y por lo mismo es un acto esencialmente espiritual. Quizás esta actividad tiene que ver con la idea junguiana del inconsciente colectivo y quizá de veras el escritor está

cumpliendo con una función que no sabe, porque está jalando cosas que están por ahí en el ambiente. La verdad es que mientras haya temas hay esperanza. Ya que no podemos cambiar de país hay que quedarnos aquí para ver qué sucede.¹⁷²

Si nos centramos en el primer enunciado, el autor se encuentra en el espectro del escritor independiente. Aquel que defiende la idea de la universalidad del pensamiento, ajeno al compromiso con cualquier fuerza social o política para enunciar su posicionamiento y, además, las producciones no tienen efecto en estas esferas según su posición. ¿Pero, entonces qué función está cumpliendo este escritor si seguimos su segundo enunciado? En su caso, poner a disposición del colectivo social construcciones simbólicas formuladas a partir de lo que se encuentra “por ahí en el ambiente”: la cultura política de la sociedad mexicana. Pero ello no le da el carácter de intelectual del que habla Zaid. ¿Entonces qué se lo otorga? Primero, la construcción de “espejos, mapas, brújulas, sextantes, anteojos verbales, para orientarse en la realidad” que sirven a los demás para comprender y significarla. Segundo, y que sustenta a la primera condición pues sin ella seguiríamos en las coordenadas del escritor y no del intelectual, su participación en la prensa cultural con opiniones políticas que tienen impacto como referentes de interpretación de la realidad. En efecto, Solares vierte opiniones sobre la esfera política que son compatibles con identidades colectivas sustentadas en una cultura política democrática. Además, critica a partidos políticos, expresa su simpatía sobre candidatos de izquierda y se aventura a vaticinar el futuro político del país desde la prensa.

Hay que tener presente que las obras de Solares, tanto dramatúrgicas como noveladas, son enunciadas en coyunturas políticas importantes en el país. En 1989, *Madero, el otro* hace repensar a la democracia desde los principios dominantes del momento y agrega otros

¹⁷² *Apud.*, Norberto Castro, *El Madero transfigurado. Revisión historiográfica de las representaciones noveladas*, Tesis para obtener el grado en Maestría en Historiografía de la UAM-A, México, 2008, p. 151.

términos éticos que la complejizan. A mediados del sexenio salinista *El jefe máximo* como obra de teatro y *El gran elector* como obra teatral y novela, son presentados cuando el ejecutivo concentraba el poder político autoritariamente, además de contar con la aprobación y legitimidad de un sector importante del país, sin dejar de destacar que Octavio Paz le otorgaba un gran reconocimiento. Solares pone en vigencia la novela *El jefe máximo* cuando recobra sentido al final del sexenio calderonista y advierte de las consecuencias del regreso del PRI y su candidato en las elecciones siguientes.

Regreso a la interpretación del párrafo citado. En éste, el autor expresa una resignación si consideramos que los cambios políticos no fueron compatibles con sus simpatías partidistas de izquierda y que la alternancia política auguraba algo mejor de lo que se presentó después del año 2000. O bien, se puede leer como una falsa resignación, considerando el efecto que puedo ocasionar al perfil del lector de sus obras. En todo caso, el autor muestra facetas que aparentan una contradicción; tanto abona el terreno de la crítica política por medio de la prensa pero niega el poder transformador de la literatura, y por lo tanto, del peso que como escritor puede tener en lo social. Sin embargo, esta contradicción se subsana, si se considera que estas dos facetas en realidad son complementarias: el escritor se configura en intelectual al expresar opiniones político-sociales que se presentan como referentes de interpretación de sus obras y que por lo tanto, afectan la esfera de lo colectivo, mostrándose como parte del tribunal de lo público.

Las obras del autor, seguidas de sus declaraciones, sí lo vinculan en el terreno de lo político-social, creando una relación con el colectivo por lo oportuno de su crítica dentro del horizonte de experiencia. A pesar de no ser un escritor que en el día a día se presente como el creador de espejos, los que crea, tienen una fuerza significativa. En este sentido,

Solares se nos muestra como un *intelectual coyuntural*, un intelectual que se “carga” de lo que hay en el ambiente social y político, para presentarse con el binomio obras-declaraciones, como esa conciencia pública de la que habla Zaid; pone en terreno asequible sus productos literarios y simbólicos como asuntos de lo público, para una sociedad que busca las voces en las cuales reconocer sus demandas y malestar.

En el terreno de sus novelas históricas, como espacios de la representación y reconfiguración simbólica de la esfera política, concluyo el análisis remitiendo a las posturas de Keith Michael Baker, Roger Chartier y Roberto Varela sobre la cultura política.

El primero señala la existencia de demandas de una clase, sector o grupo hacia otros que se encuentran arriba de la pirámide social, y son los términos y los significados de éstas en la que se encuentra expresada la cultura política de un horizonte dado. Solares opera bajo esta forma considerando primero: la construcción de la figura histórica y novelada del jefe máximo, como personaje que concentra el poder y que gobierna bajo modos personales caracterizados por el perfil psicológico del mandatario; dicha construcción expresa la inconformidad con estas figuras de poder y demanda mecanismos de control sobre ellos así como de justicia social por los excesos en el ejercicio del poder. Segundo: construye significados de la democracia representados en la figura de Madero poniendo énfasis en dos aspectos medulares del orden democrático, el sufragio electoral como expresión ciudadana y la dotada de un contenido ético; el autor demanda el respeto de la participación ciudadana por esta vía así como, el manejo moral de los representantes que han sido electos bajo el consenso ciudadano. Tercero: presenta el arquetipo de la figura presidencial que dominó durante gran parte del siglo XX para criticar al sistema político y el poder casi totalitario que lo caracteriza como personaje novelado; el autor expresa demandas de orden político

respecto a lo electoral, económico y social en cuanto a las condiciones de pobreza, de injusticia y violencia social. Todas ellas compartidas por amplios sectores sociales.

Con relación a las herramientas conceptuales de Roger Chartier, Solares entra en un proceso de “literaturización” del mundo político por medio de la ficcionalización histórica, que lleva a su presente los hechos y los actores del pasado revolucionario para el caso de *Madero, el otro*, de la institucionalización de la revolución, en el caso de *El jefe máximo*, y del arquetipo de los presidentes priistas como cúmulo del poder autoritario en el caso del *El gran elector*. El autor en este sentido delimita terrenos políticos en los cuales abre canales para sembrar simbolismos densos sobre esta esfera. Estos terrenos los adecúa, los trabaja y sobre ellos construye un andamiaje propicio para la crítica. En los terrenos del movimiento revolucionario, crea una trama histórica que presenta las contradicciones de la política entre la praxis y los ideales en los que debiera estar sustentada. De lo anterior, deriva un mundo en donde las condiciones políticas parecen no ser las adecuadas para los fines últimos de la visión maderista. Solares presenta una especie de desfase entre la realidad política que le toca vivir a Madero y el mundo ideal que éste pretende instaurar. Esta tensión llevada al terreno del presente de enunciación de la obra, no hace más que reflejar las contradicciones del sistema político que se dice democrático pero que opera a favor del mantenimiento de un régimen autoritario. Además de proporcionar los medios simbólicos como abstracciones culturales que cuestionan las realidades políticas de un presente particular.

En *El jefe máximo* y *El gran elector*, delimita el terreno político a partir de la inauguración del sistema sustentada en la figura de Calles como el referente primigenio y lo extiende hasta el gran elector como símbolo del sistema político mismo. El sistema envejecido y enfermo está sufriendo cambios y se vaticina su caída por medio de la participación

ciudadana representada por los tumultos de personas fuera de Palacio Nacional en la última novela. La democracia, simbolizada por Madero, se presenta como un cambio por momentos gradual en cuanto a la participación electoral y el respeto por los resultados y, radical en cuanto a la caída del sistema político tal y como se conoce.

La “literaturización” en las obras de Solares, además de presentarse por las abstracciones de la esfera política, se da por medio de las expectativas a futuro que crean un mundo ideal en el cual se reconocen y rebasarán las necesidades económicas, políticas y sociales de una colectividad ávida de ello. En el mundo literario del autor, el gran problema del progreso de la sociedad radica en la implementación “real” del orden democrático, pero de una democracia que trascienda la praxis política o en todo caso que esté atravesada por los valores de justicia, solidaridad y servicio, y que se vierta en todos los ámbitos del quehacer humano.

La “literaturización” de la política en Solares, es también trasladada hasta los terrenos de lo espiritual como condición de la libertad sin ataduras del hombre social y uno de los hombres que ha trascendido en esta víspera fue Madero, que reaparece para reactivar las pulsiones críticas de la sociedad o en todo caso reaparece como catalizador social en la novela.

Por lo tanto, Solares se presenta como parte de la conciencia social que refleja la reconfiguración de la cultura política en su momento. Los textos literarios se muestran como ese espejo por donde se ve y se cuestiona a la autoridad como a la sociedad misma, en un esfuerzo por evidenciar las relaciones, los actores y el sistema político que no son idóneas en el mundo democrático ideal en el que piensa.

En cuanto a la postura de Varela y las obras de Ignacio Solares los símbolos compartidos que dan significado a las estructuras de poder, se muestran de manera amplia transmitiendo información, genera sentimientos por las valoraciones que se hacen de las relaciones políticas, del sistema político y sus actores y, expresando ilusiones de cambio, a veces utópicas, sobre el orden político del país.

Un ejemplo de las operaciones simbólicas se observan en la transmisión del conocimiento del pasado revolucionario y de la historia política contemporánea de los mandatos posrevolucionarios en base al significado de Madero, el jefe máximo y el gran elector; dichos significados se llevan a la parte subjetiva de lo emocional, aprobando y desaprobando los hechos, el sistema y actores políticos; a partir de ello se fundamentan ciertas expectativas, algunas más próximas a la realidad y otras de carácter utópico, respecto al futuro político del país.

Otro ejemplo: el concepto de democracia se significa a partir de lo histórico y lo literario permitiendo reconfigurar sus significados en dos órdenes: el primero de forma político-electoral y el otro de forma filosófico-moral. La “verdad” solariana se funde bajo estos términos porque existen los referentes culturales que permiten su interpretación. Por un lado, presenta un orden político-electoral que corresponde a una idea de democracia sustentada en el ejercicio del sufragio, mientras que en lo que respecta a lo filosófico-moral, el autor entra en los terrenos de los valores y principios que acompañan a su idea democrática.

El mundo que crea Solares en base a la operación simbólica de la cultura política, rebasa la mera interpretación histórica complementándola con las herramientas literarias que le dan

un efecto mucho mayor a esta interpretación. Pareciera que los hechos históricos por sí mismos no bastaran para sentenciar y enjuiciar la realidad de su presente, por ello los ficcionaliza y los pone en tensión con una realidad en donde el cambio de la cultura política le permite la obtención de sentido apropiada con el horizonte de enunciación. El autor evoca a los personajes y los hechos históricos dotándolos de un significado simbólico que le permite evaluar el orden político, por medio de especulaciones en la trama al presentar a los fantasmas de la historia que confrontan a los otros personajes en las obras. La especulación histórico-literaria, en la que fundamenta sus expectativas a futuro, sólo tienen sentido si se entiende la cultura política en emergencia en los respectivos horizontes de enunciación.

En otras palabras, el autor reflexiona entorno a los horizontes pasado, presente y futuro bajo una particular sensibilidad: los confronta y evalúa. Como resultado, Solares trae acontecimientos y actores históricos del pasado, y de este horizonte rescata el ideario democrático maderista, en cuanto hecho positivo y, la institucionalización del poder presidencial como hecho negativo por la manera particular del ejercicio del poder. En el presente de enunciación de las diversas obras, aunque se presentan en diferentes momentos históricos, parecen ser momentos de corte o quiebre en el orden político. En cuanto su horizonte futuro marca una expectativa alentadora de la realidad, aunque parece que en su última obra, por las condiciones político-electoral, advierte una regresión a un pasado no tan remoto.

Cabe hacer una última reflexión en torno a la democracia en Solares. El autor tiene una preocupación evidente por el orden democrático tanto en lo formal como del contenido que lo sustenta. Solares es testigo de las discusiones y formulaciones desde la esfera intelectual

que durante las tres últimas décadas del siglo veinte se efectuaron. La gran preocupación de estas discusiones fue hacer efectiva la vida democrática desde la promoción de movimientos ciudadanos que tuvieran representatividad política desde lo formal, además de encontrar los mecanismos eficaces que permitieran el respeto del sufragio y el resguardo del voto ciudadano. La adjetivación de la democracia, en términos de Enrique Krauze, no era una necesidad inmediata, primero se tenía que contar con un sistema electoral efectivo para erradicar los medios fraudulentos con los que el régimen hegemónico controlaba las elecciones. En sus obras, Solares reconoce esta necesidad como primera condición de una vida democrática en el país; sin embargo, no se limita solamente a ello, por el contrario, le da contenido, lo nutre con valores de orden moral, lo adjetiva y además, pretende que este orden trascienda lo político y que se enquiste en la vida cotidiana del hombre. Esto permitiría suprimir el poder de manipulación sobre las elecciones en lo formal y de la manipulación social, pues el hombre acostumbrado a este orden tendría las herramientas objetivas y subjetivas para ejercer sus derechos de manera efectiva.

Lo anterior me lleva a pensar en este hombre informado, en esta sociedad civil madura capacitada en tomar las decisiones que estén más acordes a sus intereses. Ello limitaría “las trampas” con que los grupos hegemónicos se mantienen en el poder. Sin el contenido ético-moral propuesto por Solares de la democracia, el puro ejercicio del sufragio, en el supuesto de su respeto y resguardo, podría encontrar otros atolladeros y se facilitaría la manipulación de las elecciones bajo nuevas prácticas inequitativas a favor de algún candidato.

Solares advirtió el regreso del PRI en las elecciones federales de 2012 bajo el contexto político del momento, en donde los poderes fácticos de ciertos medios de comunicación influyeron de manera decisiva a favor de un candidato que ellos construyeron y

promovieron. Si la democracia no es atravesada por ciertos valores y estos valores no se amalgaman en la sociedad, la democracia formal resulta limitada en cuanto a sus expectativas reales de cambio y bienestar colectivo. La política en este sentido se transforma en otro espacio en el que circulan mercancías, los candidatos y la democracia misma, por medio de estrategias mercadológicas que favorecen a grupos políticos y económicos minoritarios en decremento del colectivo social. La política se convierte en una esfera que se banaliza y son las imágenes, los productos, las tendencias las que ganan terreno y no las ideas, propuestas o proyectos de nación que traten de sacar al país de la marcada desigualdad social.

El nobel Mario Vargas Llosa reflexiona ampliamente al respecto en su texto *La civilización del espectáculo* en particular en el apartado que dedica a la “Cultura, política y poder”.¹⁷³ En él señala que el término “cultura” ha sufrido una metamorfosis, durante este proceso el vocablo, cuyo significado remite a la “alta cultura”, pasó a la banalización. Vargas Llosa reconoce las acepciones antropológicas con las cuales está de acuerdo, más no con aquellas que tienen de trasfondo equiparar cualquier expresión cultural como merecedora de altos valores estéticos. Lo anterior es el resultado de la supuesta democratización de los espacios creativos en las civilizaciones occidentales. La cultura en terrenos de la política corre la misma suerte y son los medios de comunicación, los mayores responsables porque sus principales objetivos son entretener, escandalizar y vender.

Por ello, los significados y representaciones de la democracia en Solares resultan importantes, pues se muestran como contraparte de la trivialidad en que se maneja los procesos electorales. Una sociedad más informada y socializada en la democracia de

¹⁷³ Véase Mario Vargas Llosa, *La civilización del espectáculo*, Alfaguara, México, 2013, pp. 129-151.

acuerdo a las concepciones que maneja Solares, no como única vía, pero sí una de las más convenientes, recrearía una cultura política más responsable. La democracia parece un proyecto eternamente inacabado por las condiciones inéditas a las que se enfrenta, algunas que llegan a convertirse en lastres que no permiten la equidad política.

La propuesta historiográfica de análisis de las obras de Solares posibilitan la lectura de otros autores y sus obras desde planteamientos de la cultura política, porque permite establecer ejes de reflexión en donde se relacionan al autor, las obras, los horizontes de enunciación, la constitución del pasado, los elementos prefigurados desde dónde se construyen, las representaciones y elementos simbólicos, así como el vínculo con el colectivo social que encuentra espejos desde donde mirarse.

Un planteamiento cultural sobre la política pone en relieve la importancia y trascendencia que los significados simbólicos tienen para el mantenimiento o cambio en las estructuras de poder. La subjetividad, como condición inherente de las representaciones mentales colectivas, nos permite observar el mosaico y heterogeneidad de la cultura política en las sociedades complejas que concentran diversas clases, grupos y sectores. Cada una de ellas encuentra en diferentes expresiones, en este caso histórico-literarias, lugares en donde reconocer sus demandas y/o la legitimidad del *status* en el que están dentro de la pirámide social.

El intelectual como actor social, entendido desde su propia historicidad, juega un papel importante en la creación de sentido de una realidad en la cual se observan identidades sociales con las cuales converge. Los discursos expresados, por lo tanto, no se presentan como autónomos, pues es el resultado de la compleja relación que se teje entre diferentes

entidades y que el autor es sólo una de ellas. Sin embargo, su rol resulta fundamental, pues es él, el que concentra una serie de significados que cobran sentido por su capacidad de hacerlos inteligibles. A la vez, se reconoce que como especialista de bienes simbólicos, sus constructos solamente cobran sentido para ciertos sectores que cuentan con un capital cultural adecuado para su comprensión. Esto no exenta la posibilidad de representar la voz de los menos informados, puesto que los significados de lo que expresa son de carácter colectivo, compartido. Así, el eco de sus producciones trasciende si es el reflejo de la conciencia pública, del interés público. Y es aquí donde encuentra autonomía, cuando marca las distancias con los centros de poder como condición para su formulación. Dichas distancias pueden ser mayores o menores y eso los definirá como un particular tipo de intelectual.

En suma, la literatura ofrece una visión distinta de la historia a partir de los referentes historiográficos contemporáneos a la enunciación. Toma estos referentes y los reinterpreta para mostrar una versión de la historia hasta cierto punto innovadora gracias a los valores estéticos y la forma de tramar la narración. Los actores y los acontecimientos históricos son nutridos con otros contenidos y simbolismos que tiene como base una historia asumida. Pero el acto creativo, el hecho de ficcionalizar, se encuentra en relación con los referentes propios de su tiempo. Principios dominantes como el de democracia tienen un particular sentido a partir de su propio momento, de su historicidad. En este sentido, el elemento teórico que nos permite observar su significado en los diversos presentes es, como aporte historiográfico, la cultura política.

La cultura política de una sociedad en su complejidad, se compone de elementos heterogéneos, esto no quiere decir que no se pueda ubicar aquéllos que muestran el espíritu

de un tiempo. Una cultura política que refleja las preocupaciones colectivas, en este caso de orden democrático y que se contraponen a las formuladas y fomentadas desde el poder hegemónico. Lo anterior permite reflexionar en torno a la constitución de la cultura política que tiene como base una matriz cultural e histórica sedimentada, pero no por ello estática sino en constante cambio. Como se observó a lo largo de la tesis, esta matriz puede ser resignificada en base a las nuevas dinámicas y demandas político-sociales. Madero, Calles y el Presidente (cualquiera que sea su rostro), como figura histórica se fundamenta en los sedimentos de la historia, pero en el acto narrativo de la novela histórica, se le adhieren nuevos significados simbólicos, tanto literarios como políticos, para articular nuevas representaciones que respondan a las necesidades colectivas de un horizonte particular.

En otras palabras, existe una cultura política que se reproduce y retroalimenta constantemente en el tiempo y el espacio y la novela histórica, como producto cultural, nos permite observar su dinamismo y los efectos que tiene en el devenir histórico. El intelectual-escritor en este sentido, reproduce la cultura política de una sociedad, pero a la vez, abona en diferentes grados una nueva que se encuentra en reconfiguración.

El análisis historiográfico crítico desde el referente teórico de la cultura política como un eje de interpretación de las producciones histórico-literarias, es una propuesta que establece otras coordenadas por dónde abordar el estudio de los textos que concentran significados del pasado en general y de la esfera política en particular. Ello posibilita ver bajo qué condiciones se observó el pasado, en un presente particular que lo interpreta y construye desde referentes culturales preestablecidos que lo determinan, ello en beneficio de la comprensión de la realidad que proyecta expectativas a futuro las cuales, necesitan de los

referentes desde dónde vaticinar el progreso, retroceso o el desenlace óptimo o trágico de la realidad social.

Fuentes consultadas

Bibliografía

Aguilar, Héctor, *Saldos de la Revolución*, Océano, México, 1984.

——— *La guerra de galio*, Planeta, México, 2007.

Almond Gabriel y Verba Sidney, *The Civic Culture. Attitudes and Democracy in Five Nations*, Princeton, NJ, Princeton University, 1963.

Azuela Mariano, “Madero” en *Obras completas*, Vol. III, FCE, México, 1960, pp. 512-566.

Baker Keith Michael, *The French Revolution and creation of modern political culture I, The political culture of the Old Regime*, Oxford, Pergamon Press, 1987.

Bartra, Roger, *La jaula de la melancolía*, Debolsillo, México, 2005.

Beach, Julio, *Las raíces mitológicas del imaginario político*, Miguel Ángel Porrúa-UNAM, México, 2004.

Benjamin, Thomas, *La revolución mexicana. Memoria, mito e historia*, Taurus, México, 2000.

Bizberg, Ilán y Meyer, Lorenzo (Coords.), *Una historia contemporánea de México*, Tomo II, Océano, México, 2005.

Camp, Roderic, *Los intelectuales y el estado en el México del siglo XX*, FCE, México, 1988.

Castro Norberto, “La novela como espacio de las operaciones simbólicas. La representación del Héroe” en *El Espacio. Presencia y Representación*, Coords. Leonardo Martínez y Teresita Quiroz, UAM, México, 2009, pp. 177-189.

——— *El Madero transfigurado. Revisión historiográfica de las representaciones noveladas*, Tesis para obtener el grado de Maestro en Historiografía de México, UAM-A, 2008.

Chartier Roger, *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII: los orígenes culturales de la Revolución francesa*, Gedisa, Barcelona, 1995.

Colchero, María... [et al.], *En torno a la novela histórica hispanoamericana de los siglos XX y XXI*, BUAP, Puebla, 2009.

Cosío Villegas Daniel, *El sistema político mexicano: las posibilidades de cambio*, México, Joaquín Mortiz, 1972.

——— *El estilo personal de gobernar*, Joaquín Mortiz, México, 1974.

- Cuevas, Norma, *Una propuesta de trilogía en la novelística de Ignacio Solares*, Universidad de Guanajuato, México, 2004.
- Formisano Ronald, “The concept of Political Culture”, en *Journal of Interdisciplinary History*, xxxi: 3 (winter, 2001) pp. 393-426.
- Foucault, Michel, *Las palabras y las cosas*, Siglo XXI, México, 1968.
 ————*La arqueología del saber*, FCE, México, 2010.
- Fuentes, Carlos, *Agua quemada*, FCE, México, 1992.
 ————*La muerte de Artemio Cruz*, Punto de Lectura, México, 2012.
- Gadamer, Hans-Georg, *Verdad y método*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1994.
- Geertz, Clifford, *La interpretación de las culturas*, Gedisa, Barcelona, 2001.
- González, Alfonso, *Voces de la Posmodernidad*, UNAM, México, 1998.
- Hartog, François, *Regímenes de historicidad*, Universidad Iberoamericana, México, 2007.
- Hernández, Conrado (Coord.) *Historia y novela histórica*, Colegio de Michoacán, México, 2004.
- Hernández, Miguel y Jerónimo, Saúl, *Cuaderno de posgrado: Cultura política*, UAM Azcapotzalco: Posgrado en Historiografía, México, 2009.
- Jerónimo, Saúl y Hernández, Miguel (Coords.), *Cultura política a debate: pasado y presente*, UAM, México, 2014 (Publicación electrónica).
- King, John, *Plural en la cultura literaria y política latinoamericana*, FCE, México, 2011.
- Krauze Enrique, *Por una democracia sin adjetivos*, México, Joaquín Mortiz, 1986.
 ————*Francisco I. Madero. Místico de la libertad*, FCE, México, 1987.
 ———— *La presidencia imperial*, Tusquets editores, México, 2002.
- Krotz, Esteban, “La investigación sobre cultura política en México: visión panorámica de un campo de estudio en construcción”, en Rosalía Winocour (Coord.), *Algunos enfoques metodológicos para estudiar la cultura política en México*, IFE-FLACSO-Miguel Ángel Porrúa, México, 2002, pp. 7-53.
- Loeza, Soledad, *Acción Nacional. El apetito y las responsabilidades del triunfo*, El Colegio de México, México, 2010.
- Madero, Francisco, *La sucesión presidencial de 1910*, Colofón, México, 1999.
- Medina Luis, *Hacia el nuevo Estado. México, 1920-1994*, FCE, México, 1996.

Meyer Lorenzo, *Liberalismo autoritario*, Océano, México, 1995.

Monsiváis Carlos, “No sin nosotros”. *Los días del terremoto 1985-2005*, ERA, México, 2005.

Pappe, Silvia, *Historiografía Crítica. Una reflexión teórica*, UAM-A, México, 2001.

Paz, Octavio, *Posdata*, México, Siglo XXI, 1970.

——— *Itinerario*, FCE, México, 1993.

Pons María Cristina, *Memorias del olvido. La novela histórica de fines del siglo XX*, México, Siglo XXI, 1996.

Prada, Renato, *La constelación narrativa de Ignacio Solares*, BUAP, Puebla, 2003.

Ramírez Agustín José, *Tragicomedia mexicana 3. La vida en México de 1982 a 1994*, Debolsillo, México, 2013.

Regil, José (Coord.), *Balance del sexenio salinista. 1988-1994 Ilusión y desilusión*, Universidad Iberoamericana, México, 1995.

Ricoeur, Paul, *Historia y narratividad*, Paidós, Barcelona, 1999.

Santos, Gonzalo, *Memorias. Una vida azarosa, novelesca y tormentosa*, Grijalbo, México, 1998.

Scherer Julio y Monsiváis Carlos, *Tiempo de Saber. Prensa y poder en México*, Nuevo Siglo, México, 2003.

——— *Estos años*, Océano, México, 1995.

Solares Ignacio, *Madero, el otro*, Joaquín Mórtiz, México, 1989.

——— *De Cuerpo Entero*, ECO, México, 1990.

——— *El gran elector*, Joaquín Mortiz, México, 1993.

——— *Columbus*, Punto de lectura, México, 2002.

——— *La noche de Ángeles*, Planeta, México, 2003.

——— *Teatro histórico*, México, Universidad Autónoma de México, 2003.

——— *El Jefe Máximo*, México, Alfaguara, 2011.

Sperling, Christian, *Cuadernos de posgrado: Formas narrativas en la representación del pasado. La novela corta mexicana entre dos siglos*, UAM-A: Posgrado en Historiografía, México, 2010.

Tejera Héctor, “Introducción. Antropología y cultura política en México”, en *Antropología política. Enfoques contemporáneos*, Coord. Héctor Tejera, Plaza y Valdés, México, 1996, pp. 11-35.

Torres, Vicente, *Esta narrativa mexicana*, UAM-A, México, 2007.

Urquiza Francisco, *¡Viva Madero!*, La Presa, Colección Populibros, México, 1957.

Varela Roberto, *Cultura y poder*, Anthropos, México, 2005.

Vargas Llosa, Mario, *La civilización del espectáculo*, Alfaguara, México, 2012.

White, Hayden, *Metahistoria*, FCE, México, 2002.

Zaid Gabriel, *Antología General*, Océano, México, 2004.

.

Hemerografía

Avilés, Jaime, “Cuarto de Plana”, *El Financiero*, México, D.F., 19 de octubre de 1991, pág. 55.

Bert, Bruno, “Jefe máximo”, en *Tiempo libre*, México D.F., 23 de enero de 1992, No. 4, pág. 29.

Campuzano, Irma, “Las elecciones de 1988” en *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, UNAM, México, N. 23, enero-junio 2002, pp. 225-226.

Cazes, Daniel, “Retratarse en el dinero” en *La Jornada*, México, D.F., 19 de octubre de 1991, pág. 41.

Cosío Villegas Daniel “La región más transparente de la política mexicana” en *Plural*, Núm. 2, noviembre de 1971, pp. 8-10.

Espinosa, Pablo, “El escritor estrena hoy, en el CUT, su puesta en escena”, en *La Jornada*, México, D.F., 10 de octubre de 1991, pág. 25.

———“*El jefe máximo* aborda las relaciones Iglesia-Estado”, en *La Jornada*, México, D.F., 17 de octubre de 1991, pág. 37.

Gómez Carlos, “Plural (1971-1976): las reglas de la excepción” en *Tema y Variaciones de Literatura*, Núm., 25, 2005, UAM, México, pp. 221-245.

Jerónimo, Saúl, “La historiografía política. Retos y continuidades” en *Fuentes Humanísticas*, Núm. 31, UAM-A, México, 2005, pp. 91-116.

Krauze Enrique, “Una vida con Madero” en *Letras libres*, México, Núm. 170, febrero 2013, pp. 8-12.

Martínez Leonardo, “La Generación de Medio Siglo. Tesis historiográfica sobre una categoría del discurso”, en *Tema y variaciones de Literatura*, Núm., 30, 2008, UAM, México, pp. 19-38.

“México 1972. Los escritores y la política”, en *Plural* Núm. 13, octubre de 1972.

Montaño, Erika, “Lejos de la literatura moralista, Solares vuelve a la ambivalencia del Jefe Máximo”, en *La Jornada*, México, D.F., 06 de septiembre de 2011, pág. 6ª.

Ortega, Antonio, “El Jefe Máximo”, en *Siempre*, México, D.F., 14 de octubre de 199, No. 2004, pág. XIV.

Paz Octavio, “Carta a Adolfo Gilly” en *Plural*, Núm. 5, febrero de 1972, pp. 16-20.

——— “*Hora cumplida (1929-1985)*”, en *Vuelta*, Núm. 103, México, 1985, pp. 7-12.

Rosado, Juan Antonio, “El Jefe Máximo, novela de Ignacio Solares” *La colmena*, México, D.F., Octubre-diciembre 2012, número 72, p. 136.

Rascón, Marco “1988” en el periódico *La Jornada* publicado el 18 de julio de 2006.

Sicilia, Javier, “La teología civil de Ignacio Solares”, en *La Jornada Semanal*, número 220, 29 de agosto de 1993, pp. 39-44.

VEGA, Guillermo, “Calles y el Otro” en *Tiempo*, México, D.F., 18 de noviembre de 1991, No. 2581, pág. 48.

Zandanel, María “Voces de la historia: Ignacio Solares y la novela de la revolución” en *Cuadernos del CILHA*, Argentina, no., 7/8, 2005, 2006, p. 24.3-26.5.

Páginas WEB

Video de entrevista Carmen Aristegui-Ignacio Solares.

<http://mexico.cnn.com/videos/2011/09/19/ignacio-solares-y-su-libro-el-jefe-maximo>

Comunicado CONACULTA.

http://www.conaculta.gob.mx/sala_prensa_detalle.php?id=15842 .

Diccionario de la Lengua Española.

<http://lema.rae.es/drae/?val=ilusi%C3%B3n>

Revista *Nexos* en línea.

<http://www.nexos.com.mx/?p=15685>

Revista *El Spectador* en línea.

<http://cronicas-de-spectator.blogspot.mx/2010/04/el-extrano-que-vino-de-francia.html>